

LOS JOVENES ROJOS DE SAN MARCOS

El radicalismo universitario de los
años setenta

nicolás lynch



LOS JOVENES ROJOS DE SAN MARCOS

*El radicalismo universitario
de los años setenta*

El zorro  de abajo
EDICIONES

La investigación que dió lugar a la publicación de este libro se llevó a cabo en el Instituto de Estudios Peruanos, dentro del Proyecto "Radicalización y violencia política de la juventud de las clases populares de Lima", auspiciada por la Fundación Ford.

Contenido

INTRODUCCION	13
I. LAS CONDICIONES DEL RADICALISMO	17
1. El aislamiento sanmarquino	17
2. La pérdida de importancia de San Marcos	18
3. El fracaso de los proyectos	21
4. La Universidad a la deriva	23
II. LOS ANTECEDENTES DEL LIDERAZGO ESTUDIANTIL	27
1. La movilidad social proceso fundamental	27
2. Todos tenían los ojos puestos en ti	28
3. Soy de provincias	32
4. Mi padre biológico no me importa	37
5. Rezamos un Padrenuestro frente a las ruinas de Chan-Chan	39
III. EL RADICALISMO	45
1. El signo de los tiempos	45
2. Las ausencias del 69	47
3. Contra la participación: un solo y gran enemigo	49
4. El principio clasista: "ser profesional como sea"	51
5. Las masas hacen... esta historia	53
6. Posiciones distintas pero no alternativas	62
7. San Marcos era un templo de Mao Tse Tung	64

© Nicolás Lynch Gamero
Reservados todos los derechos de esta edición para el Zorro de abajo, ediciones.
1ra. Edición, febrero de 1990.
1,000 ejemplares
Impreso en el Perú

Auspiciado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC)
Foto de la carátula:
Cortesía de "CARETAS"
Diseño de la edición:
Gonzalo Nieto Degregori

IV. LOS PARTIDOS UNIVERSITARIOS	69
1. Un mundo propio	69
2. Yo soy el FER	72
3. Los partidos	75
4. El camino de lo no revelado	91
5. ¿Quién juega el partido de fondo?	93
EPILOGO	95
CONCLUSIONES	99
ANEXO	105
Antonio Ruiz, un huaracino en la FUSM	105
I. Orígenes	
II. Ingreso a la Universidad	
III. La militancia estudiantil	
IV. El balance	
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS	

*A mis amigos de San Marcos,
a todos, a los que creen y
a los que dejaron de creer.*

Agradecimientos

La oportunidad para realizar el presente estudio se presentó con la formación del grupo de investigación "La política y los jóvenes en Lima Metropolitana" que dirige el Dr. Julio Cotler en el Instituto de Estudios Peruanos. Dentro del grupo y debido a las múltiples y muchas veces apasionadas discusiones que se llevaron adelante es que se fueron afinando las ideas iniciales del proyecto y los sucesivos borradores del presente libro. Gracias pues a mis compañeros de trabajo, en especial a Julio Cotler sin cuyas insistencias este texto hubiera sido imposible, así como a: Jorge Parodi, Cecilia Blondet, Julio Carrión, Jürgen Golte, Fernando Rospigliosi, Norma Adams y Romeo Grompone. Las gracias también a otros amigos y compañeros de trabajo de quienes recibí comentarios y aliento más de una vez, me refiero a Carlos Iván Degregori, Max Hernández, Amparo Menéndez, Francisco Verdera y Gerardo Réique.

Quisiera agradecer de la misma forma a quienes colaboraron con su testimonio desinteresado, sometiéndose a largas y a veces tediosas entrevistas, ellos son: José Miguel Arca, Adolfo Calderón, Alejandro Choque, Enrique Jacoby, José Lazarte, Vicente Otta, Eudocio Sifuentes y José Zapata. A ellos, con los nombres cambiados en el texto, por razones de obvia privacidad, se debe en lo fundamental que las páginas siguientes fueran posibles. Quisiera mencionar también a otros sanmarquinos con quienes conversé sobre el tema en distintos momentos del desarrollo de la investigación, me refiero al Dr. Jorge Campos Rey

de Castro, a César Germaná, Andrés Huguet, Julio Castro, Bruno Benavides, Betty Madalengoitia, Juan Carlos Vértiz y Andrés González sus puntos de vista, aunque no siempre de acuerdo con el mío, fueron un material invaluable de reflexión.

Agradezco también el apoyo del Instituto de Investigaciones Histórico - Sociales de la Universidad Mayor de San Marcos.

El afecto de Mariela Balbi merece también mención especial, sin ella los capítulos centrales del presente libro no se hubieran escrito.

Elizabeth Andrade, Ana Collantes y Aída Nagata pasaron y volvieron a pasar en limpio mis manuscritos no sé cuántas veces. Gracias a todas.

Agradezco, por último, al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del Perú, por la subvención que hizo posible la publicación del texto.

Este libro terminado básicamente a mediados de 1987 ha debido esperar, por diversas circunstancias, hasta ahora para publicarse. Reitero mi exclusiva responsabilidad sobre las siguientes páginas.

Ciudad Universitaria de San Marcos, enero de 1990.

Introducción

San Marcos un mundo ajeno a mi infancia y adolescencia, y no tanto por los libros o ideologías políticas a las que tuve acceso, sino por las gentes que conocí. Mis compañeros de estudio y generación que con sus cuentos sobre los lugares de donde provenían, sus aventuras para sobrevivir en Lima y su inmensa energía para afrontar la realidad caótica de San Marcos fueron mi verdadera universidad. El interés por escribir sobre esta experiencia es antiguo, se remonta quizás, en ese entonces como un sueño, a los años en que fui parte del movimiento estudiantil. Pero cada vez que intentaba pensar en el tema aparecía una traba interior que no dejaba ir más allá. La posibilidad de un estudio sobre las causas estructurales del movimiento o el juicio estricto de las posiciones políticas en boga en esos años sólo presagiaba conclusiones a las que podíamos llegar sin necesidad de investigación alguna. Fue la crisis del dogmatismo marxista que felizmente atraviesa la izquierda peruana en la década del ochenta, la que finalmente me permitió mirar con nuevos ojos la propia experiencia.

Me propuse entonces recoger desde el "hoy" de una década más tarde, 1985, la palabra de un grupo de ex-dirigentes políticos universitarios con quienes habíamos compartido posiciones y oposiciones, para conformar una versión de lo que fue ese movimiento estudiantil. En este aspecto metodológico, de recuperación del relato oral de los actores sociales, el trabajo se emparenta con un antecedente inmediato anterior, me refiero a "Conquistadores de un nuevo mundo", libro

que publicamos conjuntamente con Carlos Iván Degregori y Cecilia Blondet. En este trabajo aprendimos a distinguir los actores sociales como sujetos concretos y complejos que construían su referencia a tal o cual clase, sector o grupo social y no que se encontraban determinados por una pertenencia que los antecedia. La técnica escogida para poder captar esta complejidad fue el relato oral en la forma de historia de vida, lo que se denomina la entrevista abierta. Esta tuvo como motivo principal el tema del trabajo, pero pretendía ir más allá, hurgando en las primeras etapas de la vida del personaje y usando la distancia de una opinión vertida varios años después de los acontecimientos. En el presente estudio quizás la muestra escogida sea más arbitraria y el enfoque analítico más específico, ambas creo cuestiones exigidas por la naturaleza de nuestra preocupación, pero a pesar de ello la recuperación de la palabra de los protagonistas ha permitido dar luz sobre muchas transiciones borrosas e inacabadas: de las provincias a Lima, del colegio a la universidad, de la base al liderazgo de la inicial rebelión juvenil al maoísmo militante, de la agresiva participación en el movimiento al ansiado cartón profesional, etc.

El tema del trabajo es la política estudiantil universitaria, pero lo particular está en que se trata a partir de la subjetividad de los actores, de un movimiento en el cual el autor también fue parte. Lo subjetivo no es sólo entonces materia de estudio sino que atraviesa también al propio investigador. Esto hace que el resultado sea un testimonio personal, a través de varios otros testimonios personales, que lógicamente han sido escogidos y ordenados por el autor. Esta opción implica un sesgo, pero con la virtud de no querer recoger la totalidad, sino tan sólo de dar luces sobre áreas de la realidad hasta hace poco intocadas, lo que esperamos permita más adelante, junto con los aportes que se hagan desde otros puntos de vista, la reconstrucción significativa de los grandes espacios sociales.

Me refiero al fenómeno de estudio como radicalismo universitario porque se trata de una forma de hacer política, referida a un universo circunscrito, que se vuelve paradigmática de lo que es la política estudiantil en la universidad. Entiendo este radicalismo como la organización política de las expectativas estudiantiles a partir de un discurso ideológico, el maoísmo en este caso, que logra convertirse en la identidad de su grupo de referencia, los estudiantes primero, luego

los trabajadores e incluso sectores de la docencia. Procedo al análisis de este fenómeno exponiendo lo que considero sus motivos fundamentales, las formas de movilización y organización que desarrolla y el discurso que lo ordena. Todo esto en las condiciones y antecedentes que tejen el ambiente social en que el fenómeno se produce. Intento focalizar mi preocupación en la dirección que toma la organización política de las expectativas estudiantiles. Si nos atenemos al discurso podríamos señalar que se trata de la organización revolucionaria de estas expectativas, que las transformaría en función de un proyecto de cambio social mayor. Sin embargo, un análisis algo más detenido nos lleva por vías inusitadas, donde el radicalismo termina protegiendo los intereses individuales o corporativos de quienes se suponía iban a ser los sujetos del cambio propugnado. ¿Por qué esta paradoja? A responder esta pregunta pretendemos acercarnos desde nuestra contribución.

Pero lo interesante es que este radicalismo, cristalizado como identidad política de la comunidad universitaria, contagia la dinámica de la propia institución. Es decir, que esta identidad pasa a ser una de las formas de entender, y muchas veces la más importante, la vida cotidiana de la universidad. Reemplaza reglamentos y tradiciones, con efecto beneficioso en muchos casos, sobre todo al inicio de la influencia izquierdista, cuando las tendencias oligárquicas todavía predominaban en la universidad, pero con consecuencias trágicas más tarde, cuando diferentes grupos antidemocráticos son vencidos y no existe ningún proyecto ni voluntad política positiva por parte de la izquierda para reformar la universidad.

El trabajo está dividido en cuatro capítulos, un epílogo y las conclusiones. Sin embargo, es clara la diferencia entre el primero de los capítulos y el resto, ya que éste se refiere a las condiciones más globales que permiten el desarrollo del izquierdismo y aquellos, más específicamente, por tema y metodología, al fenómeno estudiado. Podría caber la tentación de saltarse las primeras páginas pero se perdería un valioso contexto para el análisis posterior.

Estas páginas surgieron al tomar conciencia del deterioro de San Marcos, no sólo por la agresión de los sucesivos gobiernos que la desprecian, sino también por la descomposición interna de los que

conformamos la universidad. Por ello es que me decidí a recorrer terreno vedado, para tratar de encontrar las raíces de la situación. Seguramente que muchos no estarán de acuerdo con la forma como presento las cosas ni con las conclusiones a las que llego, por mi parte al menos creo contribuir a la crítica de un radicalismo que también compartí durante varios años. Ojalá que estas páginas sirvan al debate, por una Universidad Nacional diferente, en la que las palabras "popular" y "democrático" rompan las cadenas de la ideología y se vuelvan vida en cada uno de los universitarios.

I. Las condiciones del radicalismo

1. El aislamiento sanmarquino

El fenómeno de extrema radicalidad política que ocurre en la Universidad de San Marcos en la década del setenta tiene como condición principal el aislamiento que vive el claustro respecto de la sociedad peruana. Este aislamiento consiste en la creación de un submundo propio que se identifica con la tradición contestaria sanmarquina pero sin tomar en cuenta los cambios fundamentales que se dan en el escenario político peruano, donde aparecen nuevos y muy dinámicos actores. Este aislamiento lleva a percepciones mutuamente arbitrarias entre el movimiento universitario, especialmente los estudiantes, y la sociedad, con consecuencias las más de las veces trágicas para ambos. El ejemplo quizás más claro sea el calificativo de "fascista" que el gobierno de Velasco recibe de parte de los sectores mayoritarios del movimiento estudiantil, calificativo que se hizo más insistente conforme este gobierno militar avanzaba su programa de reformas. Desarrollaremos la explicación sobre las causas que definen este aislamiento en torno a la pérdida de importancia política de San Marcos, respecto de otros, especialmente nuevos, espacios políticos que aparecen en la escena nacional. Esta pérdida de importancia, así como su relativo menor peso específico frente a otras universidades, tanto nacionales como privadas, serán condiciones fundamentales para entender el rol de las fuerzas internas de San Marcos así como la carencia de proyectos viables que puedan reformar efectivamente la universidad.

2. La pérdida de importancia de San Marcos

Quizás no haya nada tan difícil para una institución como el autoreconocimiento de que ha perdido importancia en un contexto nacional. El caso de la Universidad de San Marcos no es una excepción. Este autoreconocimiento no existe ni ha existido, salvo contadas excepciones, por parte de las fuerzas internas que la conforman. La pérdida de importancia de San Marcos se da en una situación de crisis y tránsito entre el orden oligárquico y los sucesivos intentos reformistas. En el Perú oligárquico San Marcos era uno de los espacios contestatarios por excelencia y uno de los pocos lugares de encuentro de fuerzas de signo diverso. Un espacio privilegiado en las cortas temporadas que se sucedían entre dictadura y dictadura, un espacio que no sé hasta qué punto se podría denominar democrático, porque no era precisamente un debate con buenos modales el que se daba entre las diversas fuerzas políticas, pero espacio al fin y al cabo en un ambiente que se caracterizaba por el oscurantismo y la exclusión. Una rápida revisión de las coyunturas políticas cruciales en la primera mitad del siglo, en 1919, 1930 ó 1945, nos llevan fácilmente a observar que los líderes en la escena política lo fueron también de la Federación Universitaria u ocuparon en algún momento el sillón rectoral. Pero esta situación es dramáticamente perdida en el lapso de pocos años pasando la Universidad Peruana y San Marcos en particular a ser un espacio marginal en la política. Esta situación es producto del proceso de democratización que se da de fines de los cincuenta en adelante y que tiene como lugares preferentes de ejercicio democrático y contestación política a las organizaciones sociales del movimiento popular, que no siempre integran, y cuando lo hacen no es con la mejor de las fortunas, a los universitarios. Esta democratización supone la multiplicación de espacios de ejercicio político en la sociedad y la consecuente complejización del tejido social. Implica asimismo la participación política de un porcentaje mucho más alto de la población a través de diversas formas organizativas. Los universitarios dejan de ser, en este sentido, uno de los pocos sectores organizados que hacen política y expresan demandas frente al Estado, convirtiéndose en un sector más de los muchos que se organizan y protestan, abandonando así el lugar preferente que durante décadas habían tenido en la escena nacional.

Este proceso de democratización, al darle impulso en la sociedad global a la izquierda marxista, permite un desplazamiento de la que hasta ese entonces era la fuerza predominante en San Marcos: el Partido Aprista. Sin embargo, el desplazamiento del APRA no se traduce en una reforma profunda de la universidad por la naturaleza de las corrientes izquierdistas que producen esta derrota. Se trata de una izquierda de cuño estalinista, donde las fuerzas provenientes del Partido Comunista Peruano eran predominantes. Nos referimos especialmente a las tendencias maoístas que se vuelven dominantes desde mediados de los sesentas, con un marcado acento anti-intelectual, así como a la influencia de la Revolución Cubana y de figuras heroicas como el "Che" Guevara, que resaltan la necesidad y la virtud del cambio social por la vía de las armas. Esta izquierda se había desarrollado en un medio teñido por una cultura política autoritaria, como era aquel del orden oligárquico. Un medio caracterizado primero por el enfrentamiento entre el APRA y la oligarquía y luego por el conflicto entre la izquierda y el APRA, en ambos casos la resolución de la contradicción era exclusivamente entendida como la eliminación del adversario. Se trata además de una izquierda cuyo interés fundamental no era la reforma de la universidad sino la revolución social, entendiendo revolución como la transformación súbita y radical del orden existente, tarea frente a la cual se debían subordinar todos los demás quehaceres políticos y sociales. Se trata también de los sectores de la izquierda que menos tenían que hacer con las demás organizaciones sociales, que tendían a encasillarse en su propia problemática y a denunciar la influencia de otras corrientes izquierdistas en el movimiento popular. Era en síntesis una izquierda a la que no interesaba desarrollar a la institución universitaria como un espacio democrático de libre debate y posibilidad de opinión frente al país, sino tan sólo como un lugar que le sirviera como escenario de agitación de sus posiciones políticas. Una izquierda autoritaria, que continuaba la cultura política impuesta por la oligarquía y el APRA y que lógicamente se margina del proceso de democratización que ocurre en el Perú de la época. Afirmar, sin embargo, autoritarismo como una característica central de la izquierda sanmarquina sorprenderá a más de uno, sobre todo por lo cargado de alusiones "democráticas" del discurso político universitario. Sólo que democracia en ese contexto suele aludir a montón y no a libertad, es decir, a la conveniencia

inmediata de la masa estudiantil que impone violentamente sus puntos de vista, más que al intercambio ordenado de ideas para llegar a una decisión mayoritaria entre los diferentes estamentos así como al interior de cada uno de ellos.

No se puede, sin embargo, establecer una simple solución de continuidad entre la hegemonía izquierdista, que se da de mediados de los sesentas, y la izquierda sanmarquina de los setentas, objeto específico de nuestro estudio. La diferencia está en que la primera se desarrolla en el contexto de una restringida democracia representativa y con canales de participación estudiantil abiertos por la ley 13417, que diera Prado en las postrimerías de su segundo gobierno. La segunda, en cambio, se desarrolla en oposición abierta con el gobierno militar, de Velasco primero y Morales después, y hasta 1977, con los canales de participación cerrados, por la práctica cancelación de la participación estudiantil en el gobierno universitario. Esto no niega las características que anotáramos líneas arriba y que son comunes a ambas, sino más bien resalta las condiciones en que una izquierda autoritaria potencia su radicalismo fruto de una situación de dictadura militar en el plano nacional.

A esta pérdida de importancia política de San Marcos se agrega una pérdida también de peso específico en el conjunto del sistema universitario. Hay la tendencia a creer, observando la realidad sanmarquina desde fuera y sin siquiera acudir a los números que entre los sesentas y los ochentas se produce una formidable masificación estudiantil en la Universidad de San Marcos. No es así. La masificación, o el aumento desordenado de población estudiantil en proporción que no puede ser atendida por la capacidad instalada de la universidad, es un fenómeno crucial en la universidad peruana e importante en San Marcos, pero que tiene su escenario fundamental en las universidades nacionales de provincias. Estas pasan de tener el 33.7% del alumnado en 1960 a tener el 38.1% en 1976, mientras que las universidades nacionales de Lima, entre las que San Marcos tiene el mayor peso, bajan de tener el 55.7% de los estudiantes en 1960 a tener el 34.2% en 1976, en el mismo intervalo el resto es representado por las universidades particulares que también experimentan un crecimiento significativo¹. De la misma forma, la importancia cuantitativa de San Marcos en el conjunto de la universidad peruana cae bruscamente, ya que de

tener en 1960 el 42.52% de alumnos matriculados, pasa en 1980 a tener el 14.15%². La gran explosión demográfica en la educación superior también deja de lado a San Marcos, no porque no hubiera aumento importante de alumnos en términos absolutos sino porque la importancia relativa de este crecimiento es secundario frente al que se da en otras instituciones. Este aspecto del fenómeno es importante porque implica una diversificación en la atención del Estado y de diversas organizaciones de la sociedad, que de estar centrada en unas pocas universidades nacionales, donde San Marcos ocupaba el primer lugar, pasa a tener varios puntos de atención y a estar sujeta a distintas presiones regionales y sectoriales.

Pero quizás la cifra más significativa producida por el crecimiento de la población universitaria en San Marcos, más allá de las limitaciones ya anotadas, sea la proporción de estudiantes provincianos, que en 1980 eran el 44.18% de los alumnos matriculados, de los cuales más de la mitad provenía de la sierra³. Esto es expresión del proceso de migración a Lima así como de la presión que los nuevos habitantes urbanos ejercen para acceder a la educación superior. El provinciano será un componente fundamental de la nueva hegemonía izquierdista, agregando, como veremos más adelante, su matiz particular a la lucha estudiantil por condiciones de estudio que permitieran una rápida profesionalización. A diferencia de otros sectores de clase media urbana más antigua, su pugna por establecer la universidad como un canal de movilidad social se hacía especialmente angustiosa, ya que significaba en la mayoría de los casos la única esperanza o la única ilusión de esperanza de ascenso social.

3. El fracaso de los proyectos

El aislamiento político en que cae San Marcos hace muy difícil que cuaje un proyecto viable de reforma que aglutine al conjunto de las fuerzas internas de la universidad. Cualquiera que este proyecto de

1. Elaboración propia a partir de los datos contenidos en "Población Matriculada", Boletín Estadístico 9, CONUP, Lima, agosto 1984.
2. Elaboración propia en base al Boletín Estadístico 9, CONUP, 1978 y al Boletín Estadístico 2, Universidad de San Marcos, enero 1983.
3. Elaboración en base a "Estadísticas 39", CONAI, diciembre 1983.

reforma fuera, si buscaba desarrollar a la universidad como un espacio democrático tenía necesariamente que darse en estrecha relación con la sociedad, tanto con las organizaciones sociales, especialmente aquellas ligadas a la lucha popular, como con las prioridades de desarrollo del país. Sin embargo, la actitud de las fuerzas políticas predominantes en el movimiento estudiantil de satanizar a toda organización popular que no comulgara con la totalidad de sus puntos de vista, así como la condena a cualquier proyecto de desarrollo, sea quien fuere su promotor, por considerar la idea en sí misma reaccionaria, hacía muy difícil que se comprometiera en un proyecto de reforma universitaria. Esta situación lleva a otras corrientes políticas y grupos de profesores a desarrollar alternativas que sometieran a los estudiantes.

En algunos casos por la propia trayectoria autoritaria del grupo, como es el caso de los apristas ligados a Luis Alberto Sánchez, que establecen un sistema de clientelaje que logra llevar a Sánchez en dos oportunidades al rectorado en la década del sesenta. A pesar de la retórica de este prolífico autor nacional no se puede concluir la implementación de ningún programa de gobierno en estas dos administraciones, cosa que por lo demás tampoco se lee en su producción de la época sobre la universidad⁴. La construcción de la Ciudad Universitaria que suele considerarse como la mayor obra de Sánchez, pronto se vio rebasada por el aumento de la población estudiantil expresando en una dimensión mayor antiguos problemas y señalando en su rápida tugurización el carácter "cosmético" de una modernización entendida tan sólo como construir locales. Diferente es el caso de los profesores que se agruparon alrededor del denominado "Proyecto de Estudios Generales" que tuvo como principal impulsor a Augusto Salazar Bondy. En este caso sí se trata de un proyecto de reorganización de la universidad que primero intenta plasmarse en la reorganización de los primeros años de estudios, aunque sin ponerse en práctica, y que luego influencia la política universitaria del gobierno militar de Velasco, expresando sus puntos de vista en los Decretos Leyes 17437 y 19326. Este proyecto buscaba una reestructuración

4. Luis Alberto Sánchez, *La Universidad no es una isla*, Okura Ediciones, Lima 1985 y discurso de toma de posesión del nuevo sector, 20 de abril de 1966, en Gaceta Sanmarquina 24, mayo 1966.

académica de la universidad, poniendo énfasis en la eficiencia de su funcionamiento y producción académicos. El diagnóstico del que partía era que la reforma universitaria implementada en diversos momentos durante el siglo había tenido efectos políticos pero no académicos y que por lo tanto la reforma académica se encontraba pendiente. Los resultados de este trabajo, sin embargo, no tuvieron una acogida favorable en San Marcos, principalmente por las características del modelo propuesto que recogía su inspiración principalmente de las universidades norteamericanas, restándole importancia a las conquistas democráticas de participación estudiantil que se habían instituido de 1919 en adelante y que formaban parte ya del acervo del movimiento universitario. Este fue otro intento de modernización autoritaria de la universidad, aunque a diferencia de los intentos apristas contaba con un modelo global y tuvo la dura prueba de la práctica. Además, es justamente contra este modelo que encuentra su causa inmediata de rebeldía el movimiento estudiantil de los setentas.

4. La universidad a la deriva

La crisis sanmarquina de 1969 va a expresar la situación a la que lleva a la universidad la carencia de un proyecto institucional capaz de readecuarla a tiempos post-oligárquicos.

Los antecedentes inmediatos de esta crisis se dan tres años antes con la elección como rector, por tercera y última vez, de Luis Alberto Sánchez. Frente a este rectorado se va a conformar un amplio frente de oposición que congrega a toda una gama de fuerzas de diferentes estamentos. El bloque, sin embargo, era precario porque no los juntaba otra cosa que no fuera terminar con la violencia aprista en San Marcos. No había propuesta en positivo, tanto por el "izquierdismo" estudiantil como por la incapacidad de liderazgo de quienes sí tenían elementos para formular un proyecto, como era el caso del grupo de Estudios Generales.

La comprobación de la gravedad de este desencuentro para el futuro de San Marcos estaría dada por el momento de la salida de Sánchez del rectorado y la dación del DL N° 17437 por el gobierno militar de Velasco. En efecto, en enero de 1969, Sánchez queda aislado y debe renunciar. Acto seguido, en febrero de ese mismo año se

promulga el Decreto-Ley que tan gravísimo daño le haría a la universidad. Las conquistas democráticas de la reforma son seriamente dañadas, se elimina la legalidad de los gremios estudiantiles, se restringe y califica la participación estudiantil en los organismos de gobierno y se prohíbe explícitamente la actividad política en la universidad. Al mismo tiempo, se plantea una nueva estructura académico-administrativa que termina con las antiguas facultades, reemplazándolas por una doble línea de departamentos y programas académicos, a la vez que centraliza el gobierno en la administración de un Consejo Ejecutivo, manejado por los jefes de las distintas reparticiones burocráticas de la universidad. El diagnóstico de esta ley era claro: el problema de las universidades era la politización estudiantil y contra ella había que arremeter. En este dispositivo se puede notar, tanto el autoritarismo militar, que cerraba todos los canales de participación ciudadana, así como las tendencias modernizantes que preconizaban eficiencia y funcionalidad como los objetivos a lograr en la educación universitaria.

La casi simultaneidad de ambos hechos, la salida de Sánchez y el Decreto-Ley N° 17437, desarma la precaria unidad entre las fuerzas que habían dado la lucha contra el APRA y conseguido su desplazamiento⁵, no sólo por la carencia de un proyecto, sino también porque la urgencia del mismo sucede en momentos de grave agresión externa contra la universidad. Otro elemento significativo en la eclosión de fuerzas que logran desplazar al APRA, es la fragmentación interna que por la misma época sufre el grupo maoísta denominado "Bandera Roja"⁶, que dirigía el sector mayoritario del movimiento estudiantil sanmarquino. Su división en varios grupos, que en la mayoría de los casos no alcanzan sino a unos cuantos militantes, tiene a la base también el desconcierto que producen las primeras reformas velasquistas, y, como consecuencia, en la universidad, que era quizás su

5. En este punto es importante el análisis de coyuntura inmediato que hace Alberto Escobar. Ver, "El problema universitario en el Perú o el vacío ideológico", Perú Hoy, Siglo XXI Editores, 1971.

6. El Partido Comunista Peruano - "Bandera Roja", es uno de los grupos en que se escinde el Partido Comunista Peruano en 1963. La juventud de Bandera Roja tenía una influencia predominante en la Universidad de San Marcos durante la década del sesenta.

sector de influencia más importante, se genera una incapacidad total para reaccionar frente al nuevo ordenamiento que se imponía.

En estas condiciones San Marcos queda a la deriva, porque la dispersión del bloque "anti-Sánchez" lleva a los pocos activistas que quedan en la universidad a propiciar una oposición frontal al nuevo DL, sufriendo inmediata y dura represión militar. Un sector docente intenta una implementación crítica del nuevo orden, a la postre inviable, lo que motiva el retiro de los profesores reformistas que creyeron poder hacer algo en las nuevas condiciones. Así, la universidad queda en manos de una de las administraciones más mediocres que se recuerde, sin proyecto alguno que llevar adelante, sin el concurso de los profesores que habían intentado pensar el problema universitario y con el movimiento estudiantil ingresando a una etapa que se caracteriza por su extremo radicalismo.

La crisis de 1969 profundiza la situación de aislamiento que había venido gestándose en la década anterior. Frente a la ausencia de proyectos y/o de sujetos capaces de llevarlos adelante, los lazos con la sociedad se van haciendo aún más frágiles y las conductas políticas arbitrarias frente al proceso social terminan por convertirse en norma. Esta es la situación que abre la coyuntura de 1969 y en este período es que se desarrollará el radicalismo que nos ocupa.

II. Los antecedentes del liderazgo estudiantil

1. La movilidad social proceso fundamental

Si hay algún elemento que podemos considerar central para entender el ambiente en que se forman los futuros líderes izquierdistas este es el proceso de movilidad social en que se encuentran inmersos. El se convierte en la condición fundamental de su desarrollo. De raigambre provinciana y pequeño burguesa, hijos de la migración y protagonistas directos algunos de ellos, están en un ambiente que les exige ser más, superar a sus progenitores. En este ambiente la educación y en especial la educación superior juegan un rol central: son vistas como un canal de ascenso privilegiado. Quizás si el mundo político sea una proyección mayor en esta perspectiva de ascenso. Algunos de ellos lo visualizan antes de su ingreso, otros después, pero el caso es que se trata de una de las esferas en que los jóvenes pueden destacar, con prestigio, en la comunidad universitaria que los rodea. Los otros elementos que tomamos en cuenta en las siguientes páginas, de influencia familiar, relación política previa o determinadas lecturas, se dan dentro del proceso de movilidad social, en el cual encuentran su orden y sentido.

El afán de movilidad social, sin embargo, en un país cuyo desarrollo económico y social no ha ofrecido sino muy recortados canales de integración y participación en las últimas décadas, toma fácilmente formas de contestación política. La salvedad es importante para poder establecer que movilidad social no tiene por qué relacionarse siempre

con simple oportunismo personal, sino que se convierte también en motivo de acción colectiva y en determinados medios, de política radical.

Pero, ¿qué hace a estos jóvenes confluir en San Marcos? El prestigio de esta universidad. Ninguno se presenta allí por fracasar en otra casa de estudios que considerara mejor. Me refiero a un prestigio como universidad nacional a la que es factible tener acceso. En otras palabras, un peldaño razonable en el proceso de movilidad social. La implicancia política de este prestigio está también presente, en algunos de ellos, pero como un elemento más en la consideración del prestigio y la tradición sanmarquinos.

Esta condición, en la que los jóvenes crecen y se desarrollan los hace ser portadores de una visión del mundo, frágil y caótica seguramente, en la que se mezclan orígenes y expectativas que los marcan a fuego, así como influencias políticas e intelectuales, que encuentra un ambiente propicio para expresarse en un medio “relativamente libre comparado con el colegio”, como dice Roberto Krieger, “con compañeros amables que se preocupan por tí” como afirma Antonio Ruiz, luego de su primer almuerzo en el comedor universitario.

2. Todos tenían puestos los ojos en ti

Para la gran mayoría de los dirigentes sanmarquinos de izquierda de la generación del setenta llegar a la Universidad no había sido un hecho natural, por el contrario había significado un gran esfuerzo, personal y familiar, e incluso social si entendemos el fenómeno en un contexto mayor. Fracasos paternos, rupturas familiares, trasladados a la capital, derrotas y victorias personales, un nuevo universo de relaciones y todo como parte de una gran epopeya que tenía como meta seguir en carrera para ser alguien en este mundo. Llegar a la universidad y más todavía ser profesional constituía una empresa que tenía raíces tan hondas como la frustración que sentían los padres por no haber tenido mayores niveles de educación, porque en muchos casos no pasaban de los primeros años de primaria o eran simplemente analfabetos. Falta de acceso a la educación que asociaban con los escasos recursos económicos que podían ofrecer a sus hijos. Javier Vásquez, moreno de Pisco, lo recuerda como uno de los impulsos fundamentales que lo llevaron a superarse: “Mis padres siempre tuvieron muchas

ansias de estudio, lamentablemente eso para ellos representó una suerte de frustración, al no haber podido alcanzar una coronación profesional... (Por ello) mi padre jamás nos regateó, a pesar de sus ingresos, un esfuerzo para la compra de algún tipo de libro, enciclopedia, todo eso”. Esta frustración es la que se traduce en una formidable expectativa; padres, tíos, hermanos mayores que no llegaron, paisanos y todo tipo de parientes, empiezan a mirar y admirar al que va sorteando los obstáculos y avanza, pero no sólo miran, en muchos casos también ayudan conformando una red que apoya y protege para ir cumpliendo con los objetivos de profesionalización. De esta forma crece el reto personal y la responsabilidad frente al conjunto que debe afrontar el joven estudiante.

La empresa comienza con la migración a Lima. Si la incidencia de provincianos matriculados en San Marcos crece significativamente durante la década del 70, (ver cap. I) esta cifra parece ser mayoritaria entre los dirigentes políticos y mayor todavía si a ella agregamos los hijos de provincianos. La migración seguramente que tiene causas estructurales diversas y profundas, que no es del caso detallar, pero, en la conciencia de quienes la realizan aparece como: “la necesidad de que los hijos tengan una mejor educación”. Ello significa en algunos casos la migración de toda la familia, en bloque o progresivamente, en otros, la de los hijos nada más, que van poco a poco afincándose en la capital. En cualquier caso se trata de un paso fundamental, cuya importancia es valorada de esta forma, sobre todo cuando se trata de una decisión de conjunto, quizás por ello Rafo Ojeda guarde una memoria tan detallada de aquellos momentos: “Antes de que mi padre tome la decisión eran conversaciones con mi madre de alrededor de un año. Recuerdo que mi mamá tenía una bolsa, donde mi papá cada quincena le dejaba, como si fuera una alcancía, los soles para venir a Lima”. Para Antonio Ruiz, un mestizo de Huaraz, que viene a Lima a casa de su hermana, se trata de un problema de generación: “Me vine a Lima porque toda la gente de mi edad se vino a Lima a estudiar, de mi colegio entraron cinco a San Marcos”. En el caso de Ruiz, como el de muchos otros que eran parte de grupos de migrantes que venían de la misma provincia, departamento y/o región, se forman asociaciones específicas que les son de mucha utilidad para su inserción en la ciudad y la universidad; el ejemplo es el Movimiento

Universitario Ancashino, de cierta relevancia en San Marcos en la década del 70, y al que Antonio Ruiz se refiere constantemente como un canal importante de socialización, en su vida tanto política como universitaria, en especial en los primeros años.

Las expectativas familiares crecen y quizás aumentan la presión sobre los futuros universitarios cuando se trata de estudiantes cuyos hermanos mayores no habían logrado ingresar a la universidad. Es lo que sucede con Ojeda que al terminar secundaria se encuentra en una difícil situación: ninguno de los hermanos mayores había logrado cruzar el ansiado rubicón del ingreso y una grave crisis económica familiar obliga a la madre viuda con los hijos menores a regresar a la Sullana natal. La familia lo pone en la encrucijada: o ingresa ese verano, sin Academia de preparación porque no había plata para ella, o regresa con todos a seguir alguna "carrera corta" en su provincia. La dificultad causó su propio efecto de estímulo y Ojeda nos cuenta: "Estudié los tres meses de vacaciones, mañana, tarde y noche, en la Casa de la Cultura de Lince que quedaba a seis cuadras de mi casa. Todo el día estaba ahí e ingresé a San Marcos con solo el puntaje del primer examen". Algo similar sucede con Mario Kudo, también hijo de madre viuda al momento de postular y sin ningún hermano mayor que hubiera ingresado. Fracasa al primer intento pero vuelve a postular al año siguiente e ingresa; reconociendo en este sentido la insistencia de su madre como decisiva para que consumara sus propósitos.

Pero esta lucha por el ingreso no se ve exenta tampoco de contradicciones e incluso graves diferencias entre padres e hijos. Pepe Mendoza relata que a pesar de no ser migrante sino hijo de migrante, viviendo con una madrastra, debido al divorcio de sus progenitores y segundo compromiso de su padre, este último no cesaba de remarcarle lo difícil que había sido llegar a la capital y hacerse un sitio en ella, asumiendo que él debía pasar por iguales o similares dificultades para triunfar. Por ello le fue severamente restringido el apoyo paterno para obtener el ingreso, que contradictoriamente se esperaba debía producirse por las capacidades del postulante. Rodolfo Ortega, el sí provinciano, de Tumbes, nos cuenta, de la misma forma, que tuvo todo el apoyo paterno para ingresar a la Escuela Militar de Chorrillos, pero que por haberse retirado de allí a los tres meses de entrar, fue

prácticamente dejado a su suerte en Lima, debiendo gestionar, ya sin apoyo familiar, su posterior ingreso a San Marcos.

Cabe también mencionar la relación que establecen la mayoría de los líderes sanmarquinos, que habían estudiado secundaria en colegio nacional, con la expectativa de ingreso no sólo a la universidad, sino específicamente a San Marcos; "...si alguien quería ingresar a la universidad, esa era San Marcos, porque era la Universidad", señala Mario Kudo, subrayó "la" Universidad, antes que pensar en su carácter popular o en la politización imperante, a lo que agrega aún más tajante Rodolfo Ortega: "Desde muy niño he tenido conocimiento de San Marcos. Yo no miraba otra universidad, para mí Universidad es San Marcos, otras no son Universidad", dando una muestra más del reconocimiento de que gozaba la Universidad de San Marcos entre estos hijos de la migración. El testimonio contrasta con la imagen corriente que se tiene en algunos medios, cierta quizás en algún caso, que todos los futuros dirigentes iban a San Marcos exclusivamente a hacer política, sin que importara su tradición y arraigo como institución universitaria. Podemos decir que de alguna forma esta era una mirada a San Marcos "desde abajo", ángulo social desde el cual se la veía como una meta a alcanzar, punto de vista muy diferente al que podría tener un hijo de clases más acomodadas, sin mayor inquietud social, para quien seguramente el ingreso a una universidad nacional y más aún a San Marcos, no estaba entre sus prioridades y contrariamente a las declaraciones citadas, podría considerarse hasta un des crédito entre los de su clase.

La expectativa que hay en ellos y el esfuerzo para satisfacerla van a ser así los elementos más inmediatos que traen estos jóvenes cuando llegan a la universidad. Elementos que como señalamos tiene raíces tan hondas, que en muchos de los casos no apreciarán su dimensión sino hasta que empiezan a pasar los años dentro de los claustros y las dificultades arrecian. Porque el ingreso no es sino un hito más de un largo proceso, que tiene varios hitos anteriores en diferentes planos de la vida, e irá teniendo varios otros, que tal como veremos en los capítulos siguientes, se expresarán también políticamente.

3. Soy de provincias

Los orígenes, gran motivo en la izquierda sanmarquina, de dónde vienes, o, qué hacen tus "viejos", podían parecer preguntas de señora acomodada; sin embargo, ser cholo, provinciano, o de padres migrantes y de pocos recursos económicos, lo que fácilmente se podía colegir por el distrito de residencia, daba cierto lugar en el movimiento, sobre todo si quería tentarse una posición de liderazgo. El prejuicio tenía sus raíces en un hecho objetivo, la mayoría de los estudiantes sanmarquinos en la década del setenta compartían las características señaladas líneas arriba, su liderazgo, por lo tanto, buscaba de alguna manera reflejarlos. Pero la influencia del maoísmo predominante había también cumplido su papel dándole un curso ideológico a este prejuicio, que termina siendo para buena parte del movimiento un pre-requisito a ser observado si alguien quería considerarse de izquierda. Tanto llega a calar el prejuicio, en términos ideológicos, que podía verse expresado en sus aristas más exageradas, y a veces, hasta ridículas, en la vestimenta de aquellos estudiantes provenientes de clases más altas que buscaban identificarse con posiciones radicales, los "blue jeans" raídos, las botas de campaña, bufanda y algún sacón invernal, eran prendas en este sentido, que llegaron en esos años a hacer casi un prototipo. Pero toda regla, dicen, que tiene su excepción y esta en el liderazgo sanmarquino parece ser el caso de Roberto Kriege, no sólo porque sea la excepción en el grupo de ex-dirigentes entrevistados, sino porque contradiciendo las indicaciones del acendrado prejuicio alcanzó, dice él que sin proponérselo explícitamente, el máximo cargo gremial de la Federación Universitaria. Habría que remitirse para empezar a desentrañar el enigma a la pregunta que hizo un profesor de sociología que escuchaba atentamente el discurso de toma de posesión de Kriege como Presidente de la Federación, ¿qué hace un gringo, y todavía de apellido judío, como líder de tantos cholos?

Pero los orígenes, siguieron haciendo historia años más tarde, cuando la mayoría de los dirigentes sanmarquinos de la década estudiada habían dejado ya la universidad. Fue con motivo de su Servicio Médico Rural que Carlos Alberto González fue a Huaraz y conoció la posición que ocupaban los padres de Antonio Ruiz, respetables comerciantes de una capital de departamento, sin mayores recursos, pero no obreros ni campesinos, como le hubiera gustado a la

leyenda, a la leyenda repito, ya ni siquiera al propio Ruiz que se ríe cuando le cuentan la anécdota diez años más tarde de sus peripecias estudiantiles. En todo caso, en la época, la aclaración no era hecha, y el solo decir (y mirar) serrano, tenía su prestigio; Pepe Mendoza interviene, en este punto, señalando: "que le pregunten sino a Ruiz la historia de los huaracinos en San Marcos, para saber algunas cosas que pasaron en el FER", aludiendo a la influencia, ya mencionada, que tuvo el Movimiento Universitario Ancashino.

Tres elementos eran los que se mezclaban en esta definición de los orígenes sociales del radicalismo sanmarquino: clase, etnia y región. Decimos exactamente que se mezclaban porque era difícil poder aislar una connotación de la otra, a pesar de lo cual trataremos de señalar las características de cada una de ellas. A diferencia de lo que pudimos haber aprendido, no era el elemento clasista el que resaltaba por encima de los demás, sino más bien la procedencia regional. Rodolfo Ortega no deja dudas cuando preguntado por sus orígenes afirma para empezar: "Yo soy de provincias". Esta identidad primaria, fundamental entre los migrantes pero también con repercusión entre los que eran hijos de migrantes, era el elemento a través del cual se expresaban las demás pertenencias sociales, tanto étnicas como clasistas.

La experiencia de la migración será en este sentido decisiva y en cada caso supondrá una forma de enfrentarse a la ciudad, buscando integrarse pero a la vez diferenciándose y afirmando lo que ellos traían. Esto se vive de diferentes maneras, para Rafo Ojeda el viaje a Lima, recuerdo indeleble, es como un "viaje a lo desconocido", quizás por venir desde tan lejos como Tumbes, "como un viaje al extranjero, interminable, que duraba dos días con sus noches, porque la camioneta de mi padre no era muy moderna y había que pararse a dormir. Nosotros no sabíamos cuándo íbamos a llegar ni cómo era Lima. Hablaban de edificios, supermercados, el Estadio Nacional y la gente que se muere en las calles". No será tan fuerte para los costeños que nacen en lugares cercanos a Lima, como Pisco o Casma y conocen la capital antes de mudarse definitivamente a ella. La adaptación en este caso es más rápida porque suelen venir a estudiar la secundaria, empezando desde adolescentes su socialización juvenil urbana. Mario Kudo abunda en este aspecto, señalando, no sólo la relación con

sus parientes, que ya vivían en Lima, sino también su progresiva relación con un nuevo ambiente que luego le permitió adaptarse mejor, tanto a capital como a la vida universitaria: "Venía a Lima de vacaciones porque estaban mis hermanas. Ellas vivían en una barriada en la margen del río Rímac, donde había gente mucho más pendeja que los chiquillos de colegio, lumpen de todo tipo. Entonces yo de alguna manera ya conocía el ambiente". Este "achoramiento" limeño es el que lleva al mismo Kudo a cambiar sus gustos musicales, luego de haber escuchado desde su más tierna infancia huainos en quechua, se ve obligado a dejarlos de lado "para no verme raro" y empezar con los valses, afición que continúa con especial dedicación hasta el presente; de otra forma, era objeto de burla permanente por parte de los muchachos de su edad.

Las dificultades mayores son, sin embargo, para los que vienen de la sierra, porque no sólo deben hacer frente a un duro proceso migratorio como los costeños, sino que contra ellos los prejuicios étnicos son aún mayores. Lo que pasa con Antonio Ruiz es muy pertinente al respecto, porque vive su mestizaje en dos sentidos opuestos. Primero, observa desde niño el desprecio y la opresión de que son víctimas los indios. Empezando por sus compañeros en la escuela primaria: "Debíamos barrer el salón de clase dos veces por semana, pero los únicos que barrían eran los indios, nunca los hijos del poder", experiencia que prosigue cuando acompaña a su padre "chofer de plaza" llevando a los magistrados a hacer reconocimientos de linderos en los juicios que interponían las comunidades, oportunidades en las que era testigo de los múltiples regalos que los campesinos hacían a los jueces y abogados, y el desprecio y la soberbia con que estos los recibían. Para referirse luego al desprecio que sufre él, como serrano, en la gran ciudad. Si en Huaraz era consciente de su mestizaje, "mestizo como mi padre", afirma orgulloso, y distinguía perfectamente a los indios, adoptando en su sola referencia una distancia frente a ellos, en Lima, se sentía despreciado como si fuera indio: "(recién llegado)... salíamos los domingos con mi paisano García a fastidiar a las chicas, y nos decían, 'cholos', 'serranos', en la calle, en los colectivos, en el mercado". Esta hostilidad urbana la siente también en sus dificultades para ingresar a la Universidad, lo que significa el fracaso del primer intento de admisión: "No ingresé porque

II. Los antecedentes del liderazgo

no tenía capacidad de concentración. Un serrano recién llegado a Lima en pleno verano es difícil acomodarse, en segundo lugar estaba nervioso...". Hace la salvedad, sin embargo, que en el único ambiente en que nunca se sintió marginado por el color de su piel fue en San Marcos, donde, a diferencia de los otros lugares, se sentía muy bien porque "ahí no había eso". Quizás esta brusca experiencia sea la que lo lleva más tarde a referir su propio mestizaje como más cercano a los indígenas, lo que despertaba indudable solidaridad con ellos.

Otro caso, donde el origen étnico se mezcla con el regional, aunque no de las dimensiones ni de la connotación social de Antonio Ruiz, es el de Mario Kudo, nacido en el valle de Casma, e hijo de padre japonés con madre quechua. A pesar de su aspecto físico, asiático, y de su apellido, Kudo no es considerado por los migrantes japoneses como "nisei", es decir, hijo de japoneses, sino como "ainoco", o sea, hijo de japonés con peruana. Esta situación lo aleja de una posible relación con la colonia de ese país asiático, dejándole, en términos de relación social, nada más la herencia quechua de su madre, sujeta a todos los prejuicios que frente a ella se observan en la capital.

Y luego tenemos la pertenencia de clase, desengaños del prejuicio porque no se trata, ni en las versiones más extremas, de hijos de obreros o de campesinos. Podemos decir más bien que los líderes universitarios provienen de esa franja pantanosa, indefinida y quizás hasta indefinible de la "pequeña burguesía" o "clase media", tan satanizada por el propio discurso izquierdista universitario como responsable de buena porción de sus males. Más precisamente diríamos, en el caso del liderazgo universitario que estamos estudiando, que se trata de jóvenes provenientes de lo que llamaremos la "clase media baja", cuyos padres son comerciantes minoristas, artesanos, en algún caso pequeño agricultor y en otro empleado administrativo, las más de las veces de escasos y hasta de muy escasos recursos. Hay una sola excepción en la que el padre es profesional y profesor universitario, caso que por lo demás se diferencia del resto en muchos aspectos.

La característica saltante de esta "pequeña burguesía" es su decadencia como fracción de clase provinciana que viene a la capital. No necesariamente decadencia económica, sino más bien decadencia de

status, que puede o no ir acompañada de la primera. Se trata de familias que, o habían venido a menos en sus pueblos de origen y migraron o tienen problemas económicos y de relaciones sociales una vez en la ciudad, es decir, se encuentran en un medio nuevo, muy grande y desconocido, donde no tienen los medios ni muchas veces los familiares y las amistades para asentarse. Antonio Ruiz nos relata, por ejemplo, que su padre hace ya un buen número de años que no tiene la parcela de 20 has. que él recuerda en su niñez, ni tampoco la tienda de abarrotes en la Plaza de Armas de Huaraz, habiendo más bien alquilado el local. Cosa similar sucede con el padre de Rodolfo Ortega, que ahora sólo posee 2 has. cerca a Tumbes. Ni qué hablar de aquellos como Ojeda o Kudo que debieron soportar la falta de sus respectivos progenitores, fallecidos antes que empezaran su vida universitaria. Dificultades materiales que se agravan cuando aparecen otras, no menos importantes, propias de quien es nuevo en un lugar. Javier Vásquez nos cuenta lo que hubo de pasar para conseguir matrícula en un colegio nacional al llegar a Lima: "...mi hermano me quiso matricular en el Guadalupe, pero ese colegio aparte de su famita tenía el requisito de la vara y había una persona que comerciaba con ella. Mi padre se negó a pagar la cantidad requerida porque le parecía injusto y a las finales no llegó a alcanzar matrícula, así que un profesor de mi tierra nos consiguió entrada en el Pedro A. Labarthe". Estos problemas de reubicación social son un elemento más para que crezca la expectativa en el triunfo de los hijos, lo que en algunos casos lleva a angustias como la que recuerda Carlos Alberto González: "...ser primero de la clase justificaba para mí que mis padres me mantuvieran en el colegio, en el fondo tenía miedo de que me fueran a sacar". Ello también expresa, en el caso de González, una reacción ante la contradictoria actitud de sus padres, que lo hostilizaban durante las horas de estudio, lo que él entendía como una forma agresiva de recordarle a un hijo todos los esfuerzos que hacía para que pudiera terminar secundaria.

El máximo rendimiento escolar puede ser una respuesta a las expectativas y quizás también al deseo de obtener notoriedad que la familia pierde o no puede alcanzar, lo mismo que más adelante puede buscar lograrse destacando a través de la política. En este último sentido es que Antonio Ruiz señala cómo se han ido encadenando los

grandes anhelos de su vida, desde la niñez hasta la universidad. Primero, dice que su gran deseo era ser santo y que pensaba realizarlo metiéndose de cura, estimulado por su madre y hermanas mayores, pero que se decepcionó cuando se empezó a dar cuenta de las múltiples corruptelas de los curas de pueblo. Sin embargo, esta vocación por la santidad no fue abandonada porque años más tarde su objetivo fundamental pasó a ser convertirse en héroe, influido por las lecturas de aventuras que tuvo en su adolescencia, y hoy, nos confiesa que su intención de volverse dirigente revolucionario en la universidad era en buena medida la proyección de sus deseos de santidad y heroísmo, nacidos en la infancia y adolescencia. Primero de la clase, santo, héroe, dirigente revolucionario, quizás todas ellas formas diversas de negar un mundo que se destruía y que no lograban recomponer, ni ese ni otro alternativo, como referente de pertenencia.

4. Mi padre biológico no me importa

La familia está de alguna manera presente a lo largo de todo lo que pueden considerarse como elementos que los jóvenes radicales lleven a la universidad. Pero aquí quisiera puntualizar algunas cuestiones que ellos recogen de la relación con sus padres, y que van a seguir apareciendo como fundamentales en su memoria aún después de haber pasado por su experiencia de politización universitaria. Me refiero principalmente a dos: la estabilidad del hogar y la presencia en él de sus progenitores, así como la influencia de la formación moral que reciben en su niñez y adolescencia.

La existencia o ausencia de un mundo afectivo inicial es lo primero que salta a la memoria de nuestros entrevistados. "Tú quizás no sepas lo que significa que no tengas padres firmes en un hogar", señala Pepe Mendoza, y trata de volver a componer el rostro de su madre, a quien dejó de ver a los seis años, para mencionar a una tía, descubierta hace poco, que le dicen es muy parecida, y concluir que realmente él, es el rostro vivo de la difunta. "Sobre mi padre biológico conozco muy poco, creo que nunca me ha interesado", afirma Carlos Alberto González, manifestando la ausencia de quien prefiere no recordar más. En ambos casos se trata de algunos de los padres a cuyo lado no pudieron crecer por separaciones muy tempranas y cuya falta se proyecta como dolor, como búsqueda, como reemplazo, pero no

desaparece en ningún momento de su existencia. Esto causa inseguridad y postergación, lo que es más claro cuando aparece la figura de la madrastra, tal como nos relata Mendoza: "Tú puedes tener hermanos de padre y madre y vivir en un mismo techo, pero cuando dos hermanos no son de padre y madre evidentemente que hay diferencias. Y si tienes madrastra, escoge a sus hijos, lo que además es justo, pero el problema es que mi padre fue de la misma posición".

Esta "falta de familia" es reemplazada en muchos casos por la organización política en que militan, lo que casi siempre se ve facilitado por los absorbentes que son los partidos políticos en la universidad. González es muy consciente de este proceso: "para mí el partido vino a representar mi familia". Lo que no significa solamente un reemplazo de lazos afectivos personales sino también una forma concreta de construir la felicidad que les había sido negada en la infancia, y continúa Carlos Alberto en el mismo sentido: "Yo iba a San Marcos a cumplir un papel que tenía relación con hacer el socialismo, porque este iba a lograr que no existieran niños que tuvieran los problemas que tuve yo".

Sin el dramatismo de los casos anteriores, aunque también motivados por múltiples contradicciones familiares, la idea de búsqueda de un nuevo espacio afectivo anima a algunos dirigentes sanmarquinos a dejar su casa, o la casa del parente o amigo de la familia en la que vivían en Lima, para irse a vivir a la vivienda universitaria, a compartir un cuarto de pensión con algún compañero de estudios, o a pernoctar a los locales de los gremios estudiantiles. Esto no necesariamente sucede por razones económicas, sino que es una forma de conseguir la independencia personal necesaria, que los aleje del deterioro familiar y les dé mayores posibilidades de militancia política.

Pero también existe la influencia de la "formación moral" como un factor que va a significar un antecedente importante de sus posteriores convicciones políticas. Para Mario Kudo hay en este aspecto elementos definitivos que les trasmiten tanto su padre como su madre. "Para él (su padre) los hombres valían por lo que eran, más allá de su condición económica y social", extendiéndose en cómo el estricto cumplimiento de este principio llevó en alguna oportunidad a la

quebra del negocio paterno, lo que era preferible a los ojos de un japonés tradicional a dejar de lado los principios. De igual forma Javier Vásquez trae a la memoria el sentido de la dignidad y el justo orgullo que ostentaba su abuela "capaz de sostener un no aunque se cayera el techo encima", ejemplo que recuerda fue su paradigma cuando algún rector quiso obligarlo a firmar el reconocimiento escrito de faltas que no había cometido y él se negó a pesar de que ello le costó la expulsión de la universidad. De igual forma Roberto Kriege no puede soslayar la influencia del cristianismo de sus padres, como elemento principal en su compromiso de años posteriores, señalando que "la fraternidad con el próximo es algo que aprendí en mi casa más que en alguna otra parte".

Muchas veces, sin embargo, sucedía que el predominio del imperativo moral llevaba a que la política se convirtiera en una obligación, confundiendo la vocación personal por esta actividad con un deber que impone una entrega más allá de las condiciones de cada cual para llevarla a cabo. Esta confusión recién se ha aclarado para varios de los antiguos líderes luego que dejaron la universidad y se alejaron del movimiento estudiantil, e incluso, en algunos casos, del movimiento político organizado en general, cuando habiendo trascendido las urgencias de la juventud se empiezan a realizar profesionalmente en su quehacer específico.

5. Rezamos un padrenuestro frente a las ruinas de Chan-Chan

La generación que dirige la política del movimiento estudiantil sanmarquino en los setentas nace y crece en las dos décadas anteriores, y en ellas recibe influencias e imágenes de la descomposición del Perú oligárquico, que le dan una pauta de lo que se entendía por política en el país.

En este contexto, no es curioso que lo que resalte en la memoria de los ex-dirigentes sanmarquinos como uno de sus primeros recuerdos de la política sea el Partido Aprista. "Mi padre siempre me llevaba al Partido a que me corte el pelo, a tomar un helado, a pasearme", nos dice Rafo Ojeda. Pero no es una presencia aislada, se da en Tumbes, Huaraz, Casma, Pisco y se repite por supuesto en Lima; no sólo es el padre, existe algún hermano, tío, amigo o conocido que es aprista e

impresiona de formas distintas con su militancia. Es una experiencia que se relaciona principalmente con la época heroica del aprismo, de la clandestinidad y las catacumbas, ubicado más bien entre las postimerías de la dictadura de Odría y el rechazo de buena parte de los apristas al posterior pacto del PAP con el ex-dictador. Es por ello un recuerdo que se relaciona fácilmente con radicalidad anti-dictatorial y experiencia de oposición "ilegal" y muchas veces violenta. "Mi padre fue de los 'Comandos Revolucionarios Apristas'" recuerda Ortega, y Rafael Ojeda agrega el testimonio de la detención de su papá por la policía del dictador cuando descubrieron que usaba las llantas de su camión inter-provincial para transportar la correspondencia del APRA por la Panamericana Norte.

Esta relación con el aprismo se da también asociada a la experiencia de la migración a Lima produciendo recuerdos tan fuertes como el siguiente: "Vinimos a Lima en una camioneta GMC. Mis padres y hermanitos pequeños adelante y el resto de nosotros atrás con un colchón y algunas cosas, tapados, por el frío. Cuando pasamos por Chan-Chan mi padre detiene la camioneta y nos hace rezar, diciendo: 'Aquí en las paredes han matado a muchos compañeros, a muchos peruanos', yo no veía porque era muy lejos, pero mi padre sabía que era Chan-Chan, y todos rezábamos un padrenuestro", concluye Ojeda, uniendo el viaje "interminable" con la raigambre del compromiso paterno. Queda en estos recuerdos más allá de la admiración por el valor y la entrega en una actitud política, el carácter popular de la opción que toman estas personas mayores que ellos, de allí el cariño con que ven esa militancia, especialmente si se trata de los padres, no renegando sino más bien revalorando este antecedente, a pesar del anti-aprismo furibundo que se desarrolla en San Marcos en la década que estudiamos.

Otro recuerdo relevante que tienen varios de los que serían dirigentes son las frustradas elecciones de 1962. Quizás porque fueron las primeras elecciones, realmente tales, que estos jóvenes pudieron ver, quizás también por la intensidad y la cobertura nacional de las campañas de los candidatos. Pero hubo además un fenómeno muy significativo como producto de estos comicios, el golpe contra la victoria de Haya de la Torre, el gran líder anti-oligárquico que era nuevamente postergado. El caso es que las manifestaciones que

encabezaron Haya, Belaúnde, Cornejo y el General Pando, se recordaron en los más diversos lugares de la República. La oratoria de Haya no puede menos que tener un lugar privilegiado en este recuerdo y Javier Vásquez, más tarde fogoso orador sanmarquino, tampoco oculta admiración por este verbo. De la misma forma que Antonio Ruiz no olvida la primera paliza de los búfalos que recibió por curioso de una contra-manifestación del Frente de Liberación Nacional, que intentaba disolver el mitin del APRA en Huaraz. Esta campaña parece haber sido la primera noticia de política nacional, sobre todo para los jóvenes provincianos, más alejados de la escena limeña.

Existe por otra parte una experiencia que va más allá de la imagen o la admiración por otra persona se trata de diferentes actitudes, que podríamos calificar de "rebeldía", ocurridas durante la secundaria, generalmente durante la década del sesenta, algunos años antes de las grandes movilizaciones del SUTEP –Sindicato Único de los Trabajadores en la Educación del Perú– por lo que no son aún los tiempos de agitación izquierdista en los planteles estatales. Sin embargo, se trata de experiencias directas, quizás si inicialmente políticas que implican un primer enfrentamiento con un orden jerárquico establecido en una institución. Javier Vásquez, por ejemplo, valora especialmente los antecedentes en este sentido. "El Labarthe era un mundo interesante, porque era un mundo de desafíos", haciendo alusión al trabajo que le costó a él, proveniente del sur chico, ponerse a la altura de las circunstancias y ganarse el respeto de los "malandrines" (adolescentes traviesos en este caso) en el colegio, "para mí fue casi una escuela, viví hasta tres tomas y tres expulsiones de directores", lo que se vería corroborado por las múltiples tomas que encabezó cuando Presidente de la Federación Universitaria. Antonio Ruiz también tiene una experiencia importante en este aspecto, como director del periódico escolar de su colegio en Huaraz, que poco a poco va convirtiéndose en vocero de posiciones cada vez más progresistas. Durante los últimos años de secundaria combina esta actividad con esporádicas acciones de propaganda izquierdista, que a la poste despertarán sospechas desmesuradas en la política local, acabando en un buen susto, a pesar de toda la ingenuidad con que actuaba, para quien años más tarde sería conocido dirigente en San Marcos, nos lo relata así: "...me captura la PIP y estoy detenido cinco noches, me acusaron de llevarme la

bandera de Estados Unidos, de haber hecho pintas y del homenaje al Che. Me preguntaban por el mimeógrafo y los jefes, pero nadie dirigía, era palomillada nomás".

En todas estas correrías escolares no dejan de estar presentes, con especial fuerza dos figuras que mezclaban romanticismo, entrega juvenil y política revolucionaria en la década del sesenta, me refiero al "Che" Guevara y a Javier Heraud. Son noticia en la época y por lo tanto motivo inmediato de discusión y admiración para los jóvenes también en la secundaria. Empiezan a hablar y escribir sobre ellos en esos años, haciendo famosos en sus libros y cuadernos la silueta del "Che" y alguna copia manuscrita de poemas de Javier Heraud. Rafael Ojeda sufre una profunda decepción cuando la promoción que él presidía, en la Gran Unidad Escolar "Alfonso Ugarte", no puede llegar a llamarse "Che" Guevara. Corría 1969 y la muerte del guerrillero de leyenda estaba todavía muy cercana para que se permitieran cosas así, pero fue tan grande la epidemia que el recién estrenado velasquismo tuvo que dar una disposición especial para impedir que proliferaran las promociones con nombre "subversivo". En otros casos, como el de Rodolfo Ortega, que termina secundaria en la primera mitad de los sesentas, además de las presencias mencionadas aparece también Hugo Blanco y el recuerdo de las guerrillas de 1965, quizás alguna influencia más politizada o mayor cercanía cronológica con los hechos, al fin y al cabo se genera también una profunda admiración por quien se atreve a tomar las armas y cuestionar el orden establecido, actitud que como veremos en los siguientes capítulos se convierte en principio fundamental del radicalismo de los setentas.

Las lecturas infantiles y juveniles son otro elemento recurrente en la memoria del radicalismo universitario que casi siempre se menciona como un antecedente formativo fundamental de lo que más tarde serían sus actitudes políticas. El detalle se remonta en este caso hasta la infancia, y Javier Vásquez asegura que la lectura de "Tom Sawyer", destacando el sentido de aventura y audacia de este personaje, temas ambos que coinciden –aventura y audacia– con el importante principio de "aprender a atreverse", tan caro al maoísmo en boga en San Marcos en la década que estudiamos. Paradógicamente en la trayectoria de Vásquez, a la lectura de "Tom Sawyer" continúa la impresión

III. El radicalismo

profunda que le causa la novela "Así se templó el acero", paradójico por la que parece ser aparente contradicción entre un cuento infantil norteamericano y una típica novela de la época estalinista. Sin embargo, Vásquez asegura que "si Tom Sawyer abonó el terreno la semilla cayó en Pavel Korchaguin (personaje central de "Así se templó el acero"), ejemplo, según señala, de entrega y desprendimiento máximo, en particular en el terreno amoroso, donde prefiere renunciar al ser amado antes que renunciar a sus principios revolucionarios. También reclaman influencias de sus lecturas de aventuras Ruiz y Kudo, en especial este último, que dice poseer un gran espíritu aventurero, heredado de su padre, al que atribuye continuar hasta el presente envuelto en el quehacer político.

Otro aspecto de este mismo tema de las lecturas es la relación privilegiada que establecen con las personas que les proporcionan el material a leer. "Era mi madre quien me favorecía con la lectura", señala Roberto Kriege, resaltando esta especial relación con quien lo "favorecía", "yo no tenía oportunidad de escogerlas y ella me daba las que ya había leído", dice abundando en la guía materna de sus primeras inquietudes. Algo similar sucede también con Rafo Ojeda, sólo que en su caso se trata de una relación con la biblioteca de su padre fallecido, que ejerce enorme atracción y es a partir de la lectura de estos libros que puede entender quién fue verdaderamente el personaje tan querido en su niñez. Hurgar entre esos anaqueles le trae, sin embargo, dificultades. "A mí me gustaba buscar todos sus libros. Una vez que yo estaba leyendo mi madre me dijo: ¿Qué estás leyendo tú esas cosas?, así como reprimiéndome ¿no?; tenía temor a que pudiera inclinarme políticamente por lo que podía leer", tal era el recuerdo materno de los múltiples problemas por los que había pasado la familia a causa de la militancia aprista del padre.

Por último, están los contactos políticos izquierdistas anteriores a su ingreso a la universidad. Aunque no suelen ser la regla, importa mencionarlos porque cuando se dan son el primer eslabón de una cadena de relaciones que los pondrá directamente en comunicación con el mundo político dentro de los claustros. Javier Vásquez es un ejemplo típico al respecto, con su hermano mayor como dirigente del Centro Federado de Letras y la Federación Universitaria, entra desde sus últimos años de secundaria en un círculo de relaciones estrecha-

mente vinculado con el movimiento estudiantil, en especial con la tendencia maoísta predominante. Este ambiente, del que recuerda muy vivamente la lectura y discusión del "Qué hacer" de Lenin, tomado de la mesa de su hermano, le desarrolla una gran inquietud política, al punto de hacerle variar su inicial vocación por Medicina, para reemplazarla por la Sociología, más cercana según estos amigos a la política. Era tal su entusiasmo, que nos dice: "Si hubiera existido una carrera de político ahí me hubiera metido". Para Antonio Ruiz, que ya venía motivado de diversas formas desde su provincia, la relación en Lima con su paisano Miranda, es decisiva, porque llegando lo pone en contacto con el ya mencionado Movimiento Universitario Ancashino, que activaba dentro del Frente Estudiantil Revolucionario en San Marcos, a la vez que dirigía la lucha por la universidad en Huaraz. A través de sus paisanos es que empieza a asistir, todavía como postulante, a las asambleas estudiantiles, terminando de decidirse por ingresar a San Marcos en vez de a la Universidad Católica, que era donde lo quería llevar una hermana mayor, porque una vez fue y se dio cuenta "que allí había puro gringo, gente que no era como yo". Estos pueden ser, más allá de todas las influencias que recibieran durante su niñez y adolescencia, dos casos de definición política anteriores a la vida universitaria misma, por lo tanto, ejemplos en los que la política los va a marcar desde un primer momento en la universidad.

III. El Radicalismo

1. El signo de los tiempos

Es casi legendaria en el Perú la particular sensibilidad de los estudiantes sanmarquinos frente a cualquier dictadura, especialmente cuando se trata de militares, como bien dice Javier Vásquez: "los sanmarquinos veían en los militares a todas las dictaduras". El rechazo al golpe del 3 de octubre de 1968 fue por ello casi instintivo, intuición que se vería confirmada por los sucesos de los meses posteriores. En efecto, la dación del Decreto-Ley 17437, la posterior represión a los dirigentes universitarios, así como la respuesta sangrienta a las movilizaciones de secundarios en Huanta y Ayacucho¹, de especial repercusión en la universidad, serán una carta de presentación poco diferente del gobierno de Velasco. Porque a diferencia de lo que sucedió en otros sectores de la vida nacional, la política del velasquismo no evolucionó hacia un reformismo social que tomara en cuenta a los actores del drama universitario, sino que prolongó con renovado ímpetu el desprecio oligárquico por la nueva composición étnica y clasista del estudiantado en las universidades nacionales. En este sentido la supresión del cogobierno y la legalidad de los gremios estudiantiles, contenida en el DL 17437 no es sólo el símil de lo que

1. En Huanta y Ayacucho se producen en 1969 violentos enfrentamientos de los estudiantes secundarios con la policía, con motivo de un intento del gobierno de suprimir la gratuidad de la enseñanza en los colegios estatales.

pasó a nivel nacional con el gobierno constitucional², sino que además consecuencia de este desprecio particularmente acentuado en el ámbito castrense.

"Velasco nos trataba como locos", asevera el mismo Vásquez, aludiendo a que los dirigentes sanmarquinos presos a principios de los 70 ocupaban en Lurigancho el mismo pabellón de los reclusos que estaban locos. Tal era el rechazo que se tenían universitarios y militares. Porque todo no quedó en las primeras agresiones que sufrió la Universidad por parte del gobierno, sino que continuó con la condena reiterada y tajante que hizo el movimiento estudiantil de todas y cada una de las reformas que llevó adelante el velasquismo, al extremo que la tendencia mayoritaria entre el alumnado lo calificó de fascista, elevando una característica: el rasgo autoritario de estos militares, a concepto definitivo. Ello llevó a una percepción arbitraria del fenómeno velasquista al movimiento estudiantil, ya que únicamente consideró el aspecto autoritario, que le concernía directamente, dejando de lado lo que se desarrollaba en otros campos. Percepción que a pesar de los matices y el grado de la condena, lo que además era motivo más que suficiente para larguísimas polémicas, terminaba arrastrando a todos, porque como dice Roberto Krieger, dirigente que se ubicaba en la antípoda de las posiciones de Javier Vásquez: "Imaginarse desde la Universidad un gobierno que hiciera cosas buenas era casi imposible".

Pero esta visión escindida de la realidad política fue particularmente grave para el movimiento porque constituyó uno de los factores fundamentales en la profundización de su aislamiento respecto de la sociedad. La razón era sencilla: aparecían como arbitrarios, perdiendo buena parte del prestigio político ganado por el movimiento universitario en décadas anteriores.

Quizás si el mejor ejemplo que distingue los cambios ocurridos en la percepción del movimiento estudiantil sanmarquino, sea un grito característico de cuanta movilización que ganaba los patios o las calles: ¡San Marcos: abajo la dictadura!, que viene a reemplazar otro

2. Me refiero al derrocamiento del primer gobierno de Belaúnde por el golpe militar de Velasco, el 3 de octubre de 1968.

III. El radicalismo

grito de combate similar de la década de los 60: ¡San Marcos: revolución! ¿Por qué el cambio de 'dictadura' por 'revolución'? La segunda palabra: 'revolución', expresaba la hegemonía izquierdista conquistada en dura pelea contra el APRA en los sesentas y se manifestaba a todas luces insuficiente en esta nueva situación, además, el término venía siendo reiteradamente usado por los militares en el gobierno, por lo que a ojos estudiantiles se devaluaba lo que entendían por su sentido original. Entonces todo empezó a verse bajo el prisma del combate anti-dictatorial y se dividieron los campos en forma tajante, se estaba a favor o en contra de la dictadura, no debiendo nadie contaminarse con quienes tuvieran que ver o pareciera que tuvieran que ver con ella. De esta forma las fuerzas más extremas llegaron a señalar que el objetivo era la intervención militar de la Universidad y por lo tanto había que prepararse para resistirla. Esta visión evidentemente exagerada de la realidad encuentra un buen ejemplo en la afirmación de Javier Vásquez, quien en un discurso con motivo de los sucesos del 5 de febrero de 1975³, sosténía que Lima en esos momentos era un campo de concentración.

2. Las ausencias del 69

Es evidente el vacío político que sufre la universidad en 1969. Tan es así que uno de los futuros líderes radicales que ingresa ese año señala que se vivía un ambiente "frustrante" porque la dirigencia había claudicado casi sin resistencia frente a la imposición del D.L. 17437. Se puede entender la sensación de frustración porque se trata de un muchacho que ingresa con expectativas de realización política y que conocía los antecedentes del grupo estudiantil que había dado la pelea contra Sánchez, me refiero a la juventud del grupo "Bandera Roja", en este caso es alguien que había tenido a un hermano en la dirigencia universitaria en los sesentas y había recibido por allí sus primeras influencias ideológicas. Igual impresión se lleva Rodolfo Ortega, que vive ambos períodos, es decir, tanto la lucha contra Sánchez como el momento posterior, él señala "inconsecuencia" en el comba-

3. En esa fecha sucedió una huelga policial en Lima, que fue aprovechada por fuerzas contrarias al gobierno de Velasco para realizar manifestaciones y actos de pillaje. La asonada fue sangrientamente reprimida por el ejército.

te contra el D.L. 17437., lo que facilitaría la dispersión del grupo estudiantil dirigente. Esta "inconsecuencia" estaría dada para Ortega por el práctico abandono de la lucha estudiantil por parte de la mayoría de sus cuadros dirigentes, ya que según señala, o se van a trabajar con el nuevo gobierno o buscan graduarse e ir a ejercer su profesión, dos formas de "aburguesamiento" según las estrictas normas de aquel período. El caso es que en cualquiera de las opciones existe el reconocimiento de un fenómeno nuevo que deciden apoyar, o que, sobre todo en sus primeros momentos, no llegan a entender.

Este sabor de frustración e inconsecuencia que señalan algunos dirigentes existía en el ambiente sanmarquino de 1969, no va a ser sino expresión de la ausencia, no sólo de algunas de las fuerzas políticas universitarias –podríamos pensar de las que habían dado el combate contra Sánchez–, sino de todas las fuerzas que habían compuesto la universidad en los sesentas. Porque, como vimos en el capítulo I, dejan de tener relevancia los apristas, derrotados y expulsados en 1969, estalla el grupo maoísta, agrupado en el PCP "Bandera Roja" y se van los más lúcidos entre los profesores que acompañan al grupo estudiantil anti-aprista, unos a colaborar con el gobierno y otros porque son separados de la universidad.

Esta coincidencia de circunstancias diversas lleva a que sucediera lo que temía un viejo profesor de literatura, cuando aconsejaba a algunos delegados estudiantiles días antes de la caída de Luis Alberto Sánchez: "Cuidado que boten a Sánchez y no haya a quién poner". Tal cual, así sucedió, algunos días más tarde la Asamblea Universitaria ante la renuncia del rector no se pone de acuerdo en el sucesor y termina uno de los profesores que encabezaba el sector anti-aprista tomando del brazo al Decano de Farmacia, por ser el más antiguo, y sentándolo en la silla del rectorado. Supuestamente tenía tan sólo para unos meses de interinato ...se quedó ocho años a la cabeza de la universidad. Durante su gestión es precisamente que el velasquismo arremete contra San Marcos, teniendo en las autoridades a sus servidores más obsecuentes y durante su gestión es también que se desarrolla el fenómeno radical que nos ocupa.

Por ello el nuevo movimiento estudiantil no sólo parte en nuevas condiciones, de ausencia de canales de participación política institucional, en relación al anterior de la década del 60, sino que su relación

III. *El radicalismo*

con el movimiento de esos años es además débil. Esto hace que buena parte de los dirigentes sean nuevos y que su primera acción en política universitaria sea en condiciones de dictadura, de enfrentamiento abierto, por lo que su idea de la política estará entonces directamente ligada a estas experiencias de choque frontal.

3. Contra la participación: un solo y gran enemigo

Luego de la agresión inicial el gobierno de Velasco intenta algunos otros caminos que permitan la integración de los estudiantes a su proyecto reformista, dando una legislación universitaria dentro de su "Ley general de educación" que aparentemente liberalizaba los contenidos del D.L. 17437 y permitía que los propios universitarios elaboraran el Estatuto respectivo. Tal fue el sentido de la Asamblea Estatutaria Nacional⁴ constituida para el efecto y que se convertiría en la manzana de la discordia en tema tan controvertido para la época como fue la participación. Unos deciden participar y hacer la experiencia, otros en cambio la denuncian desde un primer momento y se marginan de ella. El problema es que la Asamblea Estatutaria como tal constituye un fracaso, tanto porque el gobierno no cambia su actitud frente a la universidad, como porque Patria Roja, que es el grupo que dirige mayoritariamente la participación en esta instancia legal a nivel nacional, tenía una idea muy particular de lo que se podía conseguir, en palabras de Roberto Kriege: "planteaba la revolución para conseguir alguna reforma que a la postre no sería aceptada por el gobierno, pero que mientras tanto le daba un espacio donde moverse". En efecto, el lenguaje revolucionario y el contenido extremista del texto estatutario lo hacían inaplicable y merecieron la ignorancia del gobierno que jamás lo promulgó. En resumen, "la Estatutaria" fue para los militares la prueba que con los universitarios no se podía tratar y para estos que el gobierno los había engañado con un caramelo temporal. Siguió entonces rigiendo, para todos sus efectos, el D.L. 17437, recién derogado en 1984.

4. La Asamblea Estatutaria Nacional era una instancia creada por el Decreto-Ley N° 19326, o, "Ley General de Educación", conformada por profesores y estudiantes, estos últimos en proporción de un tercio, como antes de febrero de 1969. Su función era reglamentar la parte universitaria del Decreto-Ley N° 19326. Se instaló y realizó su trabajo durante 1972, elaborando un "Estatuto de la Universidad Peruana".

Esta experiencia demostraba la ambivalencia de la apertura oficial que apuntaba más a captar un público renuente que a devolverle sus libertades arrebatadas en 1969, sobre todo cuando se hace en el contexto de la denominada "participación plena", campaña gubernamental encaminada a reclutar diversos contingentes sociales para el proyecto velasquista. Pero también las graves dificultades de quienes participaron, antes que nada con ellos mismos, respecto a lo que entendían por reformas, porque evidentemente que el "Estatuto" que aprobó la mayoría izquierdista de la Asamblea era una utopía fuera de lugar dentro de este sistema y en el Perú de 1972. Más parece que lo hubieran hecho por razones de táctica política, tendientes a ganar una determinada correlación, y no a producir algunos cambios en la institución universitaria. Fueron víctimas al fin y al cabo del propio ambiente radical que no les permitía atreverse a plantear reformas, sino tan solo a repetir los lemas revolucionarios, pero que a la vez fue implacable en la condena cuando la participación no produjo ningún resultado tangible.

Este fracaso afirmó las tendencias anti-participacionistas en el movimiento, lo que se ve facilitado en el caso de San Marcos por la reiterada actitud anti-estudiantil del Consejo Ejecutivo, como dice Antonio Ruiz: "entre el 69 y el 74 sólo recibimos patadas de las autoridades". Lógica consecuencia fue el triunfo en las elecciones para la FUSM –Federación Universitaria de San Marcos– del denominado FER (Frente Estudiantil Revolucionario) "Antifascista", que expresaba el más extremo radicalismo, predominante en la década y que se mantuvo a la cabeza del gremio estudiantil hasta 1979. De esta forma, se empezó a organizar el anti-participacionismo como doctrina política, señalándose que no se debía participar porque el gobierno era fascista y lo que buscaba con la participación era corporativizar el movimiento estudiantil¹⁵. En este enfrentamiento a semejante y poderoso enemigo no se podían tener fisuras, de allí el combate tan feroz a los otros grupos estudiantiles, a los que calificaban de "social-fascistas". Sin embargo, Krieger manifiesta que a pesar que afirmaban "no participar, no tratar por concepción con las autoridades, lo hacían para fines prácticos", es decir, bajo cuerda, y Antonio Ruiz, connotado

5. "Corporativizar" en esa época en el ambiente sanmarquino quería decir convertirlo en base social del proyecto velasquista.

III. El radicalismo

"antifascista" de la época, señala que en realidad "no participábamos porque carecíamos de alternativas para los problemas de la universidad". El caso es que al evitar cualquier forma de trato e inclusive negarse a incluir en su plataforma reivindicativa la devolución de las libertades conculcadas, "porque a un gobierno fascista no se le puede pedir que devuelva el tercio, porque sería un tercio fascista", restringían sus instrumentos de acción política a la simple presión. El principio anti-participacionista llega a tener tanta fuerza que Pepe Mendoza debe reconocer que "no se podía ir contra la corriente, no había otra forma de ganar la dirección del movimiento que ser más radical que los más radicales".

Pero la negativa a la participación en los organismos de gobierno universitario tuvo un golpe mortal con el cambio en la coyuntura política, de 1976⁶ para adelante. A pesar que ensayan un pequeño giro táctico participando, como FUSM, en el Comando Unitario de Lucha, que lleva adelante el Paro Nacional del 19 de julio de 1977, con lo que intentan un acercamiento a las organizaciones sindicales que antes habían repudiado, persisten sin embargo en su negativa a participar en los organismos de gobierno, cuando se concede en el mismo año 1977 el tercio libre y a la vez, en el ámbito nacional, se convoca a las elecciones para Asamblea Constituyente. Si la táctica surge por las condiciones que existían en el país, la universidad nacional y especialmente San Marcos, cuando estas cambian la dinámica que se habían impuesto los "anti-participacionistas" carecía a tal grado de flexibilidad que no pueden cambiar su proceder, marchando a la derrota electoral en 1979 y a la desaparición como grupo político.

4. El principio clasista: "ser profesional como sea"

Pero ¿cuál era la consecuencia práctica de esta doctrina anti-participacionista que imponen los llamados "antifascistas" o "fachos", en la jerga de sus opositores? Ser profesionales a cualquier precio. Este afán por la profesionalización lo podemos observar si revisamos las reivindicaciones por las que se lucha en la época, todas centradas en facilidades académicas para obtener más rápidamente el título profe-

6. Me refiero a la gran movilización popular, especialmente urbana, que empieza en ese año, así como a los primeros intentos de apertura democrática del gobierno de Morales Bermúdez.

sional, lo que algún tiempo más tarde se denominaría "el facilismo académico". Comenzando por el ingreso: aumento de vacantes, aunque en este rubro tal como se puede observar estadísticamente, no tuvieron mucho éxito; luego, el traslado libre de una especialidad a otra, lo que permitía ingresar a Arte o Lingüística, de poca demanda y terminar en Medicina o en alguna Ingeniería, tomando "el atajo" del traslado interno, con gravísimo daño para la Universidad pero a entera satisfacción del estudiante. La negativa a cualquier reglamento de evaluación, librando el asunto a la presión individual a que se pudiera someter a cada profesor. Se suprimieron en muchas especialidades los cursos considerados muy difíciles o de poca importancia, al antojo estudiantil. Se anuló la tesis como requisito para obtener el grado académico y se instauró el "bachillerato automático". Por otra parte, en mucho menos oportunidades se desarrollaron luchas por mejor infraestructura, como locales o bibliotecas, lo que indica que la mayor importancia estaba dada a la obtención del "cartón", sin importar mucho la calidad de la carrera que se hiciera.

Antonio Ruiz sostiene que el reivindicacionismo "antifascista" surge porque era la única forma para organizar a los estudiantes, de manera tal que no sólo lucharan por sus objetivos inmediatos sino también por banderas políticas consideradas estratégicas, es decir que se convirtieran, en las palabras de la época, "en un elemento de acumulación de fuerzas para la revolución popular". Pero lo que parece haber existido en todo caso es una mutua utilización, porque como señala Kriege "los estudiantes esperaban pacientemente a que los 'fachos' concluyeran su hiper-ideologizado discurso porque sabían que al final inevitablemente iban a levantar, con la mayor fuerza posible, su reivindicación inmediata", la importancia que le daban a los planteamientos "ideológicos y políticos" habría sido en este sentido escasa, concurriendo al movimiento sobre todo por su interés inmediato.

Un estudiante de medicina de la época va más allá todavía, señalando que el famoso "principio clasista" que levantan los "antifascistas" como un elemento ideológico central de su organización estudiantil, no era sino una forma de afirmar los intereses de profesionalización de un sector social al que representarían o que se sentiría representado por las tendencias extremas. Explicándonos, Mariátegui

III. El radicalismo

en diferentes textos señala que el "principio clasista" es un elemento ideológico fundamental a tomarse en cuenta para desarrollar la conciencia y organización del proletariado, refiriendo por clasismo a la necesaria afirmación de pertenencia a una clase, de las diferentes tendencias políticas que pudieran existir entre los obreros. Esto era lo que pretendían trasladar al medio estudiantil, pero afirmándose ellos como "clasistas" y marginando a los demás, lo que para este estudiante de medicina no era otra cosa que la afirmación de un sector mestizo y/o provinciano que llegaba a la universidad, por primera vez masivamente, y no quería perder la oportunidad de ser profesional, o con su propia crudeza, rayando en el desprecio criollo: "el afán de los cholos de ser profesionales como sea". Cuenta al respecto, que recién llegado a Medicina y bisoño todavía en las lides estudiantiles, tuvo una profunda impresión en una clase de Anatomía. Uno de los líderes más beligerantes de su salón, provinciano y de inconfundibles rasgos andinos, sumaba a la belicosidad contra los profesores una apariencia sucia y desgarbada, contrastante con el blanco supuestamente inmaculado de los mandiles que empezaban a usar, lo que motivó que un día, frente a toda la clase fuera llamado imperativamente por el catedrático, antiguo docente en la materia, quien lo señaló diciendo: "Tú no vas a ser médico y de eso me voy a encargar yo", agregando que hacía unos meses se encontró con este ex-compañero de estudios en el empleo que aquel siempre había tenido: cobrador en un micro de la línea Comas-Pueblo Libre.

5. Las masas hacen... esta historia

Hay en este tema varios elementos. Por una parte, un indudable intento de recuperación democrática, contra la coyuntura de dictadura y cierre de canales de participación ciudadana y estudiantil que se enfrentaba. El problema es el contenido que se le asignaba a la democracia. No podía ser la "democracia representativa" que en el ejemplo del primer belaundismo había caído en medio de escándalos de corrupción e incapacidad de gobierno, tampoco las democracias anteriores, que no eran sino las "dictablandas" oligárquicas de las que hablaba Pedro Beltrán⁷. Había entonces que encontrarle un sentido

7. Bourricaud François, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Editorial SUR. Buenos Aires 1967.

distinto a la democracia. Aquí está el otro elemento, se intenta una alternativa, por parte de la izquierda de inspiración maoísta, en la presencia del sujeto colectivo: las masas. Estas, en su actividad activa como multitud era a quien tocaría decidir sobre cada cosa, de la más sencilla a la más importante. La intención era positiva, devolverle auténticamente a las mayorías el derecho soberano a decidir sobre su futuro, directamente, sin intermediarios que pudieran distorsionar su voluntad. Además, la presencia masiva de la gente permitía el ejercicio de una fuerza que garantizaba de alguna forma el cumplimiento de sus decisiones. Sin embargo, esta intención anti-dictatorial se queda en apelación ideológica. Por "masas" se considera a cualquier grupo de estudiantes que tuviera, o pudiera desarrollar, una actitud beligerante frente a algún problema sin importar muchas veces la importancia que estos y su problema pudieran tener para la mayoría de estudiantes, y por "voluntad de las masas", la interpretación que de los problemas de esta "masa" tuviera el dirigente. Se desarrolla así, en la mayoría de los casos, un culto a lo que se denominan "masas" que distorsiona cualquier posible rol democratizador. Este culto empieza por considerar que la única fuente de verdad eran las multitudes de estudiantes, porque "la confrontación de línea política tenía que hacerse ante grandes contingentes estudiantiles para que prevalezca la línea revolucionaria", nos dice Javier Vásquez, y no las masas de cualquier forma sino "las masas en su movilización iban desechando a quienes no los representaban". Es decir, "las masas" convertidas en el gran cernidor de hombres e ideas. Pasando luego a convertirlas en jueces cuando, en clara imitación de lo que había sucedido en la Revolución Cultural China, se hacía pasar a los profesores considerados corruptos por un callejón conformado por estudiantes que abucheaban al docente, le arrojaban monedas y finalmente lo acompañaban al paradero de ómnibus para que se fuera y no volviera más, rescatando con "orgullo" que no se permitía que estos docentes fueran golpeados físicamente, sino tan sólo que fueran objeto de la burla y el desprecio de los alumnos, como "sanción moral" por sus malas acciones. Y esto también se prolonga en un culto a la espontaneidad que es rápidamente acatada siempre que suponga acentuar alguna actitud radical, al respecto Carlos Alberto González recuerda que su primera participación en una acción política ocurrió casi fortuitamente: "A alguien se le ocurrió ¡vamos a tomar el local!, y lo tomamos".

III. El radicalismo

Pero esta actuación de "las masas" no se daba de cualquier forma, sino a través de asambleas y marchas en las que se suponía que estas se expresaban. La asamblea se entendía como el lugar donde se tomaban las decisiones, ya fuera de salón, facultad, programa académico o toda la universidad. "El acuerdo de asamblea" era la ley. El respeto por las asambleas partía del supuesto que allí cualquiera podía asistir y expresarse directa y libremente, es decir, una suerte de "democracia directa" al más puro estilo roussoniano, donde la decisión no podía sino ser tomada por todos los ciudadanos reunidos, o sea en nuestro caso, por todos los estudiantes reunidos. Y esto, podía efectivamente tener alguna validez a nivel del salón de clase y cuando se debatía un tema que interesaba al porvenir académico de la mayoría, pero perdía gravemente validez cuando el universo que se pretendía abarcar crecía y ya no se trataba de un salón, sino de toda la facultad, o peor, de toda la Universidad. La verdad era que los dirigentes de cada grupo llevaban acuerdos previos de cada organización a las reuniones, que trataban de sacar a como diera lugar en el desarrollo de éstas. No eran entonces las asambleas espacios donde se pudiera escuchar criterios nuevos, ajenos a los acuerdos previos, menos aún espacios donde algunos pudieran aceptar la incorrección de sus puntos de vista. No, eran espacios exclusivos de confrontación, donde los argumentos más que referirse al problema concreto que se discutía estaban altamente ideologizados, trataba de probarse de qué cosa era culpable el adversario o en qué trampa quería hacer caer al resto, malignos propósitos todos ellos que se suponía fruto de determinadas concepciones ideológicas. Roberto Krieger acota en este sentido: "...cuando lo que se discute es ideología y no política, no puede haber acuerdo, todo acuerdo es una traición". El asambleísmo se convirtió así en una arma de doble filo para el movimiento estudiantil, que por una parte no cesaba de afirmar el origen democrático de sus acciones refiriéndolas a los famosos "acuerdos de asambleas", pero que por otra se veía cada vez más y más aislado a las cúpulas dirigentes que terminaban siendo las únicas que permanecían en estas reuniones hasta altas horas de la noche, y tomaban finalmente las decisiones. Lo curioso es que las llamadas "Asambleas Generales de la Federación Universitaria de San Marcos", a pesar de su ostensible fracaso como una forma de expresión de todo el estudiantado sanmarquino, seguían contando con gran prestigio, como "instancia máxima de los

estudiantes de San Marcos" y a pesar que en los Estatutos de la FUSM existían otro tipo de instancias representativas, como la "Asamblea de Delegados", elegidos estos proporcionalmente por facultades, al mismo tiempo que se elegían los Centros Federados y la Federación, pero que nadie sabe por qué habían dejado de elegirse, y por lo tanto de funcionar, en los primeros años de la década del 70. Hubo, sin embargo, algún intento de revivir algún organismo representativo del estudiantado a través de la "Convención de estudiantes de San Marcos" convocada por la FUSM, a mediados de los setentas, pero sólo bajo la forma de un evento periódico que se entrampó en el conocido "cuoteo partidario", por lo que sus repercusiones en cuanto a ampliar la representatividad se refiere no fueron mayores.

La falta de representatividad no fue el único problema que tuvo el asambleísmo, la violencia y la extrema partidarización en su dinámica de funcionamiento fueron también otras características gravemente problemáticas. Rafo Ojeda nos recuerda que la primera impresión que tuvo de una Asamblea de la FUSM, fue la de ver a un estudiante salir despedido rompiendo uno de los ventanales de los salones-auditorio de la Facultad de Letras. La imagen no es extraña para alguien que haya vivido estos años. Las diferencias consideradas "fundamentales" entre los diversos grupos estudiantiles, no sólo eran dirimidas a través de la discusión y eventual votación sino que existía la certeza sorda que una superioridad física era indispensable para ganar una Asamblea. Pepe Mendoza, 13 años después todavía se sigue lamentando del error de cálculo que cometió en Noviembre de 1972, cuando se rompió el FER de San Marcos expulsando a Patria Roja: "Estábamos 30 fulanos reunidos en Económicas y decidimos ir a hacer la pelea. Error el nuestro, la Asamblea era masiva pero para ellos. Entonces no solamente nos humillaron, sino que finalmente nos expulsaron, sacándonos del salón". A esto se debe agregar la partidarización que sufren estas instancias, en especial también cuando se trata de Asambleas generales o de facultad, prácticamente los únicos que discuten son los voceros de cada uno de los grupos, no dejando espacios, ni siquiera físicos, para que estudiantes comunes y corrientes pudieran señalar su parecer; la Asamblea debía ganarla o perderla un partido o grupo determinado.

III. El radicalismo

Curiosamente una de las decisiones trascendentales del período se toma dejando de lado este mecanismo de las Asambleas. Me refiero al plebiscito convocado por la FUSM, a mediados de 1979, para decidir la participación de los estudiantes en los organismos de gobierno de la universidad. El tema que había apasionado a toda una generación de dirigentes sanmarquinos, se define finalmente por votación universal, directa y secreta de todos los estudiantes. Aunque es preciso señalar que la decisión de convocar al plebiscito es una dura batalla que desarrolla la oposición al "antifascismo", y que finalmente es ganada en una Asamblea General de Estudiantes, donde por primera vez en seis años, desde 1973, pierden los "fachos". Punto de inflexión esta Asamblea 'histórica', porque como le dijo Vásquez a Ruiz –dos dirigentes "anti-fascistas"– al término de esa reunión: "ya nos jodimos hermano", al fin y al cabo, también se tenía que 'joder' en una Asamblea General de la FUSM. Esta derrota no fue sino el prólogo de su derrota en el plebiscito y luego en las elecciones a la propia Federación.

Pero no sólo son las Asambleas los lugares donde se expresan "las masas", también las Marchas se convierten en otra institución del radicalismo de los setentas. Al igual que las Asambleas, las Marchas se entienden como expresión de la presencia masiva de estudiantes, pero no en tanto órgano de toma de decisiones, sino como instrumento de combate del movimiento. El grito ¡movilización! ¡movilización! retumbando en los pasillos de alguna facultad será el llamado "de guerra" en la época.

Antonio Ruiz señala que el "recuerdo" más lejano de San Marcos que le viene a la cabeza, es la foto de una movilización de estudiantes publicada por el diario "Expreso", cuando él estaba en los últimos años de secundaria en Huaraz, satisfaciendo la imagen que se había construido de los universitarios y anhelando desde ese momento llegar a San Marcos. Por más que se trate de un hecho individual esto nos puede dar una idea de cómo se identifican a estas formas de acción política con la mayor Universidad Nacional. Y no sólo se trata de expresiones callejeras, también existen las Marchas internas que sirven para obtener alguna reivindicación inmediata, así en tropel, porque no sólo en el número sino también en el atrevimiento está la fuerza de la movilización, que en la gran mayoría de los casos buscaba

nada más que imponer su punto de vista, porque como bien dice Pepe Mendoza: "Había la idea de que la conquista tiene mayor valor si la arrancas", es decir, no sólo por aquello que las clases dominantes no dejarán jamás el poder por su propia voluntad sino que hay que arrebatarselo, sino también por el afán de arrebatar algo, sin conceder nada a cambio. Destacaron, en este aspecto, las tomas de local para exigir que determinado ambiente se destinara a cubrir alguna necesidad inmediata de un grupo de estudiantes, haya o no sido construido para ese fin. Antonio Ruiz nos relata su primera experiencia al respecto, la toma de la vivienda universitaria, como un hecho casi natural: "no lo sentí como una cosa difícil, sino como un hecho más que demandaba decisión, donde no se corrían riesgos, que no tenía consecuencias nefastas para uno". A tal punto se generalizó este método que ya no se respetaban para nada las jerarquías, ni las de arriba, contra las cuales la animosidad era comprensible, ni tampoco las de abajo que no hacían sino cumplir con su trabajo. Quedó claro que el camino para lograr las cosas era tomarlas, el mismo Ruiz nos agrega de su experiencia: "nos olvidamos de la autoridad, forzamos las chapas, sacamos los catres, los colchones y después vino la legalidad". Estas acciones no cuidaban en lo más mínimo las instalaciones universitarias frente a las cuales se actuaba como si no sirvieran para la educación de los propios estudiantes. Hizo historia en la época la forma en que un dirigente del Centro Federado de Letras consiguió ser recibido por un Director Universitario; como ya se encontraba un buen rato esperando a la cabeza de una numerosa delegación estudiantil y no se le hacía caso, tomó la máquina de escribir eléctrica de una de las secretarías y la estrelló contra el piso, ante el estupor general, como todavía seguía sin salir la autoridad, tomó una segunda, que finalmente dejó en un escritorio por los ruegos de los empleados.

"Y después vino la legalidad", esta afirmación de Antonio Ruiz nos permite ver que no había una "legalidad" común que asumieran las autoridades universitarias y el movimiento estudiantil. A la prepotencia del gobierno, con sus leyes represivas, se continuaba la prepotencia de autoridades, en cuya elección no había participado el movimiento estudiantil y que por lo tanto no reconocía, respondiendo con acciones de hecho, en las que buscaba imponer su criterio. La legalidad venía entonces después de cada escaramuza, buscando

solucionar, bajo mutuas amenazas, problemas específicos e inmediatos y asumía por lo tanto la forma de acuerdos parciales y muchas veces efímeros.

En cuanto a las marchas en las calles, se trata de expresiones bastante conocidas que en determinado momento han llegado a formar parte del paisaje de la ciudad. A diferencia de las marchas internas, las marchas en las calles han estado motivadas por problemas generales de la universidad, o el apoyo a alguna lucha popular importante, estando también caracterizadas por una dosis significativa de violencia, especialmente contra vehículos de transporte, o algún edificio gubernamental que simbolizara determinada política. Es conocida la historia de una oficina de SINAMOS⁸ que quedaba cerca de la Ciudad Universitaria, que debió ser cerrada por las múltiples veces que fue destruida por una manifestación estudiantil.

Pero las movilizaciones, tanto interna como externas, que de alguna manera expresaban el estado de ánimo de los estudiantes frente a lo que sucedía en la universidad y en el país, se sucedieron con tanta frecuencia y con objetivos tan arbitrarios, que cayeron en el descrédito total, no sólo ante la opinión pública, que se puede suponer susceptible de múltiples manipulaciones, sino ante los propios estudiantes, debiendo pasar un buen tiempo para que los dirigentes fueran capaces de volver a organizar movilizaciones que efectivamente llevaran a las calles a miles de estudiantes. Uno de los ejemplos más notorios de esta arbitrariedad fue la oposición de la FUSM a la construcción del cerco perimetral de la Ciudad Universitaria. La lucha contra el "cerco fascista" para esta dirigencia estudiantil, era un punto culminante en el combate a lo que denominaban "la intervención militar de la universidad", objetivo central, según ellos, del gobierno contra San Marcos. La campaña al respecto tuvo cierto éxito en un primer momento, hacia 1975 y 1976, cuando efectivamente se endureció la actitud del gobierno, no sólo contra San Marcos sino contra todo el movimiento popular, pero luego fue una lucha totalmente abandonada, porque al bajar la presión externa, convocándose a elecciones

8. SISTEMA NACIONAL DE APOYO A LA MOVILIZACION SOCIAL.
Oficina Gubernamental que durante el gobierno militar del General Velasco fue acusada de buscar dividir la organización popular independiente.

tanto nacionales como universitarias, apareció el verdadero problema que exigía la construcción de un cerco perimetral: los continuos robos que se producían en la Ciudad Universitaria, que se había convertido, no sólo en un surtidor de materiales de escritorio para múltiples librerías, sino también en una fuente de aprovisionamiento de materiales de construcción para las urbanizaciones vecinas.

Quizás una experiencia distinta a la tónica general del período en lo que a las características de la acción política se refiere va a estar dada por la experiencia de la lucha del Ciclo Básico. El "Ciclo Básico" fue un intento de Estudios Generales que se quiso implementar en San Marcos entre 1970 y 1972, pero fracasó por la oposición cerrada del movimiento estudiantil, particularmente de quienes lo estaban cursando, porque en realidad servía de cernidor para el pasaje a las facultades, especialmente a las más solicitadas, como Medicina e Ingeniería. Ello motivó la organización de un movimiento verdaderamente multitudinario, que se organizaba aula por aula, congregando en cada una de sus marchas públicas a la casi totalidad de los 7,500 estudiantes que estaban en dicho Programa Académico. La razón de semejante concurrencia estudiantil no era, como sucede con otros movimientos de la década, porque se buscara tal o cual reivindicación parcial, sino que la permanencia misma de los estudiantes en la universidad se veía amenazada, y no de un grupo, sino de la totalidad de los ingresantes a lo largo de tres promociones: 1970, 1971 y 1972.

Surge entonces una radicalidad distinta, como insiste Rafo Ojeda, "en oposición a la radicalidad tradicional de la Ciudad Universitaria"⁹, cuya diferencia estriba en la participación masiva de los estudiantes en la acción misma, eligiendo y fiscalizando a sus delegados y trascendiendo en muchos casos el criterio que planteaban los grupos políticos. Aquí se hace realidad el funcionamiento relativamente independiente de las instancias gremiales, así como el surgimiento de muchos líderes independientes que sólo parcialmente seguirían luego en la política. A esto habría que agregar la ausencia de la hiperideologización en el discurso, tan propia de la política sanmarquina y sobre

9. La referencia se explica porque los estudiantes del Ciclo Básico atendían sus clases en un local distinto a la Ciudad Universitaria, donde están la mayor parte de las instalaciones de San Marcos.

todo de los grupos de izquierda. Característica que si bien permitió acceder a muchos estudiantes a esta lucha específica, merecía la desconfianza de los izquierdistas "de siempre", ubicados en años superiores, acostumbrados a un lenguaje y a una formalidad que permitían extender patente de revolucionario a quien los usara. Lo interesante es que esto sucede en un contexto especialmente difícil, en el que por un lado las autoridades buscaban despolitizar a los nuevos estudiantes, cambiando sistemas de estudio y seleccionándolos, y por otro, había una reacción a lo que Ojeda califica como el "vandalismo" de los grupos de izquierda más antiguos. Sin embargo, "el espíritu de Ciclo Básico", como dice González, no trasciende más allá de este movimiento porque conseguida la reivindicación, es decir la abolición de esta forma de Estudios Generales, cada grupo de estudiantes se va a su Facultad y "se olvida" de las nuevas formas de hacer política universitaria que se habían desarrollado, lo que se hace más agudo porque la mayoría de los que participan con mayor intensidad se dirigen a Ingeniería o Medicina, dejando el resto de especialidades con una cantidad reducida de estudiantes. Las particularidades de esta lucha, sin embargo, no son óbice para que todos los dirigentes importantes de la década, sin distinción, se refieren a la lucha contra el Ciclo Básico, como una de las más importantes, sino la más importante de los movimientos que tienen lugar.

Tenemos entonces que la presencia masiva de estudiantes viene a ser un factor de legitimidad fundamental para el radicalismo de los setentas, ya sea que esto suceda con presencia real de masas o en la apelación ideológica del discurso. Tal como hemos visto ello varía a lo largo del período, de acuerdo con las banderas políticas que se levantan y su relación con las condiciones de desarrollo tanto de la coyuntura universitaria como política nacional. Pero no es sólo un factor de legitimidad, el radicalismo también identifica masividad estudiantil con democracia, pudiendo ello ser cierto en algunos movimientos, como el del Ciclo Básico, pero no en la gran mayoría de casos, donde no importa cuán activa fuera la presencia de muchos estudiantes, ni si esa actividad redundaba en capacidad de decisión, sino más bien resaltando su docilidad frente a la dirigencia. Una "masa" democrática entonces terminaría siendo la que asume la correcta guía de su dirección. En estos términos, democracia, no es la competencia entre diversos puntos de vista, sino el llevar adelante, a rajatabla, uno de ellos.

6. Posiciones distintas pero no alternativas

"Destruir la universidad y reconstruirla en las zonas liberadas", era una de las consignas que enarbolaba una de las facciones más extremistas del radicalismo de los setentas. Frase tan dura, dicha así, sin más explicaciones, que seguramente no hubiera sido suscrita en público por ningún dirigente reconocido del movimiento estudiantil. Pero hoy, diez años más tarde, la mayoría de los que fueron protagonistas de la dirigencia política universitaria reconoce que, por lo menos la primera parte de esa afirmación, "destruir la universidad", estaba en el fondo de las concepciones predominantes en la época. Efectivamente, el extremismo de los sectores "antifascistas" no buscaba explícitamente ninguna reforma que significara un cambio en la estructura académica de la Universidad que pudiera beneficiar de alguna manera a los estudiantes, a la institución o al desarrollo del país. Javier Vásquez es muy claro al afirmar que las reformas sólo eran válidas si tenían un contenido directamente político, "de acumulación de fuerzas para el desarrollo de la Guerra Popular", lo que para él se traducía en la defensa de "las conquistas democráticas", entre las cuales, sin embargo, se negaba a incluir el co-gobierno por las circunstancias en que este había sido suprimido. De esta forma la acción "reformista" para el "antifascismo" se limitaba a defender sus posibilidades de movilización política, en función de un objetivo de largo plazo, que estaba muy lejos de la conciencia del estudiante corriente.

Frente a esta posición predominante existe, como ya señalamos, una creciente oposición, que tiene sus antecedentes, tanto en la lucha contra el "Ciclo Básico" como en el episodio de la Asamblea Estatutaria Nacional, ambos a principios de la década. La oposición a diferencia de las posiciones hegemónicas señalaba la necesidad de "hacer algo" en la universidad, pero era un "algo" al principio muy indefinible que tenía sobre todo la dificultad de ser relacionado satisfactoriamente con una estrategia de "poder popular". Esta es la dificultad que aparece, como ya señalamos también, en el Proyecto de Estatuto Universitario que se redactó, bajo influencia principal de "Patria Roja", en 1972. De allí es que se evoluciona hacia lo que podríamos denominar un "reformismo consecuente", donde el escollo fundamental era tener contentos a los estudiantes consiguiendo las reivindicaciones más inmediatas. Carlos Alberto González nos relata las dificultades y ambigüedades de este tránsito: "En Medicina, también defendíamos la mediocridad, si en un examen se jalaban al cincuenta por ciento, pues nosotros nos tirábamos el examen, hasta que no

hubiera sino el diez por ciento de jalados", desde allí es que el propio González señala que se trató de hacer una rectificación, poniendo como ejemplo la huelga de hambre por biblioteca, que se desarrolla en la Facultad de Medicina en 1978, considerada por el mismo dirigente como "un cambio de giro notable en el movimiento".

Sin embargo, esta diferencia de posiciones entre unos y otros frente a la universidad, no se distinguía de la misma forma en sus métodos de acción política ni en las características "cerradas" de su discurso ideológico. En cuanto a lo primero, quizás si la oposición al "antifascismo" no llegó a los extremos de violencia e intolerancia que eran característicos de éste, pero compartió, en cambio, el asambleísmo, con todo lo de partidarización y verticalismo que este implicaba; así como la preferencia definitiva por las marchas y el culto que hemos descrito a "las masas" en movimiento. Es más, en los momentos decisivos de la lucha contra los "fachos" no dudó en utilizar la contundencia de la superioridad física, de la que tantas veces había sido víctima, para derrotar a su contrincante, lo que en el San Marcos de los setentas, era de alguna forma una obligación, para terminar de derrotar a un adversario había finalmente que derrotarlo también a patadas. Sobre el discurso, la similitud fundamental es que desde ambas posiciones se hacía política para un "futuro" desligado de la universidad, cuya consecución sólo era posible, coincidían todos, por la violencia de las armas y la ruptura del orden existente, perspectiva en la que, a pesar de los aprestos reformistas, la institución universitaria y la propia lucha del movimiento estudiantil tenían una importancia secundaria. Todo lo cual no impedía que cada cual gozara de una versión propia de la verdad, con la intolerancia consiguiente.

Pero este compartir un conjunto de características no significa que la derrota de las posiciones más extremas, en el plebiscito de 1979, no cierre una etapa particularmente aguda del radicalismo sanmarquino. Primero, porque esta derrota se produce por el fracaso del "antifascismo" en su política reivindicacionista, que como vimos era piedra angular de su quehacer inmediato. Logran quizás muchas cuestiones pequeñas, pero no una mejora siquiera de las condiciones más elementales de estudio, que por el contrario profundizan su deterioro. Como dice Kriegel: "¿Qué logra el anti-fascismo en cinco o seis años? Prácticamente nada que no sea la negación de todo y eso termina por hacer explotar a los propios estudiantes". Segundo, porque esta

derrota se produce también en torno a la decisión de participar en los organismos de gobierno de la universidad, y tiene una estrecha relación, tanto temporal como de influencia política, con la apertura democrática de fines de los setentas, que los "antifascistas" se negaban a reconocer como tal. Sin embargo, las posiciones que llegan a la dirigencia de la Federación Universitaria en 1979, mantienen una profunda contradicción entre un programa de reformismo interno, que incluía como punto nodal el compromiso en la conducción de la institución, a través del co-gobierno, con la profecía de un mundo nuevo, al cual no se llegaba, tal como lo señalaba su propio discurso, por la vía del reformismo universitario. González señala que este conflicto es el que no permite una superación "ideológica" de lo que el FER "antifascista" impuso como las "reglas" de la acción política en San Marcos.

7. San Marcos era un templo de Mao Tse Tung

"San Marcos era un templo de Mao Tse Tung" y Javier Vásquez lo repite no sólo por afán descriptivo sino hasta con cierto orgullo. Una universidad comparada con un templo y dedicado a un personaje que durante buena parte del período estaría vivo, indudablemente que esta es una situación particular.

Lo que ocurrió en San Marcos en la década del setenta no fue sólo una organización ideológica de los temas políticos, sino más bien una hiper-ideologización de la política, donde los clichés reemplazaron en buena medida a la realidad, y esto es aceptado abiertamente por los protagonistas del período: "Las limitaciones en el análisis de la formación social peruana se suplían en parte con las enseñanzas de Mao" (Vásquez). Pero no sólo se trata de un reemplazo de la realidad con la ideología, sino que ésta deja de ser un punto de vista teórico, o un marco analítico y pasa a convertirse en "palabra sagrada" en la cual se debe creer, sin mayor razonamiento previo, sino más bien en función de los sentimientos del individuo, lo que según Krieger impulsa a una radicalidad "muy visceral y hasta espiritual", llevando, según él mismo, "a la conversión de la política en una suerte de religión y de rito". No era entonces cualquier versión del marxismo a la que adscribía el movimiento radical, sino a un marxismo entendido como fe, como creencia sobrenatural, que tenía una fuerza inmanente y

III. El radicalismo

proveía de ella a la organización que lo profesaba. Se trataba, según señala Pepe Mendoza de "un marxismo puro", incontaminado sobre todo de "las graves desviaciones" producidas en la Unión Soviética; ortodoxia de la que no cesarán de vanagloriarse los líderes "antifascistas", especialmente cuando se trata de marcar diferencias con alguna otra fracción universitaria.

Esta influencia maoísta es una herencia del radicalismo de los setentas, que viene de la década anterior, formalmente de lo que se denominaba el "FER-pekinés", en realidad, expresión pública de la Juventud del PCP "Bandera Roja". Pero este antecedente, si bien es tomado en cuenta, sobre todo por los maoístas del "anti-fascismo", tiene el estigma de no haber podido enfrentar al D.L. 17437 en la coyuntura de 1969, por lo que, tal como señala Javier Vásquez, "había que volver a empezar", comenzando, literalmente, muchos novísimos radicales por estudiar las obras de los "clásicos" marxistas, entre los cuales incluían a Marx, Engels, Lenin, especial mención a Stalin, y sobre todo Mao. Son muy sintomáticos los calificativos del mismo Vásquez sobre estos dos últimos, de Stalin destaca su "entrega y fuerza", mientras que de Mao su "dulzura y sencillez", agregando, ya fuera de la calificación de "clásicos", la "dignidad" del líder albanés Enver Hoxa, y como ejemplo negativo, el carácter "difamador" de León Trotsky. Más que un aprendizaje teórico se trata entonces de un aprendizaje de valores que supuestamente trasmisían estos textos.

La influencia del pensamiento maoísta se ve favorecida también por las características del auditorio en que se desarrolla, donde el número de provincianos e hijos de provincianos había aumentado en forma significativa en los años inmediatamente anteriores. La mayoría de estos nuevos estudiantes, que venían de ciudades o pueblos muy ligados al medio rural y sumidos en el atraso de este, en especial en la sierra, indudablemente que se sentían atraídos por una doctrina política de otra latitud también básicamente rural, en cuyos textos hasta los ejemplos eran referentes al campo y la naturaleza. Otro elemento que también favorece el desarrollo del maoísmo es la ausencia de canales de participación política en la década del setenta, así como la ausencia de una tradición política democrática anterior en el Perú, lo que facilitaba la comparación del régimen estatal y de la coyuntura política con lo sucedido en la revolución china e incitaba al

uso de métodos similares. Antonio Ruiz señala que esto los lleva a identificar revolución con violencia y con guerra popular, como una sola cosa que no admitía la separación, en su lógica consecuencia, de ninguno de los elementos; es decir, no había revolución si esta no era violenta, y la violencia tampoco era tal si no era la de la guerra popular, de la forma como Mao la había diseñado. El propio Ruiz, continúa, diciendo que esto abría como única perspectiva irse al campo, para lo cual recuerda que algún compañero repetía "hay que castigar el cuerpo, hay que prepararlo para la guerra popular", y que los dominicos en la mañana salían en grupo de la Vivienda Universitaria y se iban corriendo hasta La Punta por la Av. Colonial, bañándose en Cantolao, en agua helada. De la misma forma señala que una de las cosas que más lo angustiaban cuando dirigente estudiantil, era no tener la decisión para dejar la universidad y emprender "el verdadero" camino estratégico.

En este mismo sentido, otra cuestión que se rescata con mucha fuerza del maoísmo es "la capacidad de atreverse", tan necesaria de infundir a "las masas", según los propios dirigentes radicales, para que estas puedan emprender acciones aparentemente imposibles. Vásquez hace referencia a dos frases de cuño maoista que eran intensamente repetidas, sobre todo en la educación interna de la militancia: "podemos asir el brazo de la luna en el noveno cielo y atrapar tortugas en lo hondo de los cinco mares", y, "quien se atreve a desmontar el emperador, no teme morir cortado en mil pedazos"; con ellas basta para imaginar la enorme dosis de voluntarismo que se imponía al movimiento, desproporcionada además frente a las necesidades, que no iban más allá de atreverse frente a las autoridades universitarias, ya largamente rebasadas, y frente a la dotación policial, por cierto que muchas veces especialmente ruda, que impedía proseguiere la casi semanal marcha callejera. Este espíritu, sin embargo, hace crecer en proporción significativa el grado de arbitrariedad del movimiento estudiantil frente a la sociedad, en particular frente al resto del movimiento social, porque le hacía creer a un sector mayoritario de la vanguardia politizada de San Marcos que eran poco menos que el centro ideológico de la actividad política.

Pero tampoco se trata de una recuperación directa del pensamiento de Mao Tse Tung de la década del 30, sino más bien del maoísmo

III. El radicalismo

a través de la experiencia de la "Revolución Cultural", hecho reciente y en buena medida en vigor en China hasta 1976, por lo que de alguna forma tenían también un ejemplo plenamente contemporáneo de radicalismo, incluso dentro del propio marxismo. Sin embargo, es preciso señalar que se trata de un maoísmo recreado de acuerdo a las peculiaridades del medio estudiantil sanmarquino. Por ejemplo, esta recuperación del maoísmo de la "Revolución Cultural" es muy característica en el desprecio a los intelectuales que se desarrolla en San Marcos con particular fuerza durante la década que nos ocupa. Es un desprecio al trabajo intelectual en general, que tiene como objetivo central a los profesores, porque todos ellos eran enemigos de clase y los que se acercaban lo hacían por oportunismo", según se encarga de precisarnos Antonio Ruiz. Pero que iba más allá, en el apoyo al facilismo académico, por el desprecio que les merecían los conocimientos que una universidad del sistema podía brindar, así como en el escaso aliento que daban a la investigación que pudieran realizar los estudiantes, incluso dentro de los parámetros de la línea política en boga. Es decir, casi un desprecio del ejercicio del pensamiento mismo, pues como señala Carlos Alberto González, "la razón estaba dada por la doctrina no por el razonamiento".

Ahora bien, este desprecio por los intelectuales va a ser una de las causas del grave aislamiento en que deviene el radicalismo sanmarquino, en especial sus tendencias más extremas, que eran las que más lo acentuaban. Esto les causa un gran perjuicio político, tal como reconoce el propio Javier Vásquez, señalando que se tendía más a un "uso" de los intelectuales que a una alianza política con ellos, cayendo "en la exigencia absurda de que fueran marxistas-leninistas o contrarrevolucionarios", lo que no llevó sino a que su conducción política haya finalmente "prohibido una intelectualidad mediocre", que se tradujo en la promoción como docentes de jóvenes con muy poca o ninguna calificación, gracias al favor estudiantil, lo que directamente es dicho por Antonio Ruiz: "acomodamos a mucha gente que no se le merecía".

Otro elemento donde también se revela la influencia de la "Revolución Cultural" es en el afán igualitario del radicalismo estudiantil. Lo que no quería decir únicamente que todos los estudiantes debían tener las mismas condiciones y oportunidades en la universidad, sino

que, por ejemplo, las exigencias académicas debían estar al nivel del que menos podía, o sea, era un igualitarismo hacia abajo, que no buscaba dar elementos iguales a todos para estimularlos en su desarrollo sino nivelarlos con un mismo rasero de manera tal que parecieran iguales. Este igualitarismo se juzgaba también, comúnmente, como un requisito para que pudiera existir democracia en el movimiento estudiantil, ya que sólo entre "iguales" era posible que todos pudieran ejercer sus derechos. El ejemplo cotidiano en este aspecto puede ser el requerimiento bibliográfico en algún curso, especialmente en las carreras de letras y economía: si alguien no poseía una lectura, o manifestaba de viva voz que no podía conseguirla, dicha lectura se anulaba, procedimiento que con frecuencia resultaba en la anulación total de referencias bibliográficas para aprobar el curso, librando la suerte del conocimiento a lo que el estudiante pudiera recoger de la exposición del profesor.

Esta influencia maoísta que ya era predominante al principio de la década, se hace prácticamente absoluta conforme pasan los años, salvo Unión Estudiantil, reducida prácticamente a una facultad, todos los demás grupos son ganados por el maoísmo, a pesar, incluso, de las distintas raíces ideológicas y políticas de las que son portadores. Por supuesto que no todos tienen los mismos acentos ni llegan a los extremos del FER "antifascista", grupo hegemónico, pero en todo caso es este el que impone su matiz al movimiento, dejando a los demás, en este plano ideológico, a lo sumo una tibia oposición, no tanto quizás porque compartieran las bases mismas de lo que se estaba diciendo, sino porque paradógicamente no se "atrevían" contra los que más ciegamente se "atrevían". Ir contra el dios, dentro del templo, resultaba muy difícil, y esto trae a colación, nuevamente la frase de Pepe Mendoza, que a contrapelo del aserto maoísta, señala: "no se podía ir contra la corriente".

IV. Los "partidos universitarios"

1. Un mundo propio

Los muros, puertas, ventanas, el piso, el techo, las escaleras, es decir, cada espacio de todos y cada uno de los edificios de la Ciudad Universitaria, será un material invaluable para quien en el futuro piense en hacer una arqueología de la política partidaria en San Marcos. El enjambre de siglas y las inscripciones que las acompañan se superponen en todos lados, agregando gruesas capas de pintura a los colores originales y cada nuevo edificio que se inaugura es inmediatamente cubierto por inscripciones. Por cierto que la fiebre por esta escritura mural ha disminuido en los años recientes, pero no desaparece, a pesar de múltiples campañas en este sentido, incluso de la propia dirigencia estudiantil, y algunos antiguos sanmarquinos pre-sagian, no se sabe si con nostalgia o mala voluntad, que no desaparecerá jamás. Es tal la profusión de estas inscripciones que en determinado momento en alguna facultad, se han podido leer con algún esfuerzo los nombres de los candidatos a las cuatro o cinco últimas elecciones estudiantiles a la FUSM, cubriendo un período de más de una década, aprovechando los estudiantes de los últimos años para ilustrar a los ingresantes sobre las "hazañas" de los dirigentes estudiantiles, que en muchos sentidos pueden ser "de otros tiempos".

Pero ¿qué podría sugerirle a un extraño esta multitud de inscripciones, más allá de dar colorido al ambiente? Quizás lo primero que se le pueda venir a la cabeza sea un total caos de la política universitaria

donde múltiples grupúsculos disputan agresivamente imponer su verdad. Esta impresión puede ser cierta en lo que se refiere a la agresividad con que se pretende imponer un punto de vista, pero dista de la realidad en lo que siempre se señala como el desorden o la carencia de lógica en el funcionamiento y las relaciones entre los distintos grupos políticos universitarios. En San Marcos se crea un mundo político con dinámica y "prestigio" propios donde las agrupaciones juegan un papel fundamental. En este ambiente juvenil y cerrado es que se desarrollan lo que podríamos denominar "partidos universitarios". Quizás se ha prestado poca atención al carácter juvenil del movimiento, y Antonio Ruiz se encarga de recordarlo no sin cierta amargura: "No nos juzgaban como los jóvenes que éramos", a lo que se agrega el relativo aislamiento en que actúan, que se retrata en otra afirmación corriente en la época: "El mundo no se termina en la Av. Venezuela (límite de la Ciudad Universitaria)" expresando un intento por corregir esta situación, aunque en realidad casi todos, de una forma u otra, tenían concentrada no solo su actividad sino también sus miras en las lindes del campus, ya fuera "la ciudad" o "San Fernando" (local de la Facultad de Medicina).

Por supuesto que el carácter "universitario" de cada una de las agrupaciones políticas no es el mismo, sino que presenta características peculiares. En algunos casos, como el del FER Antifascista, se trata de una característica definitiva, es un grupo que hace, se desarrolla y muere en los límites de la universidad, con todas las consecuencias que ello puede tener para su acción. En otros, como el caso de Patria Roja o el tronco VR-PCR, se trata también de grupos universitarios, pero que formaban parte de una estructura partidaria mayor, que no sólo desarrolla su trabajo político en las universidades, sino que también intentaba hacer proselitismo entre trabajadores y pobladores. Esta condición "universitaria" buscaba, sin embargo, ser persistentemente negada, tanto en su discurso ideológico y político como en sus perspectivas de acción, que incluían, con diferentes énfasis, el desplazamiento de muchos de los militantes universitarios a sectores obreros, barriales o campesinos; no tomando en cuenta que estos militantes por haber dejado la universidad no dejaban su condición "estudiantil", tanto por edad cronológica, experiencia y estilo de trabajo, que muchas veces los hacía regresar decepcionados a las aulas y/o la

casa paterna, al no haberse podido integrar a "las masas básicas de la producción". Se trataba pues de partidos de estudiantes, estuvieran o no en la universidad, en los que no se distinguía una generación definitivamente adulta que los dirigiera, por más que se pudiera establecer, en algunos casos, una ligera diferencia de edad en sus cuadros directivos; ni menos aún, alguna ligazón con una generación madura que les hubiera legado algún tipo de tradición política.

Esta situación de "partidos universitarios" es posible, sobre todo, por la crisis de San Marcos en 1969. La ausencia de las fuerzas que habían conformado la universidad en los sesenta se va a traducir también en que no exista un aparato político que se encargue de seguir reproduciendo la organización y transmitiendo la experiencia de las décadas anteriores.

En cuanto a la vertiente aprista, su organización efectivamente desaparece, volviendo a mostrarse esporádicamente con motivo de cada elección gremial de la FUSM; Rafo Ojeda, que había tenido una muy importante influencia aprista de su padre durante su niñez y adolescencia, nos relata esta relativa sorpresa: "Lo primero que veo en San Marcos es que no habían apristas, pienso que si hubiera habido APRA organizada tal vez hubiera militado un tiempo ahí". Pero lo que sí no desaparece son los métodos apristas, que persisten como la "gran herencia" de una década a otra, o quizás más todavía, de un tiempo político a otro. Rodolfo Ortega, se refiere a ello como el "totalitarismo" aprista, tanto en el movimiento estudiantil como en el manejo académico y administrativo de la universidad, que "generó su contrario" en un "cerrado antiaprismo", sobre todo entre los estudiantes, lo que según el mismo Ortega no permitió desarrollar planteamientos alternativos en el combate al APRA, sino más bien una plataforma negativa. Podríamos hablar entonces de un "totalitarismo de izquierda", de alguna forma influenciado por el APRA, del que Rafo Ojeda nos da cuenta, para los primeros años de la década del setenta, señalando que el Partido Aprista no sólo se hallaba derrotado, sino también "proscrito" de San Marcos, "gozando" de una suerte de prohibición para expresarse públicamente o para que alguno de sus miembros osara declarar su militancia.

Con los partidos de izquierda sucede también una ausencia significativa, aunque por razones distintas a las del APRA, a diferencia de ésta la izquierda no sufre una derrota sino que aparentemente gana al sacar a Sánchez en 1969, pero el partido fundamental que la representaba, el PCP "Bandera Roja", como ya vimos, se fracciona en varios grupos, lo que convierte la victoria en derrota, destruyendo a la izquierda en términos organizativos. Esto hace que los ingresantes en 1969 no encuentren lazos orgánicos que permitan una continuidad con lo que había existido en años precedentes. Los núcleos izquierdistas deben volver a organizarse, casi desde cero, para existir como tales de 1969 en adelante, por más que varios de ellos se autopronostican consistentemente "la continuidad histórica" del comunismo peruano, reivindicando sus lazos orgánicos con el pasado por la existencia de algunos militantes antiguos en sus filas, pero insistiendo, sobre todo, en la recuperación ideológica que dicen hacer de determinados eventos, congresos y/o conferencias, en los que se aprueba una u otra cuestión "de línea" que consideran "fundamental". Es importante también resaltar que esta falta de referencia directa con la experiencia anterior, se da en un momento en que buena parte de la izquierda peruana busca dejar la universidad, que había sido su principal ámbito de desarrollo y pasar a insertarse en otros sectores de la vida nacional. No sucede lo mismo con el grueso de la izquierda sanmarquina, que al reagruparse, opta, especialmente en el caso de los grupos maoístas más radicales, por asentarse y hasta cierto punto quedarse en la universidad.

2. Yo soy el FER

El proceso de reagrupamiento por el que atraviesa la izquierda sanmarquina de los setentas no pudo encontrar mejor forma de manifestarse que en la lucha por las siglas de la que había sido una organización de frente: el FER (Frente Estudiantil Revolucionario), o "el glorioso FER" como solían referir los dirigentes. Pero el problema estaba en definir cuál era "El glorioso FER". Paradógica situación en la que las mismas siglas, en el mismo ambiente, podían señalar organizaciones, individuos y situaciones distintas.

Las elecciones estudiantiles para la FUSM, en 1973, en plena disputa sobre la participación en los organismos de gobierno de la

universidad, son un buen ejemplo al respecto. En ellas, las tres listas más importantes presentan una curiosa coincidencia, todas tienen el mismo nombre: Frente Estudiantil Revolucionario -FER-. Nadie acepta cambiarse de nombre, ni de sigla, y al Jurado Electoral se le crea un menudo problema para confeccionar la cédula de votación, finalmente se logra que cada cual tenga un "logo" diferente, y así aparecen "el FER del librito", "el FER de la rayita", "el FER" a secas, denominado "antifascista"; en cada caso haciendo alusión a la forma en que las tres letras van dibujadas en el logotipo respectivo. Así llega el movimiento estudiantil sanmarquino, casi al ridículo, en la disputa por lo que consideraban era el símbolo de la izquierda en San Marcos. Se producen las elecciones y resulta ganador el "FER antifascista", afirmando una primacía que en términos orgánicos "del FER" ya había comenzado a, literalmente, imponer, cuando en noviembre de 1972, expulsa a "Patria Roja" -"FER del librito" en este caso- de la Asamblea del FER de San Marcos. El triunfo afirma a los "antifascistas" como el "verdadero" FER, obligando a los otros grupos a que aparezcan más directamente en su condición de partidos, por una sencilla necesidad de distinguirse entre ellos, tendencia que se hace más clara conforme se acerca la apertura política de fines de los setentas.

Pero los orígenes de tan enconada disputa tienen que ver con la historia del FER, íntimamente ligada a la historia de la izquierda en San Marcos. El Frente Estudiantil Revolucionario remonta su existencia a fines de la década del cincuenta, cuando se funda, para agrupar, no sólo a todas las tendencias izquierdistas, sino a todos los que estuvieran en contra del APRA. Sin embargo, al poco tiempo va quedando clara la predominancia izquierdista, en particular la presencia del Partido Comunista Peruano, entonces unificado en una sola organización, a través de su Juventud. Lo interesante es que a pesar de esta presencia, que a mediados de los sesentas es sucedida por la hegemonía de "Bandera Roja", el FER continúa siendo la "identidad izquierdista" de San Marcos, como diría Antonio Ruiz, no sólo para el estudiante comunista o ligado al PC, sino también para el estudiante progresista común y corriente que tenía nada más inclinaciones de izquierda, aunque esto pueda significar la queja de algún dirigente radical de la década del setenta: "El FER de los sesentas era 'reformo' luego es que se transforma". Esta percepción "izquierdista" es la que

permite que sucedan cosas como la que relata Pepe Mendoza, a fines de los sesentas: "casi por instinto los muchachos del salón formamos un círculo del FER", cuando todavía la partidarización no era tan aguda como algunos años más tarde en plena efervescencia radical. A esto se agrega una connotación étnico-regional, también resaltada por Mendoza: "daba la casualidad que todo el que estaba en el FER en ese entonces tenía un común denominador, era provinciano, arrancado, misio y cetrino, mestizo como San Marcos"; a todo lo cual Ruiz agrega el elemento "anti-gobiernista", de rechazo al poder, como un componente más de la identidad ferista, por lo que no será muy difícil entenderla como una identidad anti-dictatorial cuando aparece el gobierno de Velasco. Por esto es que cada uno de los reagrupamientos izquierdistas busca llamarse FER, porque existía ya una tradición que se reflejaba en ese nombre, habiendo gozado de un enorme prestigio en amplios sectores estudiantiles, masivamente izquierdistas luego de la desaparición del APRA.

Este afán por recuperar la tradición no debe confundirse, sin embargo, con el afán por apropiarse de una tradición a como diera lugar, que era más bien la dinámica de los diferentes partidos izquierdistas. Esta forma de proceder es la que los lleva en un determinado momento, no tanto a contrastar las identidades de cada cual, con perfiles particulares, sino a pugnar para ver quién se parece más un modelo abstracto, supuestamente único, porque la organización revolucionaria y el frente revolucionario no podía ser sino uno solo, siendo todos los demás que se autoproclamaron como tales, sujetos de sospecha.

Esta creencia en que cada cual era el centro predestinado los llevaba a gastar buena parte de sus energías y en muchos casos la mayor parte, en combatirse mutuamente, no ahorrándose calificativos: "los pro-chinos eran potenciales traidores por tener otro esquema de revolución", nos señala González, dirigente del VR de los primeros años de la década que nos ocupa. Se produce así una visión profundamente distorsionada de la lucha política, donde el referente no era la realidad nacional o universitaria sino los otros grupos de izquierda, lo que lleva según Krieger a una situación casi paranoica, "porque habíamos sido educados para reconocer a nuestros enemigos físicamente y los físicamente reconocibles eran los otros grupos estudiantiles".

3. Los partidos

Aparentemente existen en el movimiento estudiantil varias estructuras organizativas de distinto tipo y función. Siempre se señala al partido, al frente y al gremio, como los tres grandes niveles en que discurría la actividad de los estudiantes. El partido como el centro clandestino, que dirige la organización estudiantil y la debe orientar a todos los niveles, el Frente, llamado "organismo de frente único", que agrupa a las diversas tendencias políticas, así como a los estudiantes independientes, como sistema de alianzas para cumplir los grandes objetivos revolucionarios, y el gremio, que se supone congrega a todos los estudiantes sin excepción, para luchar principalmente por sus reivindicaciones universitarias. La realidad, sin embargo, era muy distinta, porque la única organización que tenía un funcionamiento cabal era el partido, era allí donde se tomaban verdaderamente las decisiones y se incidía en forma efectiva en el movimiento. Los denominados "frentes" no existían como tales, pues casi cada partido tenía el suyo, siendo en la práctica formas de mediación con la masa estudiantil que cumplían un doble papel, por un lado servían para cubrir al partido, que de esa forma no aparecía públicamente, y de otro, atraían a la esfera de influencia partidaria a un núcleo más amplio de gente que los estrictamente militantes, convirtiéndose en efectiva "correa de transmisión" hacia el grueso de los estudiantes pero sin gozar de una autonomía que les permitiera algún margen de decisión real. En cuanto a los gremios, su funcionamiento es muy desigual en los setenta, siendo importante en lugares como el Ciclo Básico o Medicina, pero habiéndose debilitado en el resto de la universidad, para convertirse principalmente en locales que proporcionaban recursos al partido que tenía el control de la Junta Directiva. Quizá si su papel más significativo haya sido servir de escenario para las disputas que las organizaciones de partido llevaban adelante, en las asambleas y/o marchas que eventualmente se convocaban. En esas condiciones raramente cumplían su rol de agrupar al conjunto de los estudiantes, sino en ocasiones muy contadas y siempre bajo la tutela partidaria. Por estas razones es que he optado por realizar el análisis de las organizaciones políticas en el radicalismo sanmarquino desde la perspectiva de los partidos, asumiendo que ellos son el eje del resto de las organizaciones, llámense gremiales o de frente.

En este sentido, tenemos en forma sucinta, las características de los cuatro grupos políticos más importantes del movimiento estudiantil sanmarquino de la década del setenta:

a) *El FER "antifascista"*

No sólo el más importante y numeroso de los grupos radicales sino también el más característico del período. Formalmente estaba conformado por una alianza de varios grupos maoístas, pero en realidad expresaba a uno de ellos, que surge a partir de los intentos por reorganizar el FER, a principios de la década, convirtiendo a la postre este esfuerzo en uno de los elementos de su identidad política.

Es el típico “partido universitario” que nace de la inquietud de un grupo de estudiantes, ingresados a la Facultad de Letras en 1969, que se encuentran ante el vacío creado por la coyuntura de ese año, con la salida de Sánchez y la promulgación del D.L. 17437, y deciden organizarse para reconstruir el FER que se encontraba seriamente fragmentado y disperso. Javier Vásquez recuerda este momento primero, resaltando la juventud de los integrantes: “éramos niños verdaderamente” y la situación con que se encuentran: “se producen las primeras reuniones y nos encontramos con la tragedia, no había nada, y no podíamos hacer poesía de esa tragedia, teníamos que comprometernos con algo”.

En esta acción juega un papel muy importante un antiguo dirigente de la Facultad de Letras, Efraín Moya Febres, que los anima a llevar adelante el reagrupamiento ferista, y busca, según Ruiz educarlos en lo que considera la “ortodoxia” marxista, que en los términos de la época significaba la línea de la V Conferencia Nacional del PCP “Bandera Roja”; insistiéndoles en la necesidad de desconfiar en todos aquellos que con diversos matices estaban en el mismo empeño de reorganización del FER, llevando este asunto de la desconfianza hasta el extremo de incitarlos a que desconfiaran entre ellos mismos, como una forma de protegerse de la posible infiltración policial. Cuenta, asimismo, Ruiz, una anécdota que da idea de este ambiente inicial de intolerancia: en esa época él tenía una montura para sus lentes, de metal, en forma redonda, similar a la que usa Trotsky en las fotografías, lo que le valió una severa censura del tal Moya, acusándolo de

IV. Los “partidos universitarios”

“desviaciones trotskistas”, causándole esto algún tiempo de marginación en las responsabilidades que acordaba el grupo.

La primera congresión orgánica de este grupo inicial se da en una Asamblea de activistas del FER de Letras, llevada adelante en 1971, que los empieza a legitimar como grupo. Es muy importante resaltar la impresión de una estudiante de sociología, en esos años aún en el inicio de su carrera e independiente políticamente, que señala la gran virtud de este grupo considerado entonces “ferista”, ella nos dice: “aparecían como democráticos frente a los otros sectores en pugna”, y cuáles eran “los otros sectores en pugna”, Patria Roja y Vanguardia Revolucionaria, ambos partidos con un aparato que trascendía la universidad, por lo que su discurso político abundaba más allá de las reivindicaciones inmediatas, mientras que el de los “feristas” aparecía recogiendo el interés de la base. Este asentamiento en Letras permite iniciar el desarrollo en el resto de la universidad, particularmente en las facultades de la Ciudad Universitaria.

Pero si hay algo que les permite una rápida expansión por la universidad es su actitud de oposición tajante al gobierno, al que llegan a caracterizar de fascista. Esto es lo que despierta mayor simpatía entre los estudiantes y les da fundamental legitimidad. Con ello no sólo respondían a lo que consideraban “la inconsistencia” del grupo maoísta de los sesentas, que no había podido enfrentar con éxito la promulgación del D.L. 17437, sino al fracaso de lo que significaba la participación en la Asamblea Estatutaria para la Universidad Peruana, que desarrollaba “Patria Roja”. Aparecían entonces como los más puros, que combatían sin concesiones a los militares y las autoridades universitarias, a la vez que no se contaminaban para nada con ellos, al negarse a participar en cualquier instancia. Con esto no sólo satisfacían a plenitud el ánimo anti-dictatorial de los estudiantes, que se veían efectivamente agredidos, sino que también constituían, para estos una garantía que cualquier lucha reivindicativa la llevarían hasta el final. Aunque, contradictoriamente esto hace para Mario Kudo que los “anti-fascistas” fueran también una expresión del arribismo ya que para él “rechazaban el orden porque no estaban allí, pero querían estar” y cree que la prueba está en el afán con que muchos de sus militantes buscaban un puesto en la burocracia universitaria a como diera lugar.

Otra característica que resalta en la formación del FER "antifascista" es que en él tendían a agruparse los sectores provincianos, migrantes o hijos de migrantes, con rasgos predominantemente andinos. Aunque este factor étnico es negado por los que fueron líderes del grupo, achacándoselo, únicamente a una fracción menor dentro de su tendencia ferista, "sólo en 'Bandera Roja' de Saturnino Paredes habían prejuicios étnicos" (que es diferente a "Bandera Roja" de la década del 60), afirma enfático Javier Vásquez, sus opositores no son de la misma idea. Tanto Pepe Mendoza como Carlos Alberto González, de distintos grupos contrarios, coinciden en señalar que la presencia de provincianos y en especial de serranos es significativa, agregando además un importantísimo elemento, señalan ambos que no se trata de migrantes de origen campesino, sino que por múltiples y distintas conversaciones tenidas entre los líderes radicales, así como por alguna eventual visita a la tierra de alguno de ellos, pudieron observar que eran más bien hijos del poder local, en sus provincias o distritos, afectados seriamente por la reforma agraria que se lleva a cabo, particularmente durante el gobierno de Velasco. Mendoza señala: "...eran gente que en su momento había tenido un poder local, ese tipo de poder que con la dinámica social se diluye y de la noche a la mañana son unos don nadie, absolutamente don nadie. Esa suerte de pérdida de poder que hace que en la universidad sean los más radicales, los más ultras" y González añade: "representaban el espíritu del pequeño terrateniente serrano en la universidad, que se oponía violentamente a la dictadura, por el embate que había significado para la seguridad de ellos y su familia, la reforma agraria. Representaban una crítica al capitalismo pero no con un fondo progresivo".

Sin embargo, en cualquiera de las versiones que se señala es indudable que fueron el grupo que mejor representó la dinámica de movilidad social y sus agudas contradicciones en que estaban inmersos la mayoría de los estudiantes. Aunque su hegemonía tuvo una considerable dosis de arbitrariedad frente a la sociedad, no lo fue tanto respecto a su base social.

Los primeros años de desarrollo del grupo, antes de 1973, están dedicados al estudio, principalmente de obras de los grandes pensadores marxistas. Buscan en la lectura y la discusión en los círculos, lo

que no habían podido encontrar como antecedente político al llegar a la universidad, incidiendo, parece que después de la salida de Moya, en el método autodidacta de aprendizaje. El estudio es tomado como una fase fundamental para el cumplimiento de sus objetivos posteriores, así lo señala Javier Vásquez: "necesitábamos un conocimiento de Mariátegui y de los clásicos, entonces asumimos el estudio, sin profesores ni amigos que nos enseñaran", pero no disminuyéndose por estas ausencias porque considera que: "Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao, fueron nuestros maestros, con ellos conversábamos en la lectura de cada uno de sus textos" y señalando asimismo la filiación del marxismo que buscaban aprender, cuando remarca: "Léíamos los 'Pekín Informa', sobre todo los artículos teóricos, era brillante ver cómo aplicaban el materialismo dialéctico a la siembra del maíz, al atletismo, a la medicina"; declaración esta última que no puede ocultar su parentesco directo con la "Revolución Cultural" en su fase inicial, quizás si la más dogmática.

Podemos señalar como la fecha de aparición pública, en la escena universitaria, del grupo, el mes de noviembre de 1972, cuando se realiza una Asamblea General del FER de San Marcos, para avanzar en la reorganización de éste y discutir sobre la participación en la Asamblea Estatutaria, que en ese momento se llevaba adelante. Allí aparece por primera vez, dentro de la vanguardia politizada, abrumadoramente mayoritario el sector "antifascista", que tenía como objetivo, según señala Vásquez: "desenmascarar el FER apócrifo de Patria Roja", lo que se cumple tan a cabalidad, como ya hemos señalado, que los de "Patria Roja" son desalojados del recinto donde la reunión se llevaba adelante. Producto de esa Asamblea se saca un "Manifiesto del FER", donde los "antifascistas" exponen sus puntos de vista, agregando a las declaraciones usuales de "anti-feudal y antiimperialista" que habían caracterizado al maoísmo sanmarquino, la de "anti-fascista", que según ellos el FER debía adoptar por el carácter fascista del gobierno de Velasco, razón por la cual se quedan con el nombre en el ambiente universitario de "antifascistas", o "fachos" como peyorativamente solían llamarlos sus rivales. Años más tarde, este último sobrenombre "fachos", con el que la mayoría de la izquierda latinoamericana nomina a quienes efectivamente son fascistas, puede llevar a pensar si las características de este grupo universitario, por su

intolerancia y violentismo no despertaban en sus opositores algunas referencias inversas a las que ellos decían expresar.

Su afirmación como fuerza mayoritaria entre los grupos maoístas, enarbolando la bandera de la "no participación" en los organismos de gobierno, le permite la victoria en las elecciones para la Federación Universitaria, a mediados de 1973, en triunfo que repite en 1976, consolidándose como la primera fuerza política estudiantil en la década del setenta. Esta afirmación los lleva a organizarse formalmente como partido político, preocupación que ya tenían desde un inicio, tal como reitera Vásquez cuando habla de sus primeros tiempos: "estábamos como abandonados porque no teníamos el apoyo del Partido y dudábamos de su existencia misma", se refiere aquí a la existencia del Partido Comunista, personería que ellos asignaban a la vertiente maoísta, representada en los sesentas por "Bandera Roja", cuyo fraccionamiento era el que los llevaría a señalar que había que proceder a un reagrupamiento y reorganización de las filas maoistas para "reconstruir" el Partido. Es así que proceden a "convertir" los círculos del FER más avanzados en "círculos marxistas", tomando como criterio para seleccionar a los militantes, tal como nos indica Ruiz, el escoger, a "los más avanzados, comprometidos, disciplinados y ortodoxos", formando en 1974, la "Unión de células marxistas-leninistas del Perú". Una curiosidad más de este fenómeno radica en que decidieron mantener rigurosamente en secreto su existencia, no difundiéndolo en ninguna forma ni menos aún dando a conocer el nombre adoptado, tomando muy en cuenta, como nos repiten quienes fueron protagonistas de esta experiencia aquello de que "El Partido se siente pero no se ve". En sus primeros años de existencia parece ser que intentaron algunos contactos con otros grupos similares sin que estos prosperaran, dicen que por desprecio de los demás al grupo sanmarquino en razón de su condición netamente estudiantil.

El carácter absolutamente clandestino de la organización se explica de alguna manera por la sobrevaloración que estos jóvenes hacían del grupo que habían formado, el cual al asumirse como auténticamente marxista y llamado a reconstituir el Partido debía ser protegido de cualquier peligro. Esta sobrevaloración alcanza la propia calidad de militantes que pretendían formar. Tal como nos señala Antonio Ruiz: "Idealizamos mucho a los comunistas, los tomábamos como

hombres superiores, que habían alcanzado el máximo peldaño de la escala humana. Incluso combatimos el uso del término 'camarada' fuera del partido, porque creíamos que solamente debía ser usado en las relaciones entre comunistas y no debía ser prostituído, limitándonos tan sólo a usar, en otros lugares, el término 'compañero'". Ponen, así la mística en el centro, como factor de cohesión y fuerza en la organización que estaban formando.

Este partido si bien tiene un asentamiento casi exclusivamente sanmarquino no excluye algún intento de trabajo en fábricas y barrios, pero reducido nada más que a algunos cuantos contactos que se traducen en una efímera hoja llamada "La voz del pueblo". Ello explica que su derrota en las elecciones estudiantiles de 1979, se tradujera casi inmediatamente en un acuerdo orgánico de disolución como partido, hecho que al igual que la fundación en 1974, también mantienen en secreto.

b) *Patria Roja*

Originalmente es uno de los grupos en que se fracciona "Bandera Roja" en 1969, pero a diferencia de los "anti-fascistas", no se reorganiza como partido exclusivamente universitario sino con proyección nacional; Rodolfo Ortega, que es uno de los puentes en esta reorganización señala que la fuerza del grupo proviene justamente de esta "irradiación" nacional desde un primer momento. Ahora bien, esta trascendencia del ámbito sanmarquino no quiere decir que pierdan su carácter de "partido universitario", tanto por los lugares en que desarrollan su trabajo: universidades de provincia y maestros de colegios nacionales, como por el carácter estudiantil de la mayor parte de su militancia. Sin embargo, su expansión nacional, sobre todo en sectores tan dinámicos como estudiantes universitarios y maestros, le permite una apreciación de la situación política y una flexibilidad táctica desconocidas hasta entonces en los grupos salidos del tronco maoísta.

El grupo empieza a organizarse como tal en San Marcos, luego de la salida de Ortega de la cárcel, en 1970, a donde había ido fruto de la persecución policial a los dirigentes sanmarquinos que intentan alguna oposición inicial al D.L. 17437. A diferencia también de los anterio-

res, estos se organizan directamente en células, como partido político, que reivindicaba para sí el nombre de "Partido Comunista del Perú", siendo conocidos como "Patria Roja" por el nombre de su órgano partidario. Este reivindicarse como el auténtico PC, los hacía considerar que eran el "partido de la revolución" y que, como señala Pepe Mendoza, "debía dirigirlo todo". Esta concepción, quizás la más presente en "Patria Roja", los lleva en sus primeros años a ser considerados especialmente sectarios, ya que se asumen como los continuadores, en línea directa, de toda la tradición comunista y no aceptan siquiera que pudieran existir otros grupos a los que se pueda dar el carácter de "comunista". Su expresión pública como partido es también escasa, pero existe, conociéndose de su existencia como tal, así como el nombre que tenían. Sin embargo, en el ambiente estudiantil actuaban a través de una fracción del FER, a la que directamente asumían como "correa de trasmisión del partido", sin mayores pretensiones de que cumpliera función de "frente único", sino que se constituyera sencillamente como una mediación que les servía para llevar adelante su táctica.

Este asumirse como partido desde un primer momento, quizás aprovechando la iniciativa al respecto de un grupo importante de militantes más antiguos, provenientes de lo que había sido el Buró Ejecutivo Nacional de la Juventud de "Bandera Roja", les permite una coherencia ideológica y política que no tenían otros grupos. Ello se refleja en un evento que prácticamente es su partida de nacimiento: la "VII Conferencia Nacional", en 1972. Asimismo, la importante iniciativa táctica con que cuentan los lleva a decidir su participación en la Asamblea Estatutaria, lo que significaba que por primera vez los estudiantes iban a participar en un mecanismo propuesto por el gobierno militar. Esta participación, si bien es fuente de múltiples problemas para el grupo, le permite hacerse conocer en todo el país con una propuesta sobre la universidad.

"Patria Roja", al igual que los otros grupos importantes también busca recuperar en su provecho la tradición del FER, sin embargo, al concebir a éste como directamente ligado al partido, sin caer en los eufemismos de efectivo frente único que postulaban otras tendencias, es rápidamente aislado. Quien asume esta tarea con especial dedi-

cación es el FER "antifascista", denunciándolos tal como vimos, como "el FER apócrifo", además de acusar a varios de sus integrantes de corrupción, por el cobro que hacían de las dietas acordadas para los miembros de la Asamblea Estatutaria Nacional. Esta fiereza en la pelea entre los "fachos" y "Patria Roja" podría sorprender a más de un extraño, por la similitud de línea política, el origen político común de unos y otros, e incluso la similitud en la composición étnica, pero justamente por disputarse un mismo legado es que se acusaban mutuamente de traición. Como señala Carlos Alberto González: "se veían como la oveja negra de la familia que debía ser duramente castigada, era como un odio entre hermanos".

Pero el problema político más grave que afronta "Patria Roja" tiene que ver con el reformismo ambiguo que le es característico. Su proyección como grupo nacional los hace darse cuenta del carácter "reformista" del gobierno de Velasco y la necesidad de la flexibilidad, que ya mencionamos, para enfrentarlo, pero al mismo tiempo, se encontraban atrapados por una enorme carga ideológica que negaba toda posibilidad de "hacer política" fuera de la preparación de la violencia o la violencia misma (léase la Guerra Popular). Este conflicto lo intentan resolver planteando su utopía de nueva sociedad como respuesta a los problemas inmediatos, lo que no los lleva sino a fracasar en las luchas que emprende por reformas. El caso de los "gobiernos tripartitos" en varias universidades de provincia, donde hace su aparición un tercer estamento universitario, "los trabajadores no docentes", es el primer ejemplo de su acción, llevando a varias casas de estudio al caos de la dictadura estudiantil y la consecuente intervención del gobierno. Igual cosa sucede, como ya explicamos con la Asamblea Estatutaria, que tampoco saca nada en positivo. De esto se aprovechan los "antifascistas" no sólo para desestimar a "Patria Roja", sino principalmente para desestimar el camino de las reformas en la universidad. Tal es la influencia de las posiciones más radicales dentro de "Patria Roja" que Pepe Mendoza nos explica: "no estuvimos en capacidad para demostrar las bondades de la participación; nos faltó consecuencia, porque nuestra misma gente, dentro de Patria, cuestionaba la participación", temperamento que comparte Rodolfo Ortega, agregando que este temor a ser cuestionados por los más radicales, llevará años más tarde al surgimiento de una escisión,

que toma el nombre de "Puka Llacta", desarrollando esta última posiciones muy similares a las de "Sendero Luminoso".

Esta actitud "vergonzante", o de vergüenza por sus propias posiciones, como señalan sus opositores, es lo que podría explicar que "Patria Roja" restrinja su influencia a una facultad, Economía, manteniendo una presencia importante en el conjunto de la Universidad por el aparato partidario con que contaban, así como por el control que tenían de la Federación de Estudiantes del Perú, pero sin ampliar sustantivamente la influencia de sus posiciones en San Marcos, sino hasta casi el final de la década.

c) *Vanguardia Revolucionaria – Partido Comunista Revolucionario**

Esta es una tendencia de origen distinto a las anteriores, que remonta su nacimiento al ambiente creado por la revolución cubana y la experiencia guerrillera de 1965, así como a algunas influencias trotskistas, configurando lo que se ha venido en llamar la "nueva izquierda". Desde un primer momento se forma como un partido nacional que desarrolla trabajo político en diversos lugares, entre ellos las universidades, lo que no quiere decir que fuera ajeno a estas últimas en el momento de su fundación, pues como casi toda la izquierda en los sesentas, su componente universitario era muy importante. Es así que envía "cuadros" para que organicen el trabajo universitario, no importándole al principio la universidad como tal, nos señala Mario Kudo, sino tomándola más bien como "un surtidor de nuevos cuadros" que deberían destinarse "al inicio de la lucha armada", tarea que a fines de los sesentas veían muy cercana.

Junto con este origen político distinto, la militancia universitaria de VR tenía también un origen clasista y étnico diferente, lo que en el caso de San Marcos, universidad particularmente impactada por la migración a las ciudades, producía un agudo contraste. Mendoza es

* Se trata de dos grupos diferentes, pero para el caso de San Marcos los trató como un solo continuo, porque cuando Vanguardia Revolucionaria (VR), sufrió una escisión en 1974, apareciendo el Partido Comunista Revolucionario (PCR), este último captó a la gran mayoría de la militancia de VR en esta universidad.

IV. Los "partidos universitarios"

drástico al respecto: "tú no encontrabas un buen cholo en VR", o Ruiz, más sentido todavía, quizá por su procedencia andina: "las chicas de Vanguardia decían muchas lisuras y a mí no me gustaba que las mujeres dijeran lisuras". El propio Carlos Alberto González, que inicia su militancia en VR siendo alumno de una universidad particular, señala que su ingreso a la organización y los primeros tiempos en la misma fueron en buena medida prolongación de su rebeldía juvenil como muchacho de barrio de Miraflores, recién su traslado a una universidad nacional, como fue en un primer momento la Universidad del Callao, significó una ruptura y el inicio de una etapa propiamente política. Desde una posición opuesta, Javier Vásquez va a observar también que los de VR "hacían política como un desplante al padre" y "eran quizá la continuidad familiar de la patronal", es decir, existía una imagen en los demás grupos de considerar a este último, como parte no sólo ideológica sino también social de la burguesía, en su lenguaje, de la clase enemiga. Esta cuestión pone a VR en una situación harto difícil para llegar a ser un grupo hegemónico en San Marcos, lo que, sin embargo, presentará algunas variantes en los años siguientes.

El poco interés que tiene VR en la universidad hace que en un primer momento forme "Vanguardia Estudiantil Revolucionaria", VER, sin ninguna ambición real de desarrollar un trabajo de frente entre los estudiantes, sino más bien con el afán de afirmar una presencia política, como dice Kudo: "VR era un pequeño grupo que se batía contra la arbitrariedad de los grupos 'chinos'". Pero la crisis interna que sufren, con motivo de las primeras medidas reformistas de Velasco, lleva a que se modifique su inicial concepción militarista, que los estaba llevando a desatar de inmediato la lucha armada, buscando en su nuevo momento "desarrollar el trabajo de masas". Esto se expresa en la universidad en un renovado interés por el movimiento estudiantil que los va a hacer intentar entrar en la disputa por las siglas del FER, como una forma de buscar entroncarse con la tradición política sanmarquina. Pero, como fácilmente nos podemos imaginar eran el grupo con menos "derechos" para entrar en esta disputa, justamente por su carácter ajeno a lo que había sido el núcleo izquierdista en las décadas pasadas, terminando, como señalamos en el acápite anterior, convertido en "el FER de la rayita", sin que este

intento de parecer "más sanmarquino", insistiendo en el nombre de los otros, le reportara mayores beneficios políticos.

Destaca también en el grupo lo que podemos señalar como "un discurso más coherente, racional y hasta eficaz, que contrasta con la violencia e irracionalidad de los otros" como apunta Kudo. Racionalidad que en el caso de VR y también de su sucedáneo, el PCR, no era ajena a cierta erudición marxista de la que se preciaban algunos de sus militantes. Carlos Alberto González recuerda, por ejemplo, que cuando en el Ciclo Básico hubo que escoger el curso de idioma que cada estudiante iba a llevar, todos los de VR optaron por el francés, a pesar que "la masa" prefería el inglés, sin embargo, podía más la moda sociológica, que en ese momento tenía su centro en París, que el lugar donde iban las mayorías, se supone objeto de su interés político. En este mismo sentido Roberto Kriege señala que "Nuestro entendimiento era excesivamente racionalista y el juego entre la razón y el sentimiento era mejor desarrollado por los 'antifascistas', que eran los que conducían el movimiento". Lo que nos hace pensar que esta aparente mayor racionalidad más bien alejaba a la mayoría de los estudiantes de quien se mostraba tan coherente, quizás porque en esta coherencia veían elementos culturales que les eran ajenos y muchas veces indecifrables, tomándolos más bien como una barrera para acceder a la comprensión de los fenómenos que les buscaban ser explicados.

Sin embargo, la ruptura de VR, que da como resultado al PCR, sí va a producir cambios significativos en el desarrollo de esta tendencia. Este último grupo actúa en la universidad como Juventud Comunista Revolucionaria, JCR, dejando paulatinamente de aparecer recuperando el FER, lo que les da una identidad relativamente autónoma, así como un perfil político más claro. Un militante de esta tendencia en Medicina recuerda que este atrevimiento motivó iracunda reacción de los demás grupos, en particular de los "antifascistas", que denunciaban el asunto como una complicidad con la política para desenmascarar la verdadera identidad de todos los partidos universitarios.

Junto con este cambio de nombre, la JCR empieza también a desarrollar una agresiva política de lo que en el capítulo anterior denominamos "reformismo consecuente", que poco a poco empieza a ser compartida, aunque con grandes dificultades por Patria Roja por

su actitud ambivalente frente a las reformas que señaláramos en el acápite anterior. Remarco lo de "consecuente" porque se trata de una política que parecía buscar mejorar las condiciones de desarrollo institucional de la universidad, a diferencia del reformismo que sólo pretendía ganar correlación de fuerzas o de quienes negaban la posibilidad de hacer reformas. Este punto de vista se ve favorecido por el ámbito de desarrollo inicial del grupo: la Facultad de Medicina, cuyos estudiantes eran más sensibles que en otras especialidades a las condiciones académicas de profesionalización, al mismo tiempo que la hiper-ideologización ensayada por el anti-fascismo tenía también allí un auditorio más reducido.

Podríamos decir que la expansión de la influencia de la JCR, a pesar que sus características étnicas y clasistas en San Marcos sólo cambian ligeramente respecto de VR, se debe a que intenta en alguna medida presentarse como algo distinto a los grupos hegemónicos, en un momento, de 1977 en adelante, en que estos se habían agotado como posición. Ahora bien, el que no llegaran a imponerse, como no cesa de repetir González, a pesar que ganan electoralmente, quizás se deba a que no pueden romper con el juego político sanmarquino de muchos años atrás, en el que lo único que vale es la derrota de un grupo por otro, sin importar las formas de entender y hacer política que estaban en debate, porque estas, si bien podían tener representantes característicos, en realidad atravesaban a todos.

Otro elemento que condiciona favorablemente el desarrollo de esta perspectiva es la pertenencia de la JCR a la estructura de un partido con proyección nacional, que intenta captar los cambios que se producen en la situación política nacional. Ello le permite una fuerza adicional en su ofensiva contra la "no participación" de los "antifascistas", encabezando a todos los demás grupos opositores en la victoria de 1979, que a estas alturas ya se vive como parte del clima electoral nacional, fruto del cual la izquierda empezaba a ocupar puestos en el Estado.

El relativo éxito político de la JCR no logra, sin embargo, expresar una identidad sanmarquina de la manera como lo había hecho el FER "antifascista", de allí que su liderazgo sea efímero y lleno de dificultades.

d) Unión Estudiantil

Existe, por último, un grupo que merece ser mencionado por la importancia que tuvo en la lucha contra el Ciclo Básico, a principios de la década. Se trata de Unión Estudiantil, UE, que llevó adelante una conducción inédita de un movimiento de masas, teniendo además una conformación interna también particular.

Las condiciones de la lucha contra el Ciclo Básico ya explicadas en el capítulo anterior, permiten el desarrollo muy amplio de las instancias propias del gremio estudiantil, me refiero a la asamblea de salón, las asambleas de delegados de salón y las asambleas generales de estudiantes de todo el Ciclo Básico. UE nace precisamente de la organización de los delegados de salón, del primer grupo de ingresantes a esta forma de "Estudios Generales", los ingresantes de 1970. Rafo Ojeda, que participa en ese impulso inicial nos relata: "con cerca de catorce, quince delegados, que éramos dirigentes de nuestros respectivos salones, se forma esa organización que se denominó 'Unión Estudiantil'". Pero este nacimiento, si bien tuvo la gran virtud de basarse muy directamente en los representantes directos de los estudiantes, no fue espontánea, porque hubo un pequeño grupo político que influyó decisivamente. Se trata de una fracción desprendida también del tronco maoísta de los sesentas, pero que a diferencia de todas las demás no sufre una "izquierdización" acelerada, sino que busca puntos de encuentro entre las diversas tendencias comunistas. Su pequeñez y gran clandestinidad, no ha dejado ni siquiera el nombre como recuerdo, pero serán dos de sus militantes, según Ojeda, los que iniciarán trabajo político en San Marcos, matriculándose como estudiantes del Ciclo Básico. Ellos son los que luego de muchas conversaciones previas, le plantean organizarse: "Finalmente uno de ellos me invita a tomar un café y dice: 'mira, vamos a formar un grupo político, no, no un grupo político, un grupo estudiantil totalmente independiente de todos los grupos existentes'".

En un primer momento, el grupo mantiene su organización muy ligada a las instancias gremiales que le dan origen, en especial al Centro Federado de Ciclo Básico, que es ganado por UE en forma arrolladora, desarrollándose alrededor de "reuniones de esclarecimiento político", que realizaban en forma de asambleas de activistas

los días sábados. Posteriormente, conforme ingresan nuevas promociones al Ciclo Básico, forman círculos de discusión más permanentes y ordenados. Las relaciones con el núcleo de dirección clandestina, que indudablemente conducía al grupo son mantenidas rigurosamente ocultas y son conocidas sólo por unos pocos militantes, al punto que Lolo Vargas manifiesta que cuando se dio cuenta de ellas se sintió tan defraudado que decidió renunciar a UE e incluso a la actividad política estudiantil, por el brusco contraste que encontró entre una actitud tan abierta como la de UE y el que también detrás de ella existieran núcleos clandestinos.

Pero Unión Estudiantil expande su influencia también por el tipo de discurso que desarrolla. El Ciclo Básico fue un "Programa Académico" que las autoridades de San Marcos implementaron en un lugar fuera de la Ciudad Universitaria, como una forma de librarse de la influencia de "los izquierdistas de la Ciudad" el nuevo experimento. Hecho que tuvo influencia en las características del grupo que apareció, tal como señala Ojeda: "Los principios de UE eran, me acuerdo, contra la politiquería, el carnerismo, las decisiones de las minorías que las mayorías tenían que cumplir". Tal era el ánimo contrario que González, enviado por VR, recuerda, que la primera vez que intentó hablar en una Asamblea de Ciclo Básico fue callado a los gritos de: "¡Fuera la Ciudad!". Esto les da una personalidad propia como movimiento, agregándoles fuerza en lugar de restarles y obligando a los otros grupos izquierdistas a sumarse a la lucha, por la magnitud que llega a tomar la participación de la base estudiantil.

Esta crítica tan dura a la izquierda sanmarquina anterior los lleva, sin embargo, a plantear una ruptura con lo que había sido la tradición política en la universidad que a la postre les traería problemas. "UE, nos decía que éramos sanmarquinos, pero unos sanmarquinos distintos a los otros, que no éramos tirapiedras, a pesar que salíamos tantos a la calle que muchas veces hacíamos correr a la policía, a pura piedra", señala González. Y esa distinción entre unos y "los otros" era muy marcada en Ciclo Básico, no tanto por la ausencia de violencia, recurrente, sobre todo en los tramos finales de la lucha, sino por cierto orgullo en el estudiante promedio que se sentía protagonista y "representado" por sus dirigentes. Pero los problemas vinieron cuando se terminó Ciclo Básico y los estudiantes pasaron a las facultades, en ellas

los de UE aparecieron aislados, en un ambiente distinto con el que no tenían mayor relación y en el que además los atacaban como a una peste.

Otra característica era su actitud frente al gobierno militar, diferente también que la de los demás grupos en San Marcos. Reconocían aspectos positivos en las reformas del velasquismo y señalaban la necesidad de apoyarlos. Incluso Kriege, que militó en UE antes que en VR, llega a afirmar que "UE hacía aparecer la lucha del Ciclo Básico como una lucha contra las autoridades y no contra el gobierno". Si bien fueron muy atacados desde un inicio por esta posición, abiertamente provocadora en un medio como el sanmarquino, ello no les hizo mucha mella durante el Ciclo Básico, donde la discusión "política" no era lo más importante, el problema, al igual que respecto a la ruptura con la tradición anterior, vendría luego, cuando todos pasan a especialidad, allí es que el propio Kriege agrega que la posición ambigua frente al gobierno militar es decisiva para que perdiera vigencia.

e) Los requisitos del espectro sanmarquino

Como podemos observar, el espectro partidario sanmarquino, si tomamos como punto de comparación la escena política nacional, es bastante estrecho. Para hacer política, había que estar contra el gobierno, las autoridades universitarias, ser marxista-leninista-Pensamiento Mao Tse Tung, condenar al "revisionismo" soviético, acatar lo que se suponía que aprobaron las bases y priorizar prácticamente en forma absoluta los mecanismos de presión directa. Quien se alejaba de estas características era condenado y marginado, siendo muy difícil que pudiera incrementar su influencia, y más bien algunos grupos que en un primer momento no compartían el dogmatismo reinante se sumaron a él. El trotskismo, por ejemplo, que siempre se ubica en el ala radical del marxismo, era tolerado siempre y cuando no creciera ni fuera muy insolente, tomándolo más como una curiosidad del ambiente. No se trata pues de un espectro que permitiera siquiera la acción del conjunto de la izquierda, menos todavía de algún partido de centro o derecha. Pero paradójicamente ello tampoco aliviaba la tensión entre los diversos grupos, sino más bien la multiplicaba, dando la impresión que en espectro tan pequeño no cabían todos, desarrollando una agresividad que no parecía ensayo de la que

IV. Los "partidos universitarios"

tendrían contra "el enemigo de clase" sino más bien el enfrentamiento último y definitivo por la revolución. Quien dude, que converse con los empleados del comedor estudiantil de Cangallo, testigos de cuántas veces las charolas volaron por los aires, cual saetas, para abrir la cabeza de algún ocasional oponente.

4. El camino de lo no revelado

"El camino de lo no revelado", así describe Roberto Kriege, la tortuosa vía que lleva a las profundidades ocultas del partido, señalando que su primera impresión de la política, en 1971, cuando asiste a una asamblea de delegados donde discutían dirigentes mayores, era que detrás de los puntos en debate se movían intereses que no llegaba a percibir, "la política de cerca, era sinónimo de doblez, de lo escondido, de lo que escapa a tu conocimiento y control, de algo que no está nítido ni siquiera para los que pertenecen a las agrupaciones en juego", agregando que esto para él fue un contraste duro con la "transparencia" de las ilusiones que traía de secundaria. Continúa señalando que el misterio construido alrededor de esta vocación por la clandestinidad indudablemente que era un atractivo más para continuar en la militancia e ir descubriendo nuevas y nuevas cosas, misterio que además estaba pensado para no terminar nunca, porque "cuando entré a una organización creí que lo oculto se iba a terminar, pero no fue así, detrás de cada cortina que abría, aparecía otra más, terminé por conformarme y pensar que así debía ser". Tal era la fuerza de lo clandestino y tan interiorizado llega a estar en los militantes, que Franco Vignati confiesa que cuando el Secretario General de su partido, el PCR en ese entonces, empezó a aparecer públicamente, él junto con muchos de sus camaradas en el Centro de Estudiantes de Medicina, estaban seguros que detrás de quien salía públicamente debía haber alguien que se mantenía clandestino y era el verdadero jefe. El mito de la clandestinidad casi absoluta alcanza así proporciones inimaginables que lo convierten para el radicalismo en condición indispensable de cualquier proyecto transformador.

La primera ley de estas estructuras interiores era entonces el secreto, nadie debía enterarse de quién militaba en los partidos ni menos aún de quiénes eran los dirigentes, a pesar que en muchos casos la militancia fuera obvia, pública y notoria, por las propias tareas

políticas que se cumplían. En último caso se podía aceptar que se aludiera al partido, pero no que se le mencionara por su nombre. Esta característica va de la mano con la aplicación de rígidos esquemas de corte leninista, como intentos de compartamentalización celular, que según Krieger tenían la gran virtud de ser ineficaces, obligando a la creación de múltiples "organismos grises", es decir organizaciones de mediación con las masas, como los frentes, o las ilusiones de frentes ya mencionadas, que lo más que hacían era hacer crecer las siglas a través del manido recurso del guioncito, pero nada más.

La justificación que todos encontraban, de primera intención a la existencia de mecanismos clandestinos, era la represión policial, efectivamente existente, aunque no masiva, sino tan sólo en determinados momentos en el período de estudio. Pero explicar el problema nada más que por la represión policial, o la "represión del estado burgués", es tomar en cuenta una parte del problema, importante por cierto, pero no la única. También hay que abordar el papel que jugaba la clandestinidad dentro de los partidos, en especial en las relaciones entre dirigentes y bases.

¿Por qué entonces la persistencia de estructuras tan cerradas en el ambiente universitario? Parece ser que la razón estaría dada por la utilidad fundamental que tenían para la élite dirigente en su conservación y reproducción como tal. Eran estructuras desde las cuales podían manejar los hilos del poder protegiéndose del influjo de la masa, a quién paradójicamente buscaban interpretar y conducir, así como también de la propia militancia de base de sus organizaciones, sobre la que de esta forma, tenían un control más estricto.

La participación en este tipo de estructuras volvía al militante de izquierda en la universidad un tipo sectario para sus compañeros de estudios, que se manejaba con un lenguaje distinto, buscándolo conservar porque lo distinguía y le daba cierto "status" frente al resto, pero también lo marginaba porque ya no le era posible compartir muchas de las inquietudes académicas y/o mundanas de los otros estudiantes. Ir a clase era "pecaminoso" para el dirigente estudiantil de la época y acudir al billar o a tomarse unas cervezas, podía considerarse hasta corrupto. A tal punto los partidos se convertían en secta, que lo separaban también de sus amigos de barrio y de su propia

familia, como relata Krieger: "No había medio familiar para el militante, su medio era la reunión de célula". Este sectarismo se traducía también en el desprecio de que era objeto aquel que dejaba las filas partidarias, convirtiéndose en un "apestado" para sus ex camaradas, que comentaban "se quebró", como si el sujeto hubiera sufrido una fractura íntima e irreparable.

Pero la relación de estas estructuras partidarias con las masas tiene matices que es importante resaltar. Había la idea que el FER "antifascista" tenía una relación "más democrática" con los estudiantes, porque expresaba una gran sensibilidad por sus demandas espontáneas, y que tanto Patria Roja, como VR y el PCR, se veían limitados en su acción por tener que encuadrar las demandas estudiantiles dentro de los intereses globales de sus partidos, que por su dimensión trascendían la universidad. Por un lado, entonces, se identificaba espontaneidad con democracia y, por otro, se incidía en que la dinámica de aparato que tenían los partidos con proyección nacional los alejaba del claustro. Existiendo en estos puntos de vista varios elementos de verdad, no se atendía a un aspecto fundamental: la forma como se tomaban las decisiones. Aquí, unos y otros se parecían tanto en la concepción como en la práctica, por más que verbalmente se refirieran hasta el cansancio al carácter y la connotación democráticas de esta relación fundamental. Tanto Antonio Ruiz como Roberto Krieger, desde puntos de vista opuestos afirman que nada se decidía si antes no se adoptaba "arriba" un criterio. Ruiz es muy claro cuando señala que la misión de los militantes era "auscultar" el sentimiento de la base, para luego "discutir y tomar una decisión" que se "bajaba" al FER y los gremios que dirigían. Mientras que Krieger reconoce que se buscaba "la mejor manera de imponer las cosas, la más aparente y menos vulgar de todas". El sentido de las decisiones era entonces claro: de arriba hacia abajo, y los que querían hacer política participando en esas decisiones sabían entonces que no quedaba otra alternativa que llegar a esos reducidos núcleos de dirección para participar plenamente en la vida política universitaria.

5. ¿Quién juega el partido de fondo?

En todos los casos tenemos que los partidos son organizaciones de élite, con una circulación más bien lenta entre sus cuadros dirigentes,

y que, formaran o no parte de estructuras nacionales mayores, su característica era básicamente universitaria y más precisamente restringida a la lucha entre las cúpulas del movimiento estudiantil, donde la "masa" era una referencia de mayor o menor incidencia dependiendo de cada coyuntura.

Ello explica que la fuerza predominante en la época, el FER "antifascista", fuera el grupo más universitario de todos, llevando la arbitrariedad del radicalismo sanmarquino a niveles extremos, porque de esta forma aparecía como teniendo todos sus intereses centrados en San Marcos, sin el "oportunismo" que podía significar atender a los intereses más generales de una organización política nacional. Esta circunstancia, sin embargo, puede explicar también el carácter temporal del grupo, que nace, se desarrolla y muere en la década de los setenta.

No sucede lo mismo con las otras tendencias, por lo menos con Patria Roja y Vanguardia Revolucionaria – Partido Comunista Revolucionario, atrás de lo cual está su carácter de partidos que trascendían el ámbito universitario, lo que, paradójicamente es una circunstancia que les resta fuerza en los setentas pero que a la postre les permite derrotar al grupo “anti-fascista”.

Sin embargo, en ningún caso, las alternativas partidarias logran desarrollarse como fuerzas capaces de ir más allá de la política menuda, de lucha por reivindicaciones inmediatas y agresiones mutuas, que las caracterizaba. No logran superar su carácter de "partidos universitarios", para forjar un movimiento estudiantil que se convirtiera en una fuerza de repercusión e incidencia nacionales, en cualquiera de las opciones en juego, ya fuera una utopía violentista o una reforma profunda de la universidad. No se convierten por ello en vehículos de politización cabal de los estudiantes, sino que más bien permanecen como "propiedad" de pequeños grupos, desestimando en muchos casos las posibilidades de la politización juvenil.

Epílogo*

Quisiera, como parte del corolario final del trabajo, referirme a lo que cada uno de los ocho entrevistados principales hace y piensa hoy, de su actuación universitaria. Sin ánimo de causalidad sino únicamente como referencia, de cómo la historia colectiva trasciende o no en sujetos individuales.

Javier Vásquez. Está terminando Sociología en San Marcos y haciendo los trámites para graduarse. Dice que le gustaría enseñar en su Facultad, pero teme el sectarismo de sus antiguos rivales que hoy ocupan posiciones de poder. Enseña al mismo tiempo computación a niños y dicta clases en colegios secundarios. Es además un asiduo estudioso de filosofía, señalando que tanto la computación como la "filosofía clásica" son altas expresiones del pensamiento burgués, de las que uno no debe mantenerse alejado.

Se ratifica en lo fundamental de su actuación universitaria, señalando como logros significativos, el haber impedido que se implementara en San Marcos el "departamentalismo" preconizado por el Decreto-Ley N° 17437, así como que se consumara la "intervención militar", que sigue considerando era inminente. Sin embargo, cree que el movimiento estudiantil y en especial su grupo, el FER "antifascista", no le dieron la debida importancia al aspecto "cultural" del problema

* Cuando me refiero a lo que son y piensan hoy los antiguos líderes sandinistas, me estoy refiriendo a mediados de 1985.

universitario, politizando muchas veces en exceso su actuación. Achaca esta deficiencia a la falta de un Partido maduro que señalara el camino, así como a una mala lectura de Mao y Mariátegui, porque cree que estos pensadores ya habían planteado acertadamente la cuestión.

Antonio Ruiz. Es sociólogo y enseña en una universidad en Lima. Ha concluido estudios de maestría en su especialidad y actualmente elabora la tesis respectiva. Está retirado de la militancia, señalando que él y los que pertenecieron a su grupo en San Marcos se han tomado unas "vacaciones políticas".

Es muy autocrítico sobre su actuación y la del FER "antifascista" en la década del setenta. Señala que el error fundamental del grupo es no haberse dado cuenta que la situación política del país cambia de 1976 en adelante, no percibiendo por ello el significado del Parlamento ni de los procesos electorales. Dice que eso se debe al clima dictatorial en que surgieron a la política y a la "literatura violentista" en que se formaron, donde la violencia era tomada como un mito. Condena la fobia con que trataban a los intelectuales por el sólo hecho que "en su mayoría eran amigos de otros partidos", así como lamenta el no haber aprovechado su paso por la universidad para formarse académicamente.

José Mendoza. Es economista y dirige un importante centro de estudios empresariales en Lima. Se encuentra retirado de la actividad política aunque mantiene vivas sus simpatías por la izquierda.

Considera que el aporte más importante de su generación ha sido la multitud de dirigentes políticos que están hoy en diferentes partidos y gremios, dentro de la Izquierda Unida, señalando que estos son la "levadura orgánica" de ese frente. Es bastante crítico, sin embargo, de la contribución del movimiento estudiantil a la universidad, señalando más bien que el desprecio por la institución ha contribuido a un serio "decaimiento académico".

Mario Kudo. No ha terminado su carrera de sociología en buena medida por su dedicación a la política. Actualmente trabaja en un centro de promoción social y mantiene intensa actividad militante.

Cree que la contribución más importante de la generación de líderes universitarios del que fue su partido, Vanguardia Revolucionaria, ha sido su integración como dirigentes políticos con el movimiento popular, a diferencia, señala, de sus rivales del FER "antifascista", entre los que dice que predomina la frustración y la marginación de la actividad política. Considera, sin embargo, que aún está por desarrollarse una dirigencia plebeya, surgida del propio pueblo, que pueda reemplazar a los actuales dirigentes izquierdistas que provienen en su mayoría de sectores sociales acomodados.

Rafael Ojeda. Es Ingeniero Industrial y Gerente de una empresa que da servicios técnicos a diversas fábricas. No se muestra interesado en la actividad política militante, aunque manifiesta simpatizar y eventualmente colaborar con la izquierda.

Continúa muy orgulloso del movimiento que contribuyó a dirigir contra el Ciclo Básico, a principios de la década que estudiamos, así como de los aires renovadores que este trajo a la universidad.

Roberto Krieger. Es médico y trabaja en el campo de la medicina preventiva en el medio rural. Remarca su retiro voluntario de la actividad política militante, señalando que de esta forma ha podido reflexionar mejor sobre su experiencia y desarrollar su compromiso con el pueblo a partir del ejercicio de su profesión.

Cree que la contribución más importante de su tendencia, Vanguardia Revolucionaria primero y el Partido Comunista Revolucionario después, fue el iniciar un movimiento de renovación de la política sanmarquina, que permitió, entre otras cosas, participar en el gobierno de la universidad. Señala, sin embargo, que esta participación no terminó con los antiguos vicios del movimiento estudiantil, en particular, con la dictadura que los estudiantes están acostumbrados a ejercer sobre el resto de los estamentos. Se encuentra en buena medida decepcionado de su experiencia como líder, diciendo que si bien fue una de sus vivencias más significativas, también implicó una "auto-destrucción", en términos personales muy grande, para concluir afirmando que "si volviera a nacer, escogería volver a vivir todo esto, pero sólo un año".

Rodolfo Ortega. Es abogado, dedicando buena parte de su tiempo a defender presos políticos y sindicatos en conflictos. Se mantiene ligado a la política a través de su profesión.

Considera que el movimiento estudiantil sanmarquino sí tiene logros significativos, como fueron la expulsión del APRA de la universidad, la eliminación del Ciclo Básico, la defensa de los gremios estudiantiles; que luego permitirían los avances democráticos actuales. Señala también que el liderazgo de varios de los partidos de izquierda nace en la universidad, poniendo el caso de "Patria Roja", como un ejemplo de ello a nivel nacional. Sin embargo, cree que no se deslindó suficientemente con las posiciones más extremas, permitiendo su avance ideológico en el movimiento, a la vez que el excesivo sectarismo perjudicó las posibilidades de la izquierda para formular un proyecto alternativo.

Carlos Alberto González. Es médico, trabaja en el campo de la medicina preventiva y ha empezado a enseñar en la Facultad de Medicina de San Marcos. Mantiene su vinculación con la política a partir del ejercicio de su profesión.

No cree que el radicalismo político de su época fue beneficioso para San Marcos y considera que el movimiento autocritico que su grupo, VR-PCR, impulsó, no ha sido continuado. Le parece, asimismo, que la mayoría de los integrantes de su generación no ocupan todavía los puestos que debieran, pero se mantiene optimista señalando: "San Marcos se tiene que empatar con la historia".

Conclusiones

1. El radicalismo sanmarquino de los setenta es una forma de hacer política atravesada por una aguda contradicción entre su discurso y su práctica efectiva. El primero se caracteriza por proclamar la autonomía del movimiento frente a cualquier forma de autoridad institucionalizada, universitaria o nacional, por su apelación constante a las "masas" como fuente de poder y sujeto político, por su negación a la negociación y por la reiteración de sus planteamientos estratégicos de largo plazo acerca de una sociedad totalmente nueva y antinómica de la actual como exclusiva y verdadera solución a los problemas existentes. Todo esto en la clave ideológica de una variante del marxismo, el maoísmo, propuesta teórica cerrada en la que se podía encontrar, vía lecturas y relecturas, la solución a los problemas concretos.

La práctica efectiva llevaba, en cambio, a exigir demandas inmediatas a autoridades específicas, que cualesquiera que ellas fueran eran siempre vistas en relación utilitaria y consecuentemente despreciadas como la punta del iceberg "feudal-imperialista". Ello, sin embargo, no evitaba negociar necesariamente, previa acción de fuerza, y poder satisfacer la reivindicación, las más de las veces sectorial y corporativa del grupo estudiantil movilizado, a la par que colocar allegados entre la docencia y los trabajadores.

En la dicotomía de esta política estriba la fuerza para convertirse en característica distintiva del movimiento universitario sanmarqui-

no, pero también en ella está su vulnerabilidad como posibilidad de transformación social. Promete el cielo y consigue un cartón (o diploma universitario) y diremos que ambos, dirigentes y bases, creen sinceramente en el cielo y en el cartón. Pero esta dicotomía profundiza un aislamiento que venía de atrás y tiene que ver con la actitud frente al resto del movimiento social. Por el sectarismo, propio de su discurso, se aleja de él, a pesar quizás del movimiento universitario y a pesar incluso de la cercanía de los cordones industriales (Avenidas Argentina y Colonial) poblados por una clase que debía dirigirnos a todos pero que estaba influída por el "reformismo" y el "revisionismo".

2. Pero el radicalismo en cuestión tiene condiciones en el movimiento universitario que explican su surgimiento, antecedentes en el proceso social mayor que ayudan a comprender el liderazgo radical y un punto de partida en política nacional y universitaria sin el cual quizás no se hubiera dado este fenómeno particular de radicalidad política.

Las condiciones más globales están dadas por la dificultad de expresión en la universidad de los cambios ocurridos en la sociedad peruana, me refiero específicamente a la multiplicación de espacios políticos en el terreno social que le quitan a la universidad su carácter de espacio privilegiado de debate, protesta e influencia políticas de otrora, en los tiempos del Perú oligárquico. El no asumir su pérdida relativa de importancia política lleva a la universidad y en especial al movimiento estudiantil a un comportamiento crecientemente arbitrario frente al resto de la sociedad y a un consecuente aislamiento.

Los antecedentes en el proceso social del liderazgo radical los encontramos en el fenómeno de movilidad social, expresado sobre todo en la migración, cuyas exigencias van a marcar en forma definitiva a casi todos estos jóvenes. Deben ser alguien en la vida, y la política se convertirá así no sólo en un deber sino también en un objetivo en esta perspectiva. Mención especial merece en este sentido específico lo que hemos señalado como "decadencia de status" de las familias o los individuos que migran. Contra esta decadencia el mundo de la política, su oferta de heroísmo y la posibilidad en él de desarrollar posiciones de liderazgo se convierten en una tentación para alcanzar la reivindicación personal de los suyos y del conjunto social.

Pero el punto de partida que crea las condiciones políticas inmediatas para este tipo de radicalismo es el golpe militar del 3 de octubre de 1968. Este cierre de los canales de participación política a nivel estatal y su repercusión en una legislación universitaria abiertamente represiva van a estimular el desarrollo de características que venían incubándose desde una década atrás. A primera vista podría parecer curioso que un gobierno destacado por sus audaces reformas sociales tuviera semejante relación con la universidad. Sin embargo, si tomamos en cuenta que es justamente éste el gobierno que impulsa la organización de la sociedad y la multiplicación de espacios a la que aludíamos líneas arriba, podríamos decir que es también por ello que choca con San Marcos y su recurrente incapacidad para reencontrarse con los tiempos.

3. La clave ideológica en que se expresa este radicalismo es el maoísmo. Una versión particularmente dogmática del marxismo, que tenía como paradigma la Revolución Cultural China, contemporánea al movimiento estudiado. No deja de ser relevante para la difusión que alcanza el maoísmo la importancia que le asigna al campesinado y a la energía juvenil, en un medio caracterizado precisamente por su juventud y su relación con el campo, vía la migración. Otro elemento en este sentido es que se trata de una versión marxista incontaminada con la democracia y en alguna forma ajena a ella en su gestación y desarrollo, lo que era útil para explicar un mundo caracterizado por la exclusión y la confrontación. Este discurso se caracteriza también por la simpleza de exposición, su planteamiento teórico cerrado y el afán de buscar la verdad en los textos "clásicos", lo que predisponía a obedecer a los dirigentes y aceptar las interpretaciones que ellos tuvieran de los acontecimientos. Ello configuraba un carácter profundamente anti-intelectual, pretexto del facilismo académico reinante en la época pero también mecanismo de defensa frente al mundo institucionalizado que los agredía y que las mayorías estudiantiles deseaban conquistar. Fue tal la compatibilidad del maoísmo con las expectativas estudiantiles que su impronta terminó por permear a casi la totalidad de las tendencias, incluso enconadamente adversarias, dentro del movimiento.

Este maoísmo, sin embargo, fracasa como ideología de revolución social. No logra transformar los objetivos y expectativas que los

estudiantes traen a la universidad en la voluntad política de un movimiento universitario que tenga proyección en la sociedad. El maoísmo sanmarquino cae así víctima de su propia contradicción interna al no articular utopía con reivindicación inmediata y quedarse solamente en esta última. Sirve entonces para organizar un discurso de ascenso social a través del cual importantes sectores de clase media baja buscan integrarse a la precaria modernidad peruana.

4. A contrapelo de la autoimagen como "fuerza democrática" que el radicalismo proclamaba del movimiento estudiantil este plasma tanto en su práctica como en su discurso un profundo autoritarismo. La autoimagen tiene como efectivo punto de partida las luchas del movimiento por un mayor acceso de los jóvenes a la educación superior, la oposición a dictaduras e imposiciones y la defensa de su existencia como fuerza independiente, sin embargo, todas estas banderas se llevan adelante a través de estructuras organizativas que implican mecanismos de decisión y movilización verticales, de escasa participación real de las bases. Esta concentración del poder limita seriamente las posibilidades de politización juvenil, no sólo en el sentido político inmediato sino también en términos más amplios de vinculación de la carrera profesional de cada estudiante con las necesidades de desarrollo y transformación del país. Al mismo tiempo, el autoritarismo retroalimenta su arbitrariedad frente a la sociedad y coadyuva a profundizar el aislamiento.

5. El movimiento prefiere como expresión política a los grupos cuya racionalidad se acerca más al mundo tradicional, en un continuum que podemos señalar como: provinciano, andino, rural. Son también estos los grupos que desarrollan una lógica acentuadamente corporativa (los estudiantes vs. el resto), como una forma de asegurar el logro de sus objetivos. Esta preferencia se da en detrimento de las organizaciones que expresan otra racionalidad, más cerca del país moderno, urbano e intelectual y por ende con una lógica más nacional. Lo curioso del fenómeno es que se utiliza un vehículo cercano a lo tradicional para integrarse supuestamente al mundo moderno. De lo otro se desconfía, se le siente lejano a su experiencia, quizás por estar presentado con una sofisticada coherencia usual entre los que detentan el poder.

6. El radicalismo sanmarquino nos muestra la complejidad y las dificultades de hacer política en una sociedad atravesada por vastos procesos de movilidad social que las más de las veces no encuentran cauces de realización. Por ello aparecen en los diferentes actores en pugna en este escenario universitario las sombras regresivas de los ambientes sociales de donde provienen. Tomando ejemplos polares, de un lado tenemos al pequeño gamonal arruinado incapaz de superar la tragedia de la Reforma Agraria que se proyecta en la figura del líder estudiantil procedente de la provincia que recrea en el movimiento un autoritarismo nostálgico eco de un mundo pasado. Del otro, la insolencia de patrón burgués, portaestandarte de la coherencia y sofisticación intelectuales que reclama el monopolio de la lógica y la racionalidad, por ello de la comunicación con el país moderno y actuante.

7. Por último quisiera resaltar la persistencia de este radicalismo como la forma política distintiva de San Marcos a pesar de la desaparición de algunas de las causas y condiciones que le dieron origen. El radicalismo persiste porque en los setenta se cristaliza como una ideología de ascenso social organizada en discurso político revolucionario, cuestión que le da, o al menos debiera darle, legitimidad frente a la comunidad universitaria y al resto de la sociedad. Una vez que se produce esta cristalización, mostrando su eficacia en la consecución de una nota, un título o una cátedra muy difícilmente se puede echar marcha atrás. La lucha de cualquier eventual fuerza progresista no sería ahora sólo contra las autoridades universitarias o el gobierno nacional de turno, sino también contra un ejército de pequeños intereses individuales que multiplica sus urgencias en un momento de crisis y además usa el prestigio de un discurso izquierdista.

Cierre o reflexión

Tuve un doblece que fue muy amargo de Luis Pardo. Desde los pueblos vino a visitarme porque vivía solo sus niños de huérfanos a Paracancha. Me contaba de sus aventuras, los diferentes lugares que visitó, las andanzas que dio, la juventud, cuando era un muchacho. Entiendo que me trajo muchas cosas, de la reforma agraria, de la lucha, de la militancia, nació particularmente la motivación a proteger las tierras que tuvo con ese doblece muy amargo porque recibió una carta indicando

Antonio Ruiz, un huaracino en la FUMS

La siguiente es una edición del testimonio de Antonio Ruiz, destacado dirigente de la Federación Universitaria de San Marcos entre 1973 y 1979.

I. Orígenes

Soy de Huaraz, nací el cincuenta. Mi padre también es huaracino, mi madre de Yungay. Ella es de un distrito de Yungay, es lo que Arguedas llama "misti" y los mistis se caracterizan por tener un desprecio terrible a los campesinos, ella es terriblemente anti-indígena. Mi padre es más mestizo, como yo pues. Todos desde mi tatarabuelo fueron agricultores básicamente. La generación de mis abuelos han sido arrieros, es decir transportaban mercadería desde Huaraz a Casma o a Lima.

Tuve un tío abuelo que fue muy amigo de Luis Pardo. Desde los nueve años yo iba a visitarlo porque vivía solo, sus hijos se habían ido a Paramonga. Me contaba de sus aventuras, los enfrentamientos, las peleas, los asaltos cuando llevaban la mercadería, camino a Casma o Lima. Este mi tío me contaba muchas cosas, de la revolución de 1930 también, había participado en la revolución aprista. El contacto que tuve con ese tío fue muy interesante porque recibí una cierta lección

de heroísmo, de aventura, de desafiar las cosas, algo así. De allí en mi familia no hay políticos, sólo este tío que te digo. Mi padre también se alistó en la revolución, pero de cocinero, se alistó porque pagaban. Tenía en ese momento veinte años, era un tipo jaranero que quería plata y el trabajo en la agricultura no era suficiente. Cuando vino la represión estuvo escondido un mes en el techo de una casa. Después, los hijos de otra tía sí son militantes del APRA y ahorita hay un diputado que ha sido elegido, primo mío. Mi padre tiene cinco hermanos pero ninguno de ellos milita, no hay políticos. Dice que uno de sus hermanos, el único que terminó la secundaria, él sí militó en el Partido Comunista. Otro más, que también terminó secundaria tuvo conexiones con el APRA.

Mi padre tiene múltiples ocupaciones, pero su ocupación central es la agricultura. Después de la revolución aprista se vino a Paramonga, a trabajar en la hacienda. Trabajaba en la hacienda de noche y durante el día daba pensión a los obreros, ganaba plata el hombre. Después se pasó al trabajo de construcción de la Panamericana, diez años más o menos estuvo en este trabajo. Acumuló cierta cantidad de dinero y regresó a Huaraz. Puso su cantina, restaurant y cantina. Cantina era de noche. Regresó a Huaraz el año cuarenticuatro más o menos. Se casó con mi madre y al poco tiempo enfermó del hígado. Lo trajeron a Lima de emergencia y lo operaron. Al regresar dejó el trabajo en el restaurante, puso una tienda de abarrotes y se compró un carro para transportar pasajeros por el Callejón de Huaylas. La tienda se cerró en el terremoto, funcionó hasta el setentituno. Luego era más rentable alquilarlo y lo alquiló al Banco de Crédito, ahorita lo tiene una compañía que vende maquinaria para las minas.

Mi madre estudió en Yungay un tiempo, después se vino a Lima y aquí estudió hasta quinto de primaria. Cuando regresó a Huaraz comenzó a trabajar de profesora, al año le conoció a mi padre y se casó. Abandonó el magisterio. Mi padre igualmente terminó solo primaria, los dos solamente primaria.

Soy el tercero entre mis hermanos. Son cinco mujeres y dos hombres, yo y otro menor. El otro ha estudiado Derecho, está terminando.

Yo quizás tenga más cariño por mi padre porque con mi padre he vivido las experiencias más vitales y que han determinado en cierto modo mi actividad, mi forma de pensar y de vivir hoy día. Cuando mi padre compró ese carro yo muchas veces lo acompañaba. Mi padre como resultado del trabajo en el restaurant hizo amistad con señadores, con diputados, con comerciantes, con mucha gente importante que tenía el poder local en Huaraz. Entonces cuando habían litigios de tierras iban los jueces, los abogados y lo contrataban a mi padre para hacer diligencias y yo muchas veces iba con él. Gran negocio eran esas diligencias para el abogado, el juez y para mi padre, porque él era el transportista y el que tenía que pagar todo eso era el que hacía el lío, el que estaba en los juicios. Yo de chiquillo veía un poco eso, dentro de los juegos, del querer conocer la región veía las dificultades y el esfuerzo que hacían los campesinos por tener que financiar todos esos gastos. Al regreso de una diligencia, por ejemplo, mi padre se venía con un saco de papas, el abogado con otro saco, se traían un carnero, en fin. O sea los campesinos pagaban en dinero y pagaban también en mercancía. Yo me ubicaba un poco con estos, o sea con los campesinos, porque hablaban con tanto desprecio los abogados, los jueces. A mi padre poco le escuché hablar en contra de los campesinos. Cuando se quejaba de ellos era solamente porque trabajaban muy poco, muy mal o muy lento. Allí hay una experiencia importante para mí: ver el conflicto que había entre los campesinos, los jueces, todo el poder local. Cuando yo tenía once o doce años fue mi primera impresión. Llegamos a un sitio y el cura tenía que hacer misa. Llegó muy tarde. Creo que la misa había sido programada a las nueve y nosotros llegamos a las once. El cura no hizo misa, porque yo veía las misas que se hacían en Huaraz ¿no? Habló, requintó, habló en quechua que yo no entendí muy bien. El cura exigía a gritos que le entreguen este, que le paguen y se vino con muchas cosas, gallinas, chancho, papas. Yo veía esto un poco como que el sacerdocio era un negocio y lo contrastaba con las películas que veía en el cine, de Cristo y los santos. Mucho les gustaba ese tipo de películas a mi madre y mis hermanas y yo iba cuando tenía siete u ocho años. Ahí me nació la afición de ser santo. Quería ser santo. Una especie de San Francisco de Asís, de San Jerónimo. Pero esta imagen se me fue borrando cuando veía a este cura que hacía estos negocios y a otro, un fulano que tenía hijas por todas partes, que enamoraba a las señoritas.

Este conflicto lo fui superando a partir de los doce años, pienso que ya me nació el deseo de ser político. El año sesentaidós llegó a Huaraz Haya de la Torre. También llegó Belaúnde. El sesentaitres fue Cornejo Chávez. Esa campaña fue muy importante para mí, fui a todos los mítines y recuerdo que tenía un poco una conducta de oposición desde temprano. El año sesentaidós voy al mitin del APRA y veo que la gente escucha con mucha devoción, con mucho respeto, con mucha fe el discurso de Haya. En ese momento yo estaba parado en la Plaza de Armas y viene una contramanifestación del Frente de Liberación Nacional. Los matones hacen un movimiento para repelerlos y yo quedo entre la gente del Frente de Liberación Nacional. Comenzaron las piedras y recibí una en la espalda, desde entonces quedé vacunado contra el APRA. De santo entonces pasé a mi afición por la política.

Cuando tenía cuatro años entré a estudiar Jardín. Después estuve en transición, primero y segundo año en una escuela fiscal, la 352. Mi paso por esa escuela fue bien importante porque venían hijos de campesinos que vivían a diez kilómetros de distancia. Venían con fiambre que consistía solamente en cancha, maíz tostado. Pero también en el salón estaban los hijos de la gente que tenía el poder local, hijos de magistrados, abogados, que sabían que el nuestro era buen profesor. Yo era el tipo de clase media que estaba entre la gente que tenía el poder y los hijos de los campesinos, los indios les decían. Bueno, sucede que en la escuela, creo que dos veces por semana los muchachos tenían que barrer el salón y toda la vida los que barrían eran los indios, nunca los hijos del poder local. Fue un chispazo que yo tuve de disgusto.

En cuarto de media voy a ser dirigente de mi salón y en quinto dirigente del colegio, o sea, presidente de la Asociación de Estudiantes. Aparte me eligen para ser director del radio periódico del colegio. Escribo un editorial sobre Javier Heraud, en mayo del 67, lo leo y el instructor de Pre-militar me lo pide; en junio escribo otro editorial sobre la necesidad de hacer la revolución en el Perú y el instructor también me lo pide. Los llevaba a la PIP. En julio se inaugura el Parque de las Américas en Huaraz y la bandera de Estados Unidos se pierde dos veces. Con un grupo de muchachos bohemios, dentro de la palomillada de la lucha contra el imperialismo, la perdemos. Un poco

que estaban contra Belaúnde y que se habían impactado con las acciones del Che y escuchaban Radio La Habana. El año 67 organizamos un círculo literario, el círculo "Javier Heraud", y a finales del 67 llega también un militante del PC "Bandera". Y después de todo el movimiento que hubo en la promoción no aceptaron que se llamase "José Carlos Mariátegui".

Pero lo importante que hicimos fue pensar en la creación de la universidad. Te estoy hablando del año 66, en esa temporada llegó un profesor de San Marcos y entusiasmó al director y a los profesores. Hicimos dos marchas: "Huaraz pide Universidad". Esta lucha tuvo su punto más alto el 68, vinieron dirigentes de la FUSM e incluso hubo dos muertos. Yo no estuve en esto último, ya estaba en Lima.

Pero en enero después de terminar quinto de media, cuando ya se había disuelto la Asociación y mucha gente estaba yéndose, me captura la PIP. Estoy detenido cinco noches. Me acusaban de haberme llevado las banderas, de haber hecho pintas, de haber sacado un volante en homenaje al Che. Me preguntaban por el mimeógrafo y quiénes eran los jefes. Me dio risa porque nadie dirigía era palomillada nomás.

II. Ingreso a la Universidad

Creo que es en el año 66 ó 67 que veo en Expreso unas fotos de marchas, movilizaciones que hace la gente de San Marcos exigiendo libertad y ya me nace la idea de ir a San Marcos. Otra cosa más fue que mi hermana vino dos años antes a Lima, a postular a La Católica. La acompañé cuando se inscribió y cuando fue a dar su examen y no me gustaba ese mundo. La mayor parte eran gringos y recordaba la fotografía, esa no era la gente de la masa, de la movilización de San Marcos.

No ingresé el primer año. No tenía capacidad de concentración, no podía estudiar. Un serrano que recién llega a Lima en pleno verano es difícil acomodarse, en segundo lugar yo estaba nervioso. El 69 postulo de nuevo a San Marcos e ingreso. Me integro al FUP (Frente Unico de Postulantes), estuve en dos asambleas y en otras dos movilizaciones. Todos a la Av. Venezuela a bloquear exigiendo más vacantes. Yo me preparé por mi cuenta, solo. Antes del examen de ingreso,

el 69, voy a una Asamblea del FUP y escucho a los dirigentes de la FUSM, me impresionan, yo ya escuchaba sus nombres, las pintas, los comentarios de la gente. Ya había leído la Segunda Declaración de La Habana, entonces veía que el lenguaje era parecido al de Castro. No sé como decidí leer marxismo, buscar textos de marxismo, y después de haber ido a una de esas reuniones fui al patio de Letras y el asunto es que ese día tenía poca plata y el libro más barato y grueso era un libro del PCCH (Partido Comunista Chino) de polémica con el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética). Y comienzo a estudiar marxismo en polémica con el revisionismo, de frente y bueno.

Pero ya el año 68 había hecho amistad con un muchacho de mi tierra. Para esas Fiestas Patrias fui a Huaraz y hubo una reunión de los universitarios ancashinos orientada a la creación de la universidad. Mi primer contacto con el movimiento político en San Marcos es el Movimiento Universitario Ancashino, el MUA. El año 68 hubo incluso un mitin por la creación de la Universidad en Huaraz. Fue en el Parque Universitario y habló el Presidente de la FUSM y la "Pastorita Huarcina". El MUA estaba hegemonizado por gente de Patria ("Patria Roja"), incluso mi paisano que era aprista termina pasándose a la izquierda. El me presta el Manual de Economía de la URSS y tuvimos varias conversaciones muy prolongadas, en el Parque Universitario recuerdo, luego nos íbamos a "La Muerte" (el comedor estudiantil de San Marcos), así me iban vacunando contra la gente de Bandera ("Bandera Roja"), la gente de Vanguardia ("Vanguardia Revolucionaria") y el APRA, más o menos ya dándome una orientación.

El examen de ingreso el 69 fue en febrero o marzo, pero las clases empezaron en octubre. Hubo dos grupos de ingresantes yo entré en el primero, tuve un buen puntaje. Cuando llego a iniciar clases justo habían elecciones para la FUSM. Llego a una polémica que hay en Letras, muy desordenada, totalmente desordenada porque mucha gente hablaba. Habían muchos parados encima de la mesa, eran los del FER y abajo los de Vanguardia. Un poco que me lleno de cierto pesimismo por ver ese espectáculo. El otro momento que me impresiona es cuando voy al comedor. Agarré mi charola y me fui a una mesa vacía, al poco rato llegaron otros y se sentaron a mi alrededor. Te cuento que ya había almorcado de curioso en otros lugares, me fui a

comedores populares, al comedor del APRA, pero allí había cierto mutismo entre los comensales. Aquí yo entré y me preguntan ¿qué tal? ¿cómo estás? ¿acabas de ingresar? un poco por mis expectativas, la carrera que había escogido, etc. Yo no tenía muchos amigos, solo me reunía de vez en cuando con paisanos y por eso esta familiaridad me entusiasma. Me hablaron con mucho cariño, como si fuera gente que conocía desde hace mucho tiempo, me fui contento a mi casa. Esa fue otra impresión, distinta a la impresión de división en la polémica.

En San Marcos no me sentía despreciado por ser provinciano o mestizo, diferente era en casa de mi hermana, donde llegué de Huaraz. Porque te diré que la mamá de mi hermana era de esas familias escogidas de Huaraz, era blanca ya anciana y sumamente despreciativa, despectiva de los indios, de los negros, de los cholos, de la gente que vive en la campiña. Mi cuñado era de una campiña de Huacho, entonces toda la vida cuando habían llos lo insultaban: "campiñero", "cholo", "negro", todo. Mi hermana era otra racista y los sobrinitos por consiguiente. Y bueno, había domingos que salíamos nosotros en grupo de amigos de Huaraz, con un muchacho que tiene su tienda de zapatos por allí por Palacio de Gobierno, y salíamos a cirar a las chicas y el primer insulto que nos daban era "serrano", "cochino", "cholo" y bueno recién en Lima escuché esto de serrano, cholo, porque en Huaraz nunca... pero en San Marcos no había, no había eso. Recuerdo también que cuando recién ingresé tuve una conversación con una chica de Vanguardia. Ella ya me había visto como un tipo de izquierda y un día me llama y conversamos y de diez palabras que pronunció más o menos siete eran lisuras. Entonces fue muy negativa la primera impresión que tuve de las chicas de Vanguardia, porque para mí las chicas de la universidad eran santas, no podían hablar lisuras, las lisuras estaban bien para nosotros, yo en el colegio era sumamente lisuriento.

El 69 ingresa una cantidad enorme de gente y veo que hay mucha gente pobre entre ellos. Yo en ese tiempo andaba con cierta cantidad de dinero, dinero que había acumulado en el trabajo. Mi padre también me mandaba plata, no me faltaba. Tenía comida asegurada, donde dormir, no tenía dificultades. Quizás sufría por no poder comprar un libro, porque prefería comer, eso sí de comer no perdonaba

¿no? Pero yo veía a otros muchachos que se quejaban, sufrían bastante, especialmente la gente que iba al comedor.

Después, cuando ya entro a intervenir con más fuerza en el movimiento, decido salir de la casa de mi hermana para irme a la Vivienda. Hablamos con mi paisano huaracino, que en ese momento era dirigente, y él me ofreció ubicarme. Hicimos una marcha, una movilización y tomamos el primer piso de la Vivienda. Esa fue mi primera experiencia violenta en Lima. En todo el primer piso de la Vivienda Universitaria funcionaban oficinas, yo no sé de qué, creo que eran lugares de archivo, donde guardaban documentación de la gente de Geografía, de Historia, y bueno el problema es que los informes que corrían es que los profesores de prácticas llevaban ahí a las chicas y las forzaban ¿no? para aprobarlas. Igualmente los informes que llegaban de la Vivienda de Grau era que bueno, esa Vivienda había sido construida para los estudiantes de provincias, pero ahí solamente se alojaban extranjeros, vagos internacionales. Entonces, a fines del 69, comienzos del 70, creo que antes de Navidad, nos concertamos un grupo de gente. Yo moví, más o menos a toda la colonia ancashina que estábamos en el MUA, que ya me había convertido en el dirigente del MUA, era el más entusiasta y el que leía más rápido en este grupo, en el grupo de los ancashinos nuevos que habían llegado. A todo el movimiento lo invitamos a movilizarnos para tomar la Vivienda. El asunto es que nos apropiamos de los cuartos y nos quedamos ahí varios años. Yo antes de esto ya había presentado mi solicitud a Bienestar Estudiantil para vivienda, la señora me había pedido un certificado de residencia y yo saqué uno que decía que vivía en Tahuantinsuyo. En Tahuantinsuyo vivía un amigo, un tipo que vendía cierres y trabajaba con mi cuñado. Saqué con dirección de su casa porque me dijeron que si yo digo que vivo en Balconcillo no me dan, entonces tuve que conseguir de una barriada. Bueno, al final nos quedamos en la Residencia (Vivienda Universitaria) y después ya se formalizó, vino la legalidad.

Realmente cuando llego a San Marcos la verdad es que no pensaba en ser profesional. Mi aspiración era estar en San Marcos, aprender marxismo, aprender política y en el terreno literario perfeccionarme, aprender a escribir, pero más que todo aprender política, después irme al campo ser otro "Che" convertirme en una especie de gue-

rrillero. Desde el colegio mi aspiración era ser héroe. Mi viejo me metía en la cabeza que sea abogado, pero cuando vine a Lima y fuimos a la PIP a sacar mi certificado me dio náuseas, luego fuimos con mi padre a ver a un padrino que estaba en la Corte Suprema, en el Palacio de Justicia y también salí con el hígado revuelto porque me recordaba el olor del calabozo de Huaraz. En la vida yo, un tipo que había parado mucho en la chacra, en el campo, ir a acabar mis años en el Palacio de Justicia, imposible. Yo vengo a Lima porque toda la gente de mi generación viene a Lima, empujado por la costumbre, a estudiar, por una especie de mecánica si se quiere. Pero en mi mente estaba el sueño de ser un héroe, una especie de líder, de jefe, de combatiente y cuando llego a la universidad y entro en contacto con la gente me doy cuenta que aquí puedo aprender, aprender política, aprender lo fundamental para ser dirigente revolucionario.

III. La Militancia Estudiantil

Mi primera experiencia violenta creo que fue el año 70, 71, cuando destruimos el tabladillo para Santana (cantante rockero). No sé de dónde habría partido la idea, la cosa es que una noche estábamos en mi cuarto con mucha gente más, ya mi cuarto para esto se había convertido en local público, y nos fuimos pues al estadio de la universidad. Yo veía que la gente daba rienda suelta a su espíritu violento, porque empezaron a destruir wáteres, baños que habían colocado, a romper eso y a destruir el tabladillo. Yo fui, los acompañé, pero... me entusiasmó, íbamos gritando. Aunque eso de destruir los baños no me pareció. Yo en ese momento no lo cuestionaba, lo dejaba pasar, me daba cierta risa en todo caso.

Yo empiezo a organizarme políticamente el 70, cuando Moya, antiguo dirigente de la generación anterior, sale de la cárcel. El llama a reunirnos a los activistas de los cachimbos. A mí me llaman a ir a esa reunión como representante de los cachimbos noche. Así se constituyen las asambleas de activistas del FER de Letras, pero todos éramos ingresantes, cachimbos. Moya nos daba charlas sobre la política del Gobierno Militar y después programábamos polémicas en el salón, en Cultura General. Entonces Moya retaba a polémicas a todo el mundo, pero como nadie venía el solo hacia su conferencia, comenzaba a las 10 y terminaba a las 4 de la tarde, a esa hora nos íbamos al Centro

Federado donde continuaba sus lecciones de cómo ganar a las masa, de cómo ser dirigente, de cómo portarse ante las masas, de cómo cuidarse de la policía, de cómo combatir a Patria, ya ahí nos iba vacunando, a la gente de la FUSM se refería, a Ortega, activista de Patria. En esa temporada yo tenía unos lentes redondos y a la gente le parecía que yo tenía una cara de Trotsky, me decían Trotsky. Moya ya en aquella época tenía tendencia a la paranoia, pensaba que yo era trotskista, entonces un poco que desconfiaba de mí y cada vez que nos encontrábamos me preguntaba por una serie de lecturas de Trotsky, me tenía desconfianza, incluso muchas veces cambiaba de conversación cuando yo llegaba. Su desconfianza se agudizó cuando yo le planté, para la publicación de un boletín del Centro Federado de Letras, que antes se discutía para que todos los cachimbos entendamos, aprendamos y estemos sumamente convencidos de lo que se dice en la revista para poder defender esa idea en el seno de las masas. Moya vio eso como una iniciativa trotskista o como que yo era un enviado de la gente de Patria, porque Ortega y mi paisano huaracino eran de Patria y también eran mis amigos.

Cuando nosotros entramos, me refiero a los cachimbos que formamos el FER de Letras, no había una organización partidaria (del tronco maoísta del PC), el núcleo original de Patria incluso, dentro de San Marcos, ya se había roto. Entre el 69 y el 71 decidimos organizar nuestro propio grupo. Cuando nos nucleamos nos anima un espíritu anti-gobiernista. Yo he tenido una conducta de oposición toda la vida, desde chiquillo. El día del Golpe de Estado del 3 de octubre, yo también estuve peleando en las calles. No sé que gente habría allí, serían apristas, belaundistas, el asunto es que me encontré con otros paisanos y estuvimos peleando con la policía durante horas, desde las siete hasta las once de la noche. La gente volteó un carro, quizás fue la primera experiencia violenta que tuve en las calles de Lima, el 3 y 4 de octubre de 1968. Yo llego a San Marcos pues vacunado contra el gobierno, y encuentro mucha gente con esa actitud. Por eso el grupo que formamos con Moya es un grupo anti-gobiernista, que no ve resquicios democráticos, que no ve alas de "izquierda" ni intentos de nacionalismo o revolución en la política del gobierno. Para nosotros era un gobierno reaccionario que había que combatir y había que luchar a fondo contra la ley universitaria y combatir a los grupos pro-

gobiernistas. Moya para eso era muy incisivo, había que combatir a la gente de Vanguardia, a la gente de Sotomayor y a la gente de Bandera. Entonces fíjate cuando entramos a San Marcos el único lugar de organización que encontramos es el FER de Letras. El grupo de Ortega estaba dedicado a los postulantes, Bandera estaba desarticulado. Entonces nosotros solamente veíamos a la gente de nuestra promoción. Todos los demás tenían un pasado vergonzante, rabo de paja. Moya sacaba historias de todo el mundo, que fulano era soplón, que sutano hijo de un PIP y por lo tanto también soplón, que el otro boracho, oportunistas, en fin, Moya escribió la biografía de todo el mundo, pero sus biografías eran una peste, no había nada positivo ni confiable. Entonces nos identificamos con Moya, lo vimos como un dirigente de pelea, fogoso, valiente.

El año 71, en una asamblea de activistas del FER de Letras, conformada básicamente por los que habíamos ingresado el 69, unos 20 a 30 serían, me eligieron secretario de prensa. Claro, con el visto bueno de Moya ¿no? Un poco por algunos méritos que había hecho públicos. En el 70 con ocasión del terremoto de Huaraz redacto una serie de volantes que van a circular a nombre del Movimiento Universitario Ancashino. Son escritos con mucha pasión, quizás con un poco de demagogia pero sumamente impactantes, que gustan en Huaraz y en San Marcos y que un documento del MIR en el año 70 ó 71 los transcribe. Entonces, comienza una preocupación, tener un grupo organizado que me respalde, porque el FER era una cosa un poco gaseosa, era un frente donde no había disciplina partidaria. El rompimiento de Patria respecto a Bandera va a dejar un vacío en la dirigencia del movimiento estudiantil que no es cubierto por ningún grupo. El grupo que va a reiniciar el trabajo va a ser Moya y la gente que lo sigue, que no es de Patria precisamente, sino que somos los cachimbos del 69.

De mí parte la iniciativa para organizar un grupo con la finalidad de dirigir el FER de Letras. El año 71 damos lugar a un círculo de estudios, no nos interesa mucho el nombre pero el proyecto era dirigir el FER de Letras y luchar por la reconstitución del FER. Vamos a analizar la coyuntura y plantear tareas, tareas que se canalizaban por mi intermedio como dirigente del FER y por intermedio de otro compañero que era delegado de Cultura General, entonces lo que acordábamos llegaba a la masa. El año 71 Moya ya se había retirado de

la universidad y éramos nosotros los que dirigíamos el FER de Letras. Las iniciativas de este grupo van a ir creciendo y con todos los amigos que tenemos vamos a organizar círculos de estudios feristas, que son círculos clandestinos, en Letras, Medicina, Derecho, Ciencias, Economía, en diferentes especialidades. Estos círculos no sabían de la existencia del círculo matriz, este era un círculo sumamente clandestino, que no tenía nombre. Nosotros escribíamos documentos que circulaban entre nosotros exclusivamente, nos esclarecíamos a ese nivel. También elaborábamos los planes de estudio para organizar las escuelas políticas, pero nadie sabía de esto. En los círculos de estudiantes feristas que vamos formando va a haber gente con cierta capacidad a los cuales les vamos a plantear que se conviertan en círculos marxistas. Hacia el año 74 ya teníamos una buena cantidad de estos círculos. A ellos sí se les informa que tenemos este círculo desde el año 71, solamente a la gente más avanzada, disciplinada, ortodoxa y comprometida. Además durante este proceso ya habíamos ganado cierto contacto con gente del movimiento obrero, de barriadas, que venía a Letras y a la FUSM. El 74 la cosa había crecido tremadamente y decidimos organizar una unión de células marxistas y recomponer la dirección. Así nace la "Unión de Células Marxistas", una especie de nuevo partido. Sin embargo, yo vi esto con un poco de preocupación porque era como el nacimiento de un partido en la Universidad y no le veía mucho futuro aunque era una percepción muy intuitiva. Hay algún intento de coordinación con otros grupos similares de otros lugares del país pero no prospera.

El año 79 nos disolvimos por una serie de factores. Como estudiantes, como un sector de vanguardia habíamos dado todo lo que podíamos haber dado. Quizás nuestra ideología estudiantilista, no fuimos capaces de interpretar el nuevo actor social que era el movimiento popular, de interpretar la situación del país y eso nos lleva a no poder seguir operando en el propio movimiento estudiantil. La crisis de la Unión había comenzado el año 76 con las huelgas, la convocatoria a la Constituyente, el proceso electoral. En todo esto hicimos mucha gala de dogmatismo, por ejemplo, el 78 cuando planteamos el boicot a la Constituyente ello sólo va a impactar en los viejos, en los que fundamos todo esto, este dogmatismo va a ser duramente criticado por la gente de base, los más jóvenes. Esta nueva generación que entra

el 74 se educa en los textos de Lenin, diferente al caso nuestro que comenzamos con Mao. El problema es que nosotros nos habíamos encerrado en la universidad, nos habíamos encallecido. Ingresamos el 69 y ya debíamos habernos ido el 75 de la Universidad. Yo, por ejemplo, no quise aceptar un nuevo cargo en la FUSM el año 77 y al final lo acepté, ese es mi problema que nunca tuve mucha decisión para oponerme a los acuerdos del grupo. En términos vitales nosotros estábamos ya en la obligación de pensar en la profesión, en otras responsabilidades. Todos ya habíamos pasado los 25 años. Si se va a hacer la revolución ya había que pensar en un trabajo fuera de la universidad. Pero nos habíamos acostumbrado a vivir de propina o de pique, como se decía. Aparte me parece que durante todo el tiempo no tuvimos la oportunidad de desarrollarnos teóricamente, se fue Moya y nos quedamos huérfanos, solos, no tuvimos maestro, líder, alguien que esté por encima de nosotros. Veíamos con recelo y hasta con desprecio a los intelectuales de otros partidos. Quizás porque estuvieron comprometidos con Velasco, porque traían ideas nuevas que en cierto modo cuestionaban la ortodoxia, criticaban a Mao, a Mariátegui y eso para nosotros era una especie de pecado.

Veíamos a los otros grupos como inferiores que nosotros, que crecían bajo nuestra sombra. Por todas nuestras lecturas: Víctor Serge, Pianitsky en "Rompiendo la Noche", Jorge Amado en "Los Subterráneos de la Libertad", considerábamos a los comunistas como hombres superiores que han alcanzado el máximo peldaño de la escala humana. Incluso combatimos el uso en el FER del término "camarada" porque ese término solamente podía ser usado en las relaciones entre comunistas y no debería ser prostituido, en el FER debíamos usar el término "compañero". Idealizamos a los comunistas y al partido comunista, que en la situación del país no podía ser un partido legal ni abierto sino clandestino. Nuestra tesis era que "el partido se siente pero no se ve". Por eso nunca publicamos un periódico o revista con la firma del grupo.

Nosotros teníamos un juego democrático al interior. Había mucha iniciativa de los grupos, de la gente nueva, el grupo central recogía estas polémicas y al final se decidía democráticamente. Ahora frente al FER llevábamos las cosas elaboradas, nunca se discutía allí. Primero

se discutía en la célula marxista y después se bajaba, nunca se opinaba si es que previamente no se había acordado ese punto en el círculo marxista. Pero las bases feristas nos tenían mucha confianza, todo lo que decíamos era correcto, era justo y lo aplicaban. Predominaba lo que sentían los estudiantes, porque la masa de feristas era sumamente grande y estaban tan metidos en el tema de los estudiantes que iban captando sus inquietudes.

Mejorar la universidad en términos académicos o administrativos parece que no fue la preocupación central. En los volantes de la FUSM los compañeros criticaban cuando aparecía el término nuestra universidad o nuestra sociedad, esta no es nuestra universidad decían, nuestra universidad será la universidad nacional, científica y democrática y nuestra sociedad será la sociedad socialista. El conjunto de la idea era que la universidad es reaccionaria y había que luchar contra ella. Reorientarla significaba participar en el gobierno de la universidad y eso era una especie de trotskismo semejante al control obrero, o era sencillamente reformista, una capitulación. A estas alturas me parece que el problema era nuestra propia incapacidad, no queríamos participar porque sencillamente no teníamos qué ofrecer, nuestra falta de proyecto, de modelo de universidad nos llevaba a aislarnos y a no participar. La gente de Patria o de Vanguardia nos pedían alternativas y nosotros como no las teníamos decíamos que la Revolución era nuestra alternativa. Una respuesta bastante gruesa para escapar de dar respuestas concretas a hechos concretos. Ante la masa nosotros justificábamos esta no participación porque considerábamos que la institución parlamentaria era una institución que había fracasado, pero aquí nosotros no sabíamos diferenciar, porque es cierto que el Parlamento ha fracasado históricamente pero no ha fracasado políticamente. Estuvimos muy imbuidos de la lectura maoista, en China no hubo Parlamento, en China no se desarrolló una experiencia de participación y de boicot, pero trasladamos el esquema de Mao a la realidad peruana y entonces teníamos que oponernos. El motivo principal de las movilizaciones era por trasladados internos, aumento de vacantes, contra las expulsiones o por la libertad de dirigentes, no eran por ejemplo por una reestructuración curricular o cosa por el estilo. Si había una lucha era exclusivamente por generalizar y desarrollar la organización. Se pensaba que esta era una

universidad reaccionaria y no había que mejorarla, que trasmítia la ideología y los valores de la clase dominante y que no había posibilidad de modificación.

Nuestra preocupación fue acumular fuerzas para hacer la revolución, todas las acciones que se desarrollaban eran acciones en función de acumular fuerzas. La revolución para nosotros era el asalto al poder, movilizar a millones de obreros, campesinos para conquistar el poder mediante la guerra popular. Cuando tomamos la dirección del movimiento estudiantil seguimos manteniendo esta utopía, nos acostumbramos a pensar en términos estratégicos no en términos prácticos. Por ejemplo, habían compañeros que pensaban en irse al campo a hacer trabajo político y entonces como pensaban en términos estratégicos adecuaban su propia vestimenta, usaban ojotas para ir acostumbrando el pie, no se compraban ropa, no tenían aspiraciones de tener casa ni comodidades.

Pero también la actitud del gobierno fue una actitud de dictadura, de autoritarismo, de desprecio a San Marcos en concreto. La misma ley 17437 y el papel que cumplieron las autoridades. Juan de Dios Guevara llega al rectorado no por sus cualidades sino que es colocado por los estudiantes ante el vacío de poder que deja la salida de Luis Alberto Sánchez, pero no va a asumir el programa de reivindicaciones del movimiento estudiantil sino que va a actuar conforme a los dictados del gobierno y a la mentalidad de los tipos más reaccionarios de San Marcos. Entonces el movimiento estudiantil, que ya está pensando en términos estratégicos, lo va a combatir a ojos cerados. Ahora, el 72 es una cosa diferente con la ley 19326 que llama a la participación de los estudiantes, pero la actitud de rechazo total y frontal a la política educativa del gobierno va a persistir, se va a mantener la misma táctica contra la 19326 que contra la 17437. De nuestra parte quizás hubo error, no estoy seguro, pero en todo caso desde el 76 no desde el 72. Hasta el 76 el modelo político de Juan de Dios había sido derrotado, porque el 72 mantenía cierto consenso en un grupo más o menos amplio de profesores, pero el 76 la inmensa mayoría lo había rechazado. Fíjate, el 69 al 74 nosotros nunca tocábamos la puerta del rectorado. Lo que hacía la gente era patear la puerta, abrirla a patadas, interrumpir las sesiones del Consejo Ejecutivo o los Programas, con mucha fuerza. Porque la actitud del rector fue también sumamente cerrada,

no era capaz de dar concesiones. Había una actitud aristocrática, oligárquica, de despreciar las propuestas, las exigencias de los estudiantes y mediante sanciones, expulsiones, oídos sordos pensaba que las cosas iban a arreglarse. Pero el 76 las cosas siguen igual o peor, entonces los estudiantes llegan a la conclusión de que la movilización, romper la puerta no es suficiente, sino que hay que entrar de otra forma, participando. Pero nosotros nos seguimos oponiendo a la participación, más me parece por tradición, por los resultados que nos había dado, acumulando fuerzas y derrotando a Patria. Quizás porque éramos poco reflexivos, poco capaces de entender los cambios de coyuntura, de voluntad, de mentalidad, las inquietudes de la gente.

Creo que la actitud violenta tiene raíces culturales profundas en la gente de nuestro grupo. Desde la familia ellos están viendo que la única solución para lograr determinadas reivindicaciones es la violencia, la acción, la movilización, la fuerza, la organización. La formación política también es importante. Eramos gente educados en una literatura violenta, que ponía la violencia como un mito, ella nos iba a salvar, era la redención. Nos habíamos imbuido de literatura maoísta y vietnamita y de todo el período de la guerra de Vietnam. Fuimos una generación de estudiantes secundarios que vivimos las experiencias de las guerrillas del 65, de Hugo Blanco y el Che Guevara. Este heroísmo revolucionario había calado muy hondo en nosotros y en toda esa experiencia heroica no había participación o Parlamento. No había un Luis de la Puente en el Parlamento. Entendíamos que éramos gente entregada, desprendida, valiente, con mucho heroísmo y capaz de hacer cualquier acto. Había un desprecio por nuestro propio cuerpo, por nuestra salud. Recuerdo a un compañero piurano que vivía en Pueblo Libre, abandona a su familia y se va la Vivienda y el hombre no come, se amanece y hace mucho ejercicio, le preguntamos ¿por qué? y él dice: "hay que castigar el cuerpo, hay que prepararlo para la guerra popular". Nosotros también hacíamos ejercicio, nos íbamos al mar a las cinco de la mañana, a La Punta en pleno invierno. Había una cierta preocupación por templar el cuerpo, no temer los rigores de la vida. Quizás ese lema de Mao... no me acuerdo como dice, pero había esa inquietud.

Mao impactó mucho, incluso sus términos, pero más que el maoísmo me parece que impactó en nosotros la Revolución Cultural y la

Banda de los Cuatro. Por ejemplo los "Pekines" (la revista Pekín Informa) que llegaban en ese tiempo tenían un lenguaje furibundo. Eso nos gustaba. Ese estilo tratábamos de usar y aprender y colocarlo en el volante y el discurso.

Es importante además señalar que no teníamos maestros, gente que reflexione por nosotros. Los profesores que se acercaban no lo hacían con la finalidad de darnos luz teórica, lo hacían sencillamente porque aspiraban a un puesto a acomodarse en la cátedra. Había mucho arribismo, mucho oportunismo. Personalmente yo sentía mucho desprecio, mucho rechazo a la cátedra, pero acomodamos a mucha gente que no se lo merecía. Lo hicimos para cerrarle el paso a los intelectuales que habían firmado apoyos al gobierno, los intelectuales que más o menos comulgaban con las ideas de Vanguardia y de Patria. El problema es ya el sectarismo, oponernos a determinados intelectuales porque eran amigos de otros partidos, sin reflexionar en la capacidad, en el aporte que estos intelectuales también nos podían dar a la vez que contribuían al desarrollo académico de la universidad. Creo que esto tiene que ver con la formación del grupo. Nunca nos preocupamos por averiguar sobre la vida y la obra de los profesores de San Marcos. Por leer a Riva-Agüero, García Calderón, Deustua, Villarán, incluso al propio González Prada, no había más. El resto de profesores eran unos reaccionarios, la autoridad colocada por el gobierno, enemigos de clase que había que combatir.

IV. El Balance

Creo que dejamos de ser una alternativa política para el movimiento estudiantil, no tuvimos el proyecto que las masas exigían ni la capacidad de pensar en términos nacionales. Además nos quedamos demasiados años en la universidad. Pienso que la tensión social, el centro de la lucha política se había trasladado de la universidad a la sociedad. Eso no se entendió, se seguía pensando que la sociedad era semi-colonial, semi-feudal y el Estado oligárquico. No se entendió que el movimiento popular era el nuevo actor, ni las nuevas formas de organización que asumía el pueblo, como el CUL, los Frentes de Defensa y los Comités Populares. Se seguía pensando que de la universidad iba a salir la revolución y los cuadros dirigentes.

En lo que a mí respecta mi preocupación era hacer la revolución y no tuve la decisión de hacerla, de abandonar la universidad cuando las cosas habían llegado a su límite, el año 76, e ir al movimiento obrero, al movimiento barrial, quizás al campo. Pero creo además que no supimos aprovechar nuestro paso por San Marcos, no estudiamos como debíamos haberlo hecho. Creo que si hoy día volviera a la universidad haría actividad política, bastante actividad política, pero daría también margen al estudio, a la investigación, a buscar profesores. En términos políticos los de ese grupo matriz del FER de Letras estamos en receso, de vacaciones, pero sumamente prolongadas. Estamos entrando en la madurez, en una etapa en que debemos volcarnos a la creatividad. Quizás profesionalmente hemos contribuido muy poco y en esto tiene que ver nuestra formación académica en San Marcos así como una mentalidad que con muchas dificultades estamos rompiendo. La idea del intelectual democrático que realice ciencia y esté al servicio del pueblo no la hemos abandonado, pero hay dificultades de tipo personal y material, quizás no tenemos la ayuda que tuvieron intelectuales de otras épocas o que tienen los de otras universidades.

Me parece que ningún grupo partidario nos entendió. No nos vieron como estudiantes con mucho desprendimiento, como estudiantes heroicos que querían hacer la revolución. Nos vieron como un partido mayor y nos atacaron muy duro.

Sin embargo, para analizar la correlación de fuerzas de hoy día que permite la salida de Cornejo al rectorado se han procesado una serie de hechos en los que de alguna manera hemos influido. Nuestra actividad obligó a muchos profesores a asumir conductas y actitudes mucho más consecuentes, de relación con los trabajadores, imposibles quince años atrás.

Referencias bibliográficas

ALMOND, Gabriel y Sidney VERBA

1965 *The Civic Culture. The Little Brown Series in Comparative Politics*. Boston.

BOURRICAUD, Francois

1967 *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*.

BROWN, Archie (editor)

1979 *Political Culture and Political Change in Communist Countries*. New York, Holmes and Meir.

COTLER, Julio

1978 *Clases, Estado y nación en el Perú*. Perú Problema # 17. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

CONSEJO NACIONAL DE LA UNIVERSIDAD PERUANA (CONUP)

1978 *Boletín Estadístico* # 9. Lima, agosto.

CONSEJO NACIONAL INTER-UNIVERSITARIO (CONAI)

1983 *Estadísticas* 39. Lima, diciembre.

DEGREGORI, Carlos Iván; Cecilia BLONDET y Nicolás LYNCH

- 1986 *Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres.* Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

EISENSTADLY, S.N.

- 1972 "Post-traditional Societies and the Continuity and Reconstruction of Tradition". En: *Post-traditional Societies*. New York, N.W. Newton and Co. Inc.

ESCOBAR, Alberto

- 1971 "El problema universitario en el Perú o el vacío ideológico". En: *Perú Hoy*. Siglo XXI editores, México.

GALIN, Pedro; Julio CARRION y Oscar CASTILLO

- 1986 *Asalariados y clases populares en Lima*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

GRAMSCI, Antonio

- 1975 *Cuadernos de la cárcel*, 5 vols. Juan Pablo editores, México.

LOPEZ, Sinesio

- 1978 "El Estado oligárquico en el Perú: un ensayo de interpretación". En: *Revista Mexicana de Sociología*. Año XL/vol. XL/# 3. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.

PARODI, Jorge

- 1986 *Ser obrero es algo relativo...* Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

PARTIDO COMUNISTA PERUANOS-"BANDERA ROJA"

- 1965 V Conferencia Nacional

PYE, Lucien y Sidney VERBA

- 1965 *Political Culture and Political Development*. Princeton.

SALAZAR BONDY, Augusto

- 1969 "Papel de la Universidad en el desarrollo nacional". En: *Entre Escila y Canibidis*. Casa de la Cultura del Perú., Lima.

- 1957 *Mitos, dogmas y postulados de la Reforma Universitaria*. Facultad de Letras. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

- 1964 *Proyecto de la Facultad de Estudios Generales*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

SANCHEZ, Luis Alberto

- 1985 *La Universidad no es una isla*, Okura ediciones, Lima.

- 1966 "Discurso de toma de posesión del nuevo rector, 20 de abril de 1966. En: *Gaceta Universitaria* # 24. Mayo, Lima.

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS (UNSM)

- 1983 *Boletín Estadístico* # 2. Enero, Lima.

VERDERA, Francisco

- 1986 *La migración a Lima entre 1972 y 1981: anotaciones desde una perspectiva económica*. Documento de Trabajo # 14, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.